Proceso Político y Movimiento Obrero en América Latina

Ramón Martínez Escamilla (Coordinador)
Marcos Kaplan, José María Calderón, Sergio Bagú
Julio Godio, Julio Le Riverend,
Irma Manrique (Relatora)

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Económicas

Universidad Autónoma del Estado de México
Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública

Proceso Político y Movimiento Obrero en América Latina

Ramón Martínez Escamilla (Coordinador)
Marcos Kaplan, José María Calderón, Sergio Bagú
Julio Godio, Julio Le Riverend,
Irma Manrique (Relatora)

Comentaristas:
Rogelio Hernández
Enrique Quintero
Gerardo González
Esther Iglesias, y
Georgina Naufal

Primera Edición.
Tiro 5,000 ejemplares.
D.R. © U.N.A.M. - U.A.E.M,
Cerro de Coatepec, C. U.
Toluca, México.
Apartado Postal 603.
Impreso y hecho en México.
ISBN — 968-835-028-1.

Presentación

Contenido

Pág.

PRESENTACION

INTRODUCCION

I. ESTADO, POPULISMO Y MOVIMIENTO OBRERO 17

II. NACIONALISMO, SOCIALISMO Y MOVIMIENTO OBRERO .. 81

III. CRISIS POLITICA Y MOVIMIENTO OBRERO 125

IV. PROCESO POLITICO Y MOVIMIENTO OBRERO 177

V. DEBATE FINAL 213

Содержание

El presente volumen es el resultado inicial de un esfuerzo de colaboración editorial entre el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Autónoma de México y la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Tal acción, por variados motivos, es realmente estimulante: A la vez que propicia el acercamiento de la comunidad universitaria en torno a un problema crucial en esta hora, permite de alguna manera demostrar que, pese a una circunstancia financiera adversa, es posible cristalizar la difusión de la investigación que realiza la Universidad.

Por otra parte, es satisfactorio observar cómo este documento se constituye en una realización concreta del Convenio de Intercambio Académico ratificado recientemente por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma del Estado de México.

Esta acción conjunta, sin embargo, no es nueva. La preocupación, compartida por ambas instituciones, por contribuir al tratamiento riguroso de los problemas político-económicos contemporáneos de América Latina, se ha visto reflejada por una ya larga tradición editorial del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y por una naciente, pero pujante, labor de publicaciones de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, tal y como se demuestra por su serie de Cuadernos Latinoamericanos.

El Primer Seminario sobre Proceso Político y Movimiento Obrero en América Latina, que tuvo lugar en la Cd. de México, D. F. en octubre de 1981, auspiciado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, ha

sido el espacio idóneo para la presentación, por parte de destacados investigadores y estudiosos latinoamericanos, de intervenciones que ofrecen una perspectiva renovadora en el análisis del problema aludido, contenido de este libro.

Justo es reconocer que el entusiasmo, dedicación y responsabilidad del Profr. Ramón Martínez Escamilla han jugado un papel preponderante en esta tarea. En principio, coordinando y conduciendo el seminario y posteriormente, como vínculo entre nuestras dos instituciones. La ya amplia colaboración (desde 1977) como profesor de la División de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, de la Universidad Autónoma del Estado de México, coadyuvó para propiciar las mejores condiciones para el trabajo.

Por otra parte, deseamos hacer constar nuestro más amplio reconocimiento a los participantes del seminario: Marcos Kaplan, Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM; José María Calderón, Investigador y ex-coordinador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la FCPS-UNAM; Sergio Bagú, también Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos y profesor de la División de Estudios Superiores de la FCPS-UNAM; Julio Godio, Investigador del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales de Caracas, Venezuela, y Julio Le Riverend, Director de la Biblioteca Nacional "JOSE MARTI" de la Habana, Cuba, y, desde luego, a Irma Manrique por su eficiente labor como relatora del Seminario. Asimismo, fueron estimulantes los comentarios de Rogelio Hernández, Enrique Quintero, Gerardo González, Esther Iglesias y Georgina Naufal, todos ellos investigadores del Instituto.

Nuestro reconocimiento a todas aquellas personas que sumaron su entusiasmo para hacer posible esta edición. Deseamos que en el futuro se multipliquen estas acciones de colaboración interinstitucional e interdisciplinaria, lo que permitirá lograr mejores frutos en el análisis de las cada vez más complejas realidades nacionales e internacionales, como base para buscar los caminos más idóneos para fortalecer nuestro desarrollo independiente, auto-sostenido y democrático.

Lic. José Luis Ceceña Gámez.
Instituto de Investigaciones Económicas.
U.N.A.M.

Lic. Julián Salazar Medina.
Facultad de Ciencias Políticas
y Administración Pública.
U.A.E.M.

Introducción

Durante el mes de octubre de 1981 fue realizado en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM el Primer Seminario sobre Proceso Político y Movimiento Obrero en América Latina, bajo la responsabilidad del equipo de investigación sobre El Estado y el Subsector Paraestatal que me honro en coordinar.

El Seminario se desarrolló a través de tres mesas de trabajo especializado y una mesa redonda de clausura, cuyos temas integran el capitulado del presente volumen.

Con su realización, y sobre todo con la publicación de sus resultados, materializa felizmente una doble inquietud que ya por varios años he compartido con algunos investigadores jóvenes del Instituto de Investigaciones Económicas: la de demostrar, por una parte, que para que los pensadores latinoamericanos hagan Ciencia en ocasión de eventos como el que nos ocupa, no es indispensable atormentarlos con la exigencia casi escolástica de que se presenten en ellos con la ponencia por delante, y la de hacer notar, por la otra, que puede ser superada la práctica de rellenar los libros surgidos de seminarios con la oratoria de aperturas y clausuras o con la reseña del aplauso y el anuncio de los recesos por cualquier motivo.

En congruencia con tal inquietud, invité a Marcos Kaplan, Sergio Bagú, José María Calderón, Julio Godio y Julio Le Riverend a pronunciarse libremente, vale decir sin cartabones academizantes, en torno al proceso político y el movimiento obrero en América Latina, en términos de nacionalismo, populismo, socialismo y crisis política, e hice lo propio con los jóvenes investigadores Rogelio Hernández, Enrique Quintero, Gerardo González, Esther Iglesias y Georgina Naufal.

Y fueron de tal monta los temas del Seminario así conjugados, y abordados en tal profundidad y extensión, que mal haría con adelantar siquiera el resumen del gran debate sostenido en sus cuatro mesas de trabajo. Sin embargo, si quisiera hacer referencia al proceso político del área y a sus vínculos con el movimiento obrero, no podría dejar de mencionar los siguientes fenómenos globales que trazan las grandes líneas de acotación de tal proceso y tales vínculos:

En el período circunscrito entre el triunfo de la Revolución Socialista Cubana, la conquista política del gobierno chileno por parte de la Unidad Popular y el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua, uno de los fenómenos más relevantes que han estado presidiendo el proceso político en América Latina ha sido el que ha traído consigo las amargas experiencias de los movimientos políticos de masas en Uruguay, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile mismo, Guatemala y El Salvador, para referirme sólo a estos ejemplos.

Ese relevante fenómeno ha sido, como de una u otra manera lo sustanciaron durante el mes de octubre de 1981 ponentes y comentaristas, el de la crisis política. Quiero decir que las actuaciones del Frente Amplio uruguayo, de la Unidad Popular chilena y del retorno del peronismo al proceso político argentino; inclusive la postrer movilización rojas-pinillista en Colombia y la efímera gestión de Jaime Roldós en Ecuador y de Lidia Geiler en Bolivia, representan la última instancia del proceso hacia la liberación por la vía política.

Pero este criterio de ninguna manera implica que hubiera paralelismo o consustancialidad entre los citados movimientos nacionales. Los respectivos proyectos políticos, quede claro, fueron bien distintos como disímbolos fueron los procesos nacional populares en que se sustentaron. Pero una cosa es bien cierta: con ellos, los pueblos hermanos de América Latina han buscado una suerte social y política más digna de ser vivida.

Por eso la respuesta imperialista desde el exterior y proimperialista desde el interior de los respectivos países, a través de los regímenes antipopulares de las sucesiones castrenses y paracastrenses de Pacheco Areco-Bordaberry-Méndez, Onganía-Lanusse-Videla-Viola, Garrastasu-Geissel, Molina-Romero-Duarte, Pastrana-López-Turbay, Lauguerud-Romeo Lucas, etcétera, y la continuidad de Stroesner y de Pinochet, son el claro indicador de que los conductos estrictamente políticos hacia la liberación de los pueblos de América Latina fueron cerrados quizás para lo que resta de vida al imperialismo.

La frustración de los movimientos políticos de masas, revolucionarios unos, como los encabezados por Allende y Liber Seregni, y estructural reformistas

otros, como los que encabezó Ernesto Clearamont en El Salvador o el que volvió a encumbrar a la sucesión peronista en Argentina, —movimientos que marcan los extremos o límites de la ola de movilizaciones políticas latinoamericanas de masas en los últimos 15 años—, encarnan los hechos más importantes hacia la liberación hasta antes del triunfo revolucionario sandinista en Nicaragua y del ya prolongado y sangriento pero irreversible enfrentamiento del pueblo salvadoreño con el Imperialismo y sus denfesores criollos de dentro y fuera de El Salvador.

Y es posible sostener que tales movimientos encarnan juntos el hecho más relevante porque, a su tiempo, cada uno de ellos ha dejado a la sociedad nacional de la que surgió, la experiencia política de que, en perspectiva, sólo les queda un camino que recorrer y éste no es otro que el de la revolución social. Con razón se escuha frecuentemente que la Historia parece repetirse después de siglo y medio, al plantearse la Segunda Independencia de América Latina.

Pero también suele escucharse que en Costa Rica, en Venezuela y en México queda todavía un gran margen para la vía política hacia la liberación, y sirve de apoyo a quienes lo sostienen el supuesto de que está en marcha un vasto proceso de reformas políticas como miras al desdoblamiento del monopartidismo, y en su caso del bipartidismo, en un pluripartidismo que se proyecta, sobre todo, de manera estrictamente formal, y no falta quien sostenga que la liberación latinoamericana está en puerta y que el paso subsecuente del socialismo está por lograrse.

El Seminario, por supuesto, sostuvo al respecto su punto de vista independiente y aquí se expone sin apresuramiento. Siguiendo ese punto de vista, me atrevo a sostener que pese a la crisis política latinoamericana, un proceso político arraigado en el movimiento obrero tiene gran perspectiva vistas las cosas desde el ángulo del proceso de liberación nacional y aun subcontinental.

Pero esa gran perspectiva, ese gran margen para el proceso político es muy riguroso, vale decir muy exigente dadas las condiciones socioeconómicas y estratégicas del área: se contrae a la denuncia pública sistemática del reformismo político como vector de fuerzas retardatrices del proceso revolucionario social de la liberación, y se amplía a la construcción de un gran movimiento de masas de alcance internacional llamado a encarar en definitiva al reformismo proimperialista; porque el camino a la democracia no es el que

las estructuras tradicionales de poder están dispuestas a conceder, sino el que las masas están decididas a conquistar.

La preparación y ascenso de tal movimiento de masas podrá ser más pronto o menos pronto, y la respuesta imperialista podrá consistir o no consistir en otro tanto que en Uruguay, Chile, Argentina, Brasil, Guatemala, Colombia, Bolivia o El Salvador en los últimos 12 ó 15 años. Eso, por supuesto, tiene una gran importancia, pues de una u otra manera se habrá agotado la fase estrictamente política del proceso hacia la liberación.

Pero lo realmente importante es que, con tal movimiento, los pueblos de América Latina habrán creado las condiciones suficientes para marchar juntos, que objetivamente es esa hoy la condición histórica, para que arriben a un nuevo estadio de su desarrollo socieconómico y político y a un estado de cosas en el que el saqueo y la dominación estratégica sean aceleradamente superados por la independencia, la cooperación y la solidaridad internacional.

En ese movimiento, sin embargo, no serán las masas en general las principales protagonistas, sino las masas organizadas; y organizadas en una articulación de fuerzas de simetría radiada, capaz de entender, lo mismo que de explicar, pero sobre todo de hacer la contestación **total** al imperialismo; en lo ideológico pero también en lo político, en lo político pero también en lo estratégico; en lo cultural pero también en lo logístico; y en todo ello, el movimiento obrero no tiene más camino que el de su más clara, su más meditada y decidida articulación en una vanguardia no uniclasista sino **total**, que será la única capaz de llevar a los pueblos hermanos del subcontinente a la conquista de su destino de libertad y justicia.

La modalidad, la especificidad que adquiera el proceso formativo del nuevo movimiento, marcarán las formas específicas de su participación en tan grande y compleja articulación de fuerzas, porque los movimientos obreros y políticos de ahora, como bien lo sostuvo Le Riverend, representan una Historia Nueva de un Mundo Nuevo en doloroso proceso de nacimiento.

Que con ello quedaría en entredicho la teoría de las clases sociales y su colaboración que hoy se enseña en todas partes; no tiene importancia; no hay riesgo que asumir. Que no es esta la forma más ortodoxa de concebir y explicar el proceso político de nuestro tiempo, asumiría el cargo como lo hice durante el Seminario con quienes, para explicarse, no requirieron sino una pequeña tribuna académica y una audiencia dispuesta a forcejear con cuestiones tan delicadas. Eso es todo.

En la coordinación del evento me acompañó Irma Manrique, quien se responsabilizó de los trabajos de relatoría y quien, con acierto, delegó los trabajos de grabación magnetofónica en Elsa Fujigaki y Gustavo López Pardo y el suministro de los servicios generales en Benita Fonseca. Por razones de método, ni ponentes ni comentaristas corrigieron el contenido de sus intervenciones; su primer enfrentamiento con los materiales que surgieron de ellas será, como el de los lectores, en letras de molde. Lo que en esos materiales se lea es de mi entera responsabilidad editorial.

México, D.F., 9 de septiembre de 1983.

Ramón Martínez Escamilla

Estado, Populismo y Movimiento Obrero

Ponentes:

Marcos Kaplan

Julio Godio

Comentaristas:

Ramón Martínez Escamilla

Gerardo González Cruz

Marcos Kaplan

El análisis de la constelación constituida por el Estado, el movimiento obrero y el fenómeno del populismo en América Latina presenta algunas dificultades, ante todo por la existencia de diversas interpretaciones del término populismo. Cuando se habla de populismo como un fenómeno universal y difundido, éste no está ligado estrictamente a determinadas formaciones históricas. Por ejemplo, el caso de Julio César y del cesarismo de los emperadores romanos tienen un fuerte contenido populista. De la misma manera, en muchas otras formaciones históricas vamos a encontrar fenómenos que podrían ser englobados dentro de esta característica. Se habla de populismo también cuando ocurre el movimiento anarquista revolucionario en la Rusia de fines del Siglo XIX y de principios del Siglo XX que en su tiempo, fascinaba a Marx y que posteriormente indignaba a Lenin. Lo que quiero decir es que la primera dificultad es concentrar el término en el espacio y en el tiempo, por lo que debemos recordar que el objetivo de este Seminario es hablar de la América Latina contemporánea.

Hay dos advertencias más, la primera es que me veo obligado a hablar de América Latina en conjunto, en líneas generales, dejando de lado fenómenos muy específicos; es decir, es necesario considerar que hay distintas formas de populismo, incluso en la historia latinoamericana. Podemos encontrar un fenómeno populista, por ejemplo, en el ejército realista que lucha contra Bolívar y contra la Independencia, que en un momento dado tiene mucha más base social popular que la que tiene el propio ejército libertador; y a esta diferencia de tipo regional, que me obliga a simplificar, hay que agregar una segunda que, por razones de espacio, me veo obligado también a concentrarme en algunos de los aspectos centrales del fenómeno con todos los riesgos evidentes de la simplificación.

En primer lugar, cuál es la naturaleza del proceso de cambio que se ha dado en América Latina que genera formas nuevas, específicas de populismo, tan particulares como el peronismo en la Argentina, el varguismo en Brasil, ciertos aspectos del M.N.R. en Bolivia, ciertas dimensiones de la Revolución Mexicana, etcétera; hasta algunos componentes populistas que aparecen en movimientos y en regímenes de izquierda. Es decir, conviene que veamos qué es lo que hay detrás de estos procesos, que ayuda a explicar por qué adquiere tanta vitalidad y tanta primacía el fenómeno del populismo.

En segundo lugar, la naturaleza del intervencionismo de Estado; qué es lo que ocurre con el Estado latinoamericano y qué relación tiene con el fenómeno del populismo.

En tercer lugar, una cierta caracterización de los regímenes populistas y cuáles son sus problemas críticos centrales; y, si me alcanza el espacio, aunque sea como planteo de problema y quizás reservándolo para una discusión en el debate final: el por qué un movimiento populista que consigue canalizar y manipular políticamente masas trabajadoras de la clase media y a veces del campesinado bajo direcciones y con objetivos que no corresponden estrictamente a lo que uno supondría que son los intereses de clase o los intereses históricos de este grupo, tiene tanto éxito no sólo en surgir sino incluso en permanecer en el tiempo como por ejemplo, el peronismo. En otras palabras, qué ha ocurrido con la izquierda como para que no haya sido capaz de impedir que el populismo surja como una alternativa popular; pues como en el caso de la Argentina, ésta no puede superar esa experiencia y después de 18 años de exilio, se produce ese fenómeno realmente alucinante del retorno del peronismo al poder.

Lo primero entonces sería el abordamiento de las implicaciones del proceso de cambio en América Latina, que contribuyen a crear condiciones previas y posibilidades para el surgimiento de regímenes populares, para lo cual habría que tener en cuenta un doble fenómeno: la manifestación de la dialéctica entre lo externo y lo interno. El punto de partida en el análisis es el significado del proyecto de una nueva división mundial del trabajo y sus implicaciones internas como tentativas de aplicación de un modelo de crecimiento que vamos a calificar como neocapitalista tardío, independiente o neocapitalista periférico.

Desde el punto de vista global yo creo que lo que se ha dado en las últimas décadas es un reajuste de toda la estructura del sistema mundial y por lo tanto del modo de inserción de América Latina en este sistema mun-

dial. Esto tiene una primera manifestación en la gran polarización, en la gran división del mundo entre dos bloques, lidereado uno por los Estados Unidos y el otro por la Unión Soviética y una cierta división, de hecho implícita o explícita, pactada o no pactada, entre esos dos bloques, en la que América Latina quedó inserta hasta hace poco tiempo, de una manera casi incontrovertible como zona de dominación de los Estados Unidos; y como parte de este proceso, las implicaciones del surgimiento de un proyecto de lo que ahora se ve como nueva división mundial del trabajo y de la que tengo la impresión de que si bien es un intento que ya empieza a darse entre las dos guerras, éste se produce de manera no muy clara y de manera distinta en cada caso; por ejemplo, el nazismo alemán con Hitler y el imperialismo norteamericano con Roosevelt, quienes intuyen la posibilidad y la necesidad de este proceso, pero la lucha por la supremacía mundial bloquea la realización.

Sólo después de la Segunda Guerra Mundial se comienza a dar ese proceso en forma cada vez más clara. Algunos de los elementos de este proceso se manifiestan en las décadas del veinte y del treinta. La inmigración de industria por ejemplo, surge desde la Segunda Guerra Mundial, caracterizada por un gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas en los centros capitalistas más desarrollados, con todo lo que implica a favor del capitalismo, pero también con un agravamiento de los fenómenos de la acumulación.

La necesidad de una redefinición de la esfera mundial de dominación se va a manifestar sobre todo con el fenómeno de la trasnacionalización, y particularmente con el redespliegue industrial, es decir, cambios en el modo de inversión, de acumulación, de rentabilidad, de exportación de industria y finalmente, un intento por lograr algo parecido a un sistema de dirección y de control centralizados en los propios polos de dominación, para reestructurar la economía mundial en su conjunto. Por supuesto estoy simplificando, porque este proyecto de nueva división mundial del trabajo que está en marcha y del cual creo que sólo estamos viendo la punta de lanza, todavía tiene un correlato interno pues también, en perspectiva, podemos mirar que ya hace más de dos o tres décadas que comienzan a darse los primeros pasos de aplicación de lo que ahora definimos como un modelo de crecimiento neocapitalista tardío y dependiente, y eso ya no entronca directamente con la problemática del populismo.

Se trata ante todo de un modelo de crecimiento, aunque muchas veces se ha presentado como desarrollo, pero un modelo de crecimiento que liga estrechamente a las transnacionales con la forma más concentrada de poder

económico interno, es decir, con ciertas formas de la gran empresa nacional, lo que de ninguna manera significa crisis de los sectores más retardatarios de la vieja oligarquía, sino más bien una reestructuración en los componentes de la clase dominante o de algunos de sus elementos.

En segundo lugar, es un proyecto que tiende a enfatizar ciertas producciones para la exportación, con una industrialización sustitutiva destinada fundamentalmente a la producción de bienes de consumo para grupos sociales altos y medios de las ciudades.

En tercer lugar, se van introduciendo elementos de reestructuración de clase que significan una combinación de disponibilidad de mano de obra abundante y barata, de proteccionismo estatal y al mismo tiempo de recursos a las formas más sofisticadas de tecnología importada del exterior.

En cuarto lugar, y esto me parece que es uno de los elementos claves a tener en cuenta, es que se trata fundamentalmente de un modelo marginalizante pues implica la disociación de todo lo que signifique desarrollo en favor de los componentes del crecimiento; es decir, es un modelo que se preocupa de la acumulación, de la productividad, de la eficiencia, de la rentabilidad, de la concentración del ingreso, de ciertas formas de consumo; en detrimento de todo lo que implique indicadores de desarrollo auténtico, como pueden ser mejoras del empleo, mejoras del ingreso, mayor bienestar social, y también mayor participación.

En otras palabras, es marginalizante porque significa de una manera mucho más definida, que en fases anteriores del desarrollo capitalista en América Latina el beneficio ha sido para pequeños grupos o fracciones de clase, ciertas ramas económicas y ciertas regiones del país que, en conjunto, son minoritarias respecto a grupos, ramas y regiones que son tendencialmente mayoritarias.

Condena a una marginalización relativa o absoluta pero creciente a sectores considerables de la población, y por lo tanto, es un modelo altamente generador de conflicto, es un modelo que está creando una contradicción básica entre sus costos económicos y sus costos sociales. Además, la posibilidad de la participación política genera tal cantidad de víctimas que, de mantenerse en condiciones normales de participación, pondría en jaque los presupuestos y las exigencias del modelo y por ello es que hay una cierta correlación positiva, una cierta necesidad entre el recurso a regímenes fuertemente autoritarios y la creación de condiciones favorables a la implantación y al avance del modelo.

La otra cosa que quisiera destacar como parte de estas precondiciones es que, de manera general, este proceso de cambios va acompañado de modernización de ciertos sectores de esa producción y por lo tanto, conlleva crisis y modernización de la sociedad rural, pues significa hiperurbanización, significa industrialización acelerada, primero sustitutiva y después también para la exportación, y, como vamos a ver, fuerte intervención del Estado; todo eso va a contribuir a modificaciones bastante considerables en la estructura de clases:

En primer lugar, un cambio importante en la clase económica y socialmente dominante; la transformación de una oligarquía de tipo tradicional en una clase nueva que algunos denominan, para tratar de mostrar su especificidad, nueva élite oligárquica porque es una clase mucho más abierta, mucho más flexible, una clase que se adapta al cambio para poder conservarse como un grupo dominante de tipo "gato pardo", y eso se manifiesta en una mayor diversidad de componentes; es decir, elementos en coexistencia tales como grupos terratenientes sobre todo modernizantes, con grupos comerciales, grupos financieros e industriales como líderes y representantes de grupos institucionales fuertes; alianza con una nueva tecnoburocracia, que es un estrato de la clase media alta; con líderes de la iglesia, con las fuerzas armadas, con algunos sectores de la burocracia sindical; lo que significa una combinación de diferentes estratos de clase con componentes institucionales. Por lo tanto es una clase con más capacidad de maniobra, pero curiosamente acompañada de un fenómeno importante que se da, creo, en casi toda América Latina: esa clase que se adapta al cambio, que conserva la hegemonía, pierde capacidad para tener su propia expresión política directa. No recuerdo ningún caso en que aparezca un nuevo partido que realmente sea un auténtico y eficaz representante político de ésta, la que podríamos llamar, nueva derecha económica.

En segundo lugar, cambios muy importantes en la clase media, como mantenimiento, incluso refuerzo, de ciertos sectores tradicionales; pero con las viejas profesiones liberales, las formas también tradicionales de producción y de comercio, pero con formas más modernas, no sólo de una pequeña y mediana burguesía industrial, sino además, una nueva clase media que es esencialmente tecnoburocrática y dependiente, es decir, que surge y se refuerza por el impacto convergente de la industrialización, la urbanización, el intervencionismo de Estado, etcétera.

Y en tercer lugar, también cambios muy importantes en el movimiento obrero: crecimiento cuantitativo del mismo, aparición de los primeros núcleos

realmente importantes de lo que podríamos considerar un proletariado industrial, pero también una clase trabajadora urbana que se expande cuantitativamente, que se vuelve realmente importante, pero que es de formación muy reciente, que es aluvional en el sentido de que está formada por la conjunción de capas y estratos de naturaleza y de origen muy diferente y que, por lo tanto, es esencialmente heterogénea; es decir, donde vemos coexistir a los trabajadores mejor ubicados, mejor calificados, mejor organizados y con más capacidad de presión, que pertenecen a las industrias más dinámicas: las multinacionales y las nacionales, con una serie de capas o estratos descendentes, de grupos de empresas más pequeñas, menos productivas, y por lo tanto, grupos con menor estabilidad ocupacional, menor capacidad organizativa, menor conciencia política, menor capacidad de presión; e incluso, hasta a la enorme masa de lo que se llama a mi criterio, de manera un poco ambigua, los sectores marginales, que corresponden cuantitativa, incluso cualitativamente, a una parte muy importante de las masas trabajadoras urbanas.

Esta modificación de la estructura de clases se traduce en una mayor complejidad de cada una de las clases fundamentales, en una gran multiplicación de capas, estratos, sectores, etcétera, y por lo tanto en una gran diversidad de niveles de conciencia y de actitudes de organización y de acción; es decir, una enorme heterogeneidad, una enorme confusión, que va a ir acompañada también, a mi juicio, por una enorme complejidad y confusión en el plano ideológico; es un período de enorme proliferación de tendencias ideológicas, cada una de las cuales tampoco es totalmente homogénea.

La otra dimensión a tener en cuenta es que, junto con esta proliferación ideológica, que se va a traducir en una enorme apertura del aspecto político, van a aparecer tendencias, movimientos y partidos, muy diferentes. Hay una problemática central en la aplicación del modelo neocapitalista, que la mencioné antes pero a la que hay que volver con un poco más de detalle, y es la relación que tiene la creación de condiciones de instalación y de avance del modelo neocapitalista tardío tal como lo hemos tratado de caracterizar, con la apertura de una crisis política que en algunos países latinoamericanos es virtualmente permanente.

La razón es que hay dos líneas políticas contradictorias que surgen de la instauración y el avance del neocapitalismo. Por un lado, el neocapitalismo, sobre todo en los principales países, ha implicado elementos de movilización social, ha creado expectativas, demandas, presiones, por grupos de las clases medias y de las clases populares a quienes se les prometía, junto con los sacrificios, mayor ingreso, mayor ocupación, mayor bienestar, mayores posibili-

dades de participación política; pero esta misma promesa que crea el modelo se bloquea por dos de sus características, o dos características de las respectivas sociedades: como decíamos antes, es un modelo marginalizante, un modelo que cada vez está en peores condiciones de dar empleo, ingreso, bienestar social a las mayorías nacionales; y por otro lado, es un modelo que respeta las estructuras de poder vigente o las refuerza, lo que significa un bloqueo automático a las posibilidades de participación.

Esta combinación de marginalidad y de bloqueo de la participación, frente a una acumulación de demandas y de presiones que vienen de sectores mayoritarios, implica ya una dimensión de crisis, que repito, en algunos países latinoamericanos ha sido casi permanente. Yo creo que si bien es difícil interpretar el caso argentino, una de las claves evidentemente es esa: es un tipo de sociedad y después un modelo de crecimiento que promete mucho más de lo que puede dar y que está bloqueando permanentemente la posibilidad de satisfacerlo. Lo que incluso explica esa recurrencia casi tan breve, de fase de apertura democrática y de cierre violento; pero no creo que sea un caso excepcional, sino que está presente en la mayor parte de los países latinoamericanos.

La otra dimensión que yo mencionaba como elemento de crisis es que al mismo tiempo se produce una especie de fracturas internas en los grupos económicos socialmente dominantes pues no son capaces de proporcionar por sí mismos, por su propio peso socioeconómico y por su propia capacidad política, las condiciones de estructuración y de reproducción del modelo neocapitalista; entonces se divide en diferentes fracciones, en sectores relativamente retardatarios que no se adaptan al proceso y sectores que sí se adaptan para coparticipar en las mejores condiciones; es decir, no hay unidad de clase, no hay voluntad de clase, —ese es un problema importante para la intervención del Estado—, entonces no pueden luchar contra los elementos de la crisis, se ven afectados al mismo tiempo por todo lo que implica este proceso de movilización en el sentido más amplio; de movilización política y también movilización económica y social.

Es una tendencia a lo que podríamos llamar la entropía general del sistema; es decir, la tendencia al desorden, a la desorganización; la multiplicación de conflictos sociales, la inestabilidad política, o el debilitamiento de la legitimidad y del consenso; la insuficiencia de los medios tradicionales puramente coercitivos; lo que es un vacío de poder y lo que Gramsci hubiera llamado una crisis de hegemonía.

Esta crisis de hegemonía se manifiesta en una enorme diversidad de ideologías, movimientos, partidos políticos, regímenes políticos diferentes e intentos de instauración o de reinstauración de dictaduras tradicionales de tipo oligárquico o militar; intentos democráticos liberales más o menos moderados, más o menos radicales; formas de desarrollismo, de nacional populismo, de bonapartismo, multiplicación de tendencias de izquierda, reformistas o revolucionarias y en el extremo, ya como intento de solución final del problema, las formas emergentes de nefoscismo. Pero lo que tiene de común esta extrema proliferación de la mayor parte de los movimientos y de los partidos, es que en mayor o menor grado están expresando presiones de grupos sociales considerables, de grupos populares y de grupos medios; la mayor parte de ellos de una manera u otra, mejor o peor, más o menos auténticamente, etcétera.

Se llega a una situación en la que desde el punto de vista de los grupos económica y socialmente dominantes y de muchos de los factores de poder, se da una triple imposibilidad: no se puede mantener la vieja hegemonía oligárquica que quizás ya esté muerta; resulta muy difícil hacer renacer una dominación de tipo oligárquico bajo formas nuevas, con bases e instrumentos nuevos; y al mismo tiempo, resulta muy difícil establecer una democracia liberal de participación ampliada, es decir, que no sea simplemente ficticia sino que vaya mucho más allá que la vieja democracia liberal.

Surge entonces una contradicción aparentemente insoluble hasta este momento entre las exigencias del modelo de crecimiento neocapitalista y los rasgos y las consecuencias de la crisis política, y eso es lo que se produce en algunos de los países, sobre todo en los del Cono Sur, una combinación muy curiosa en los grupos económica y socialmente dominantes, y en los factores de poder de reacción anticipatoria, de una percepción realista de excitación, de peligro para el sistema de dominación; reacción anticipatoria, que si no se percibe a tiempo, después puede ser tarde, como fue tarde en Cuba. En algunos casos puede ser una verdadera reacción paranoica, como es la de ver una revolución comunista en el peronismo; es decir, viendo mucho más de lo que existe.

Pero esta combinación de elementos lleva, en ciertas condiciones, al intento de implantar algo parecido a una solución final. La contradicción aparentemente insoluble entre participación democrática ampliada y las condiciones, exigencias y resultado del modelo neocapitalista, tiene que ser resuelta liquidando uno de los términos: la participación democrática que es a lo que han tendido la mayor parte de los proyectos del Cono Sur.

Esta primera dimensión que yo quería explorar, es la de plantear algunos de los supuestos, de los rasgos y las consecuencias de este proceso de cambio sociopolítico en América Latina, dentro del cual se inserta la emergencia y la afirmación del fenómeno populista. Cuando hablamos de extrema proliferación de tendencias, partidos, movimientos que tratan de representar de alguna manera a esta coalición de grupos e intereses populares, evidentemente nos estamos refiriendo al fenómeno del populismo.

Pero creo que no se puede entender por completo la posibilidad y la necesidad del populismo o de la existencia de los regímenes populistas, si no se dice algo sobre la nueva intervención del Estado, la nueva naturaleza y la nueva función del Estado. No puede comprenderse la posibilidad de despliegue de fenómenos populistas, por ejemplo el peronismo, si no se tiene presente el hecho de que, sobre todo de 1930 en adelante, la intervención del Estado en América Latina tiene una curva ascendente, prácticamente una curva que no concluye, que se modifica pero que no deja de mantener una tendencia ascendente y que se traduce en un incremento de las funciones del Estado, de los poderes, los instrumentos, los aparatos, los recursos y sobre todo, del personal del Estado.

Este fenómeno tiende a mostrar manifestaciones de lo que se llama la tendencia a la autonomía relativa del Estado y del personal político y administrativo, y hay dos movimientos que generan y refuerzan esta tendencia a la intervención del Estado y a la autonomía relativa. El primero es que, contrariamente a la mitología no sólo liberal sino a veces de ciertos sectores de la izquierda, la intervención del Estado está vinculada directamente al avance del neocapitalismo. En otras palabras, no se puede implantar ni hacer avanzar, ni reproducir, un modelo de crecimiento neocapitalista como el que hemos esbozado sino a partir y a través de la intervención del Estado, porque aunque la mayor parte de las tareas necesarias para implantarlo y reproducirlo no interesan a la gran empresa privada nacional o internacional, pues no son tareas que se realizan en el mercado, no son rentables, no tienen nada que ver con la acumulación o con la competencia; sin ellas es imposible liquidar las formas arcaicas, modernizar la economía, crear todas las condiciones infraestructurales, las condiciones generales de reproducción del sistema necesarias para que este modelo tan conflictivo se instaure y vaya adelante.

Es decir, si el Estado sirve cada vez más a la gran empresa privada nacional e internacional implica que ésta cada vez necesita más de la intervención de un Estado fuerte en poderes; pero además, una vez que esto se pone en marcha, una vez que existe un aparato de Estado cada vez más extenso,

más poderoso, más dotado de recursos, va surgiendo y se va reforzando una cierta élite política y administrativa que no existe sino por el Estado y que desarrolla sus propios intereses específicos, es decir, que tiene interés en mantener y en llevar adelante la intervención del Estado incluso más allá de lo que sería necesario, en términos de los requerimientos del propio modo de producción o del propio modelo de crecimiento.

Esta tendencia a la autonomía relativa se manifiesta además en y a través de la expansión de las funciones del Estado, sobre todo de algunas que tienen directamente que ver con las posibilidades de aplicación de un modelo populista:

En primer lugar, se expanden considerablemente las funciones de organización colectiva y de política socioeconómica del Estado. Ya sea con intervencionismo, dirigismo más intenso o intento de planificación, el Estado se convierte en aquél que retiene la parte más importante del gasto público, es el principal inversor directo y el principal sostenedor de la inversión privada; es el principal productor de una serie creciente de bienes y servicios importantes y el principal comprador de bienes y servicios de las más importantes empresas privadas; es el gran ocupador sin el cual la desocupación estructural se volvería realmente explosiva o catastrófica, etcétera; lo que significa que una gran parte de las posibilidades de estructuración y funcionamiento de la economía y de los principales grupos, pasa por el Estado y depende del Estado, lo que implica la posibilidad de crear una serie de constelaciones clientelísticas alrededor del propio Estado; es decir, cada vez más las clases y los grupos tienen que recurrir al Estado para resolver los problemas de su subsistencia o de su expansión.

En segundo lugar, las funciones que tienen que ver con el aparato político administrativo de dominación y, sobre todo, las de coacción social, administración pública, burocracia civil, tribunales, policía, fuerzas armadas. Esta expansión del aparato significa al mismo tiempo que cada vez más problemas entran a formar parte de la esfera del Estado. Cada vez más grupos dependen de él, cada vez más conflictos y crisis sólo tienen solución eventualmente a través del Estado, y si no es a través del Estado no la tienen; y esto va acompañado no sólo con el aumento y la sofisticación de la forma de coacción social en el sentido más directo, no sólo de coacción física, sino también de coacción social en un sentido mucho más amplio, sobre todo a través de lo que los sociólogos llaman el subsistema de control.

Así, en un modelo de crecimiento de este tipo, en sociedades donde evidentemente el sistema no permite que haya de todo para todos, se vuelve cada vez más importante la función de control de Estado en el sentido de regular las demandas de los diferentes grupos para que la multiplicación de demandas contradictorias no haga estallar los mecanismos normales de funcionamiento político del sistema, y eso abarca toda una serie de mecanismos, algunos de los cuales son, por ejemplo, la legalización coactiva de la organización de los grupos sociales, la tendencia a la organización corporativa de trabajadores, de empleados, de profesionales, de empresarios, etcétera; el establecimiento de mecanismos también obligatorios de organización, de negociación y de arbitraje final. También mecanismos de control, por ejemplo, el uso de la tecnología moderna para saber quién es quien en la sociedad, para tener información anticipada y así lograr extender las posibilidades de control centralizado del Estado sobre los diferentes grupos nacionales; y a eso tenemos que agregar el aumento de la importancia del Estado como productor de cultura y de ideología, a través de la educación, a través del hecho de que la poca investigación científica y tecnológica que se hace hoy en gran proporción se hace por intervención del Estado, ya que de otra forma casi no existiría.

Pero todo eso está conjugando también otra serie de dimensiones de intervención, de manipulación y de control como es el nuevo manejo de las relaciones internacionales. El doble juego cumple en la mayor parte de los países la dialéctica contradictoria entre crear las condiciones de constitución de un modelo de crecimiento que es fundamentalmente dependiente y, por otro lado, verse obligado a ser el mediador entre lo nacional y lo internacional, entre los grupos externos y los internos, entre la dependencia y la economía; lo que explica la extrema movilidad y complejidad de la política internacional de muchos países latinoamericanos.

Voy a referirme específicamente a lo que implica un modelo populista. Mi hipótesis es la de que cuando estamos hablando de los principales fenómenos populistas en América Latina nos referimos a una forma específica de bonapartismo populista en la que la mecánica central, no obstante la complejidad del concepto y de su gran diversidad de formas, tiene en sí una característica central: es un fenómeno político y sobre todo una forma de régimen y de Estado que se da en situaciones en las que ante todo hay equilibrio de clases, situaciones —como decía Marx— en que una clase ha perdido pero la otra no ha ganado el derecho a regir la nación; equilibrio entre clases, sectores y orientaciones básicas que sólo puede ser resuelto a través de una cierta

forma de arbitraje, a partir y a través de aquellos que controlan el aparato estatal. Esto significa que puede haber formas de bonapartismo donde el componente populista sea casi mínimo y otras, donde el componente populista, es decir, donde el intento de controlar, canalizar, manipular masas populares considerables se vuelve un componente central del sistema, como en el ejemplo de Napoleón III o en el de ciertos elementos del bismarckismo.

Por eso pienso que en América Latina, por las razones que he señalado, la tendencia general es la de reforzar ciertas formas bonapartistas, aún en regímenes regresivos, pero que en otros como los que estamos considerando: el peronismo, el varguismo, etcétera, se agrega el recurso de la movilización social de toda una constelación de sectores populares diferentes que tienen en común el estar en una situación de disponibilidad política; tienden a movilizarse, pero no tienen sus propias formas de expresión, de organización, de representación, de ideología; no tienen proyecto propio y por ello pueden ser captadas por un equipo de tipo bonapartista de control del Estado. Son fenómenos políticos en los cuales las masas son incorporadas a movimientos y regímenes lidereados por sectores que no corresponden directamente a esas masas y que utilizan una nueva concepción del Estado como tutor y árbitro por encima de las clases y de los grupos; y aunque haya una gran diversidad de regímenes y de movimientos, hay ciertos rasgos comunes que quisiera destacar.

En primer lugar, el populismo contemporáneo supone una ampliación del poder del Estado, que se convierte no sólo en un actor relativamente autónomo sino además en el nexo de la coalición; es decir, solamente en el Estado y a través del Estado se puede articular una alianza entre sectores sociales que en definitiva no siempre tienen intereses coincidentes y muchas veces hasta divergentes que el Estado debe arbitrar. Esto permite entonces en un régimen bonapartista la legitimización ideológica, o sea, que en la medida que se identifica con el Estado puede pretender la representación general de los intereses de toda la sociedad y de la coalición de grupos que está representando, pero a través de una acción que es fundamentalmente burocrática, a través de un aparato separado de la sociedad y colocado por encima de las clases.

Esto ayuda a explicar por qué en ciertas condiciones el populismo en América Latina se ha dado a través de formas fuertemente personales, autoritarias; la mística de masas con el liderato carismático. Pero no necesaria-

mente tiene que ser siempre así; como lo recordaba Gramsci, la historia encuentra ejemplo de bonapartismo colectivo, en la convención revolucionaria jacobina. No necesariamente el papel bonapartista puede estar representado por un partido, sería bueno explorar por ejemplo la posibilidad de que en cierta fase de la Revolución Mexicana haya fenómenos de bonapartismo mucho más colectivo que individualizado. Pero eso nos llevaría muy lejos. Lo que quiero señalar es que, por lo menos en la experiencia latinoamericana contemporánea, el énfasis está más bien en el personalismo-autoritarismo, mística de masas con liderazgo carismático.

Un segundo rasgo muy importante de los regímenes populistas tiene que ver con la ideología y por lo tanto con la legitimación y el consenso. Los populismos latinoamericanos se caracterizan por una denuncia verbal y una hostilidad simbólica contra la dominación extranjera y la oligarquía tradicional; contra todo lo que son valores, normas, prácticas, realizaciones de un sector de grupo dominante que es elegido como "chivo emisario". Al mismo tiempo, se contrapone a esa denuncia la reivindicación organicista de la nación como un bloque monolítico; el populismo tiende a identificarse con una idea casi mística de la nación, una nación que tiene un pasado que se simplifica, que también se convierte en mito, es decir, que no es sometido a pensamiento crítico; una promesa de destino de país importante o incluso potencia, en el sistema nacional, pero en la medida que se reivindica reedifica la nación como un monolito casi místico, y como tal se tiende a escamotear o a repudiar todo lo que signifique conflictos sociales, ideológicos, políticos, como una amenaza a la unidad necesaria.

El otro componente ideológico es la exaltación demagógica de las masas, como depuradas de toda contaminación de clases; lo que significa el manejo de la idea de clase y de conflicto de clases como algo que está contaminando, que está amenazando la posibilidad de unidad de una nación que de otra manera puede ser beneficiaria del desarrollo o la soberanía, incluso de la justicia redistributiva. Resulta necesario mantener estructurado un bloque tan contradictorio, tan potencialmente conflictivo que tiende a reforzar el autoritarismo vertical del líder carismático y/o del grupo dirigente, pues ayuda a la otra característica importante de un régimen populista que es el encuadre riguroso de las bases populares. Por un lado, las bases populares son proclamadas retóricamente como el sujeto de la hisotria, por otro, se supone que son menores de edad, que tienen que ser manipuladas como objeto pasivo del líder y/o del aparato; y finalmente, desde el punto de vista ideológico, hay que constatar que la mayor parte de los regímenes populistas tienden a desarrollar una

ideología de tipo conservador, incluso acompañada de una actitud fuertemente antintelectualista; en otras palabras, contra los intelectuales, los científicos, la crítica, todo lo que significa el ejercicio de pensamiento crítico, de investigación científica.

En tercer lugar, es importante destacar que este tipo de bonapartismo populista se ha dado y podría volver a darse en América Latina a partir de situaciones excepcionales que le permiten surgir y mantenerse, pero cuya desaparición lo coloca en crisis. Esa situación en general corresponde a una transición entre fases de desarrollo del respectivo sistema, al tipo de proceso que hemos tratado de caracterizar desde el principio de esta exposición: cuando se está pasando de una sociedad agraria a una industrial urbana; cuando se están produciendo modificaciones en la inserción del sistema internacional; cuando hay cambios en la composición de las clases sin el equilibrio relativo de las mismas; situaciones de transición que siempre son también de crisis y, en algunos casos como el peronismo, una situación excepcional de bonanza económica proveniente de la prosperidad creada por las exportaciones durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la dotación de una cierta base material y financiera permitió el milagro de aumentar las ganancias de los empresarios y los salarios y los beneficios sociales de los trabajadores en un período más o menos considerable. Pero no hay que perder de vista que todo ello era una especie de colchón material que lubricó el funcionamiento del sistema y que permitió maniobras de arbitraje bastante audaces y que desafiaron un análisis económico más o menos ortodoxo.

El problema es que en la medida que la situación de transición, de crisis o de bonanza económica desaparece, desaparecen también algunos de los supuestos necesarios de vigencia de este tipo de experimento; no hay que olvidar nunca que un bonapartismo populista supone necesariamente coaliciones altamente heterogéneas, como las de los terratenientes, industriales, financieros, intelectuales, burócratas, de líderes obreros, etcétera, y a veces, de grupos campesinos.

Pero esta heterogeneidad que da la fuerza inicial al populismo le crea la imposibilidad de una estrategia a largo plazo, ya que tarde o temprano lo condena a la inoperancia porque se ve obligado a tomar medidas en defensa del sistema. En última instancia, el **Poder,** que tiene parte de la capacidad de mostrada para garantizar la existencia del sistema, no puede tomar medidas de fondo contra factores críticos; no puede recurrir a una verdadera intervención o participación directa de las masas; las trata de manipular demagógicamente, las canaliza a través del aparato sindical y del aparato estatal, las con-

trola y si es necesario las reprime, de ninguna manera puede tolerar otra cosa que no sea la denuncia demagógica dirigida hacia el público de masas. Pero uno de los límites evidentes de todo sistema populista, es la amenaza a la posibilidad de un incremento de la participación activa y directa de sectores mayoritarios en la política y en el manejo del Estado.

Al mismo tiempo, el solo hecho de tener que basarse en organizaciones y líderes de masas, de satisfacer algunas de sus necesidades, de recurrir a sus movilizaciones en determinados momentos incluso para frenar las presiones que pueden venir de grupos dominantes, lleva siempre consigo el peligro del desborde, la posibilidad de que en un determinado momento la movilización vaya más lejos que los supuestos.

Por un tiempo eso se puede controlar con el equipo gobernante que está estructurado y seleccionado verticalmente, por lealtad; un personal superior que combina representantes de élite de poder con aventureros y arribistas, y con aquellos que han subido a la cresta de la ola del propio movimiento a través de la creación de condiciones de parasitismo y corrupción y que consolidan relativamente la coherencia de los propios grupos gobernantes.

Pero tarde o temprano, la desaparición de la coyuntura favorable o el efecto acumulativo de las limitaciones del propio experimento, —por ejemplo la dificultad de promover el crecimiento económico para dar una base más permanente a la política de redistribución—, significa que los regímenes populista, o bien tienen un final deslucido y catastrófico como el caso del primer peronismo, como el caso del suicidio de Vargas; o en un determinado momento deben dar lugar a un régimen de tipo desarrollista, relativamente más moderado, más racionalizado, o simplemente tratar de resolver la contradicción, como ocurre con el segundo peronismo, a través del recurso de la dictadura militar, es decir, fascistizante.

Julio Godio

Es sabido que el populismo ha sido un movimiento revolucionario surgido en Rusia a fines del siglo XIX. Conformado en un imperio multinacional, el objetivo del populismo es la implantación de un "socialismo agrario" a través de levantamientos campesinos y la restauración de las tradiciones comunales rurales como instituciones de base de ese futuro régimen social. El populismo no vincula la cuestión social a la cuestión nacional, salvo con vagas referencias al reconocimiento de la autonomía de las minorías nacionales oprimidas en el interior del Imperio Ruso.

En relación al rol de la clase obrera industrial, el populismo ruso consideraba a esta clase como secundaria, subestimaba al desarrollo capitalista y reivindicaba la existencia de una Rusia preindustril y agrícola que podía transitar al socialismo sin necesidad de pasar por una fase de desarrollo capitalista.

Como es sabido, los marxistas rusos calificaron al populismo como movimiento dual: **reaccionario** en cuanto se negaba a reconocer el desarrollo capitalista real y por lo tanto el rol de la clase obrera, y **revolucionario** en cuanto superada su fase terrorista, impulsa la revolución campesina.

En América Latina la categoría populismo ha sufrido metamorfosis cuando el marxismo ha tratado de aplicarla. El primer intento de aplicar la categoría —que yo sepa— es la utilización del concepto en los años treinta por teóricos soviéticos —V.M. Miroshevski concretamente— para calificar al pensamiento de Mariátegui.

Según ese autor, Mariátegui es populista por dos razones: 1) por englobar en una categoría étnica el problema campesino indígena, en detrimento de un análisis marxista de la estratificación de clases en el campo, y por pre-

tender encontrar en las sociedades precolombinas instituciones "comunistas" 2) por no ejercer una crítica radical del aprismo peruano, hacer concesiones a la ambivalente categoría "indoamericanismo" y por resistir la bolchevización de los partidos comunistas; lo que también implicaba concesiones a la teoría del partido "Kuomitang" defendida por Haya de la Torre. Fue el primer intento de utilizar el concepto. Pero, en aras de la recuperación de Mariátegui para las tradiciones comunistas, la crítica fue sepultada.

El segundo intento, el más serio, abarca el esfuerzo de muchos marxistas políticamente independientes o vinculados a la izquierda no comunista en la década de los sesenta, para dar explicación sobre la naturaleza de movimientos policlasistas como el P.R.I. mexicano, el peronismo argentino y otros. En este caso, se intenta usar la categoría para localizar proyectos burgueses hegemónicos en esos movimientos y los mecanismos de reclutamiento que les permiten contar con base popular. En general, se localiza un contenido de clase nacional burgués, pero practicado por una élite política con relativa autonomía de las clases sociales y que se legitima a sí misma organizando la participación popular, logrando así una base social amplia para sus proyectos de modernización capitalista.

Así, el populismo es, por un lado, progresivo en relación al proyecto tradicional oligárquico; pero por otro, es limitado y puede convertirse en reaccionario por la inconsecuencia de las clases y fracciones de clases hegemónicas en su interior. Se apoya en el Estado para aplicar su estrategia de dominación política.

Los aspectos centrales de esa estrategia son: impulso del capitalismo de Estado como palanca del desarrollo capitalista público y privado y para la redistribución del ingreso; es el principal instrumento de control público de los sistemas de socialización. En general, el populismo establece fuertes posiciones en las estructuras sindicales urbanas y rurales como instituciones de presión sobre el empresariado y eventualmente sobre el capital extranjero.

Los populismos pueden ser, en la esfera de lo político, liberales o autoritarios. En este segundo caso el populismo se identifica con las fuerzas armadas como ocurrió con el peronismo argentino.

La categoría populismo es útil en cuanto puede acercarnos a captar la naturaleza del fenómeno policlasista, es decir, a penetrar en el tejido social, en la trama de instituciones sociales y tradiciones que concurren en la ambivalencia programática del partido policlasista. Pero es limitada, porque no da cuenta de un hecho decisivo, a saber, que tales populismos no podrían existir

si no estuviese presente como articuladora la cuestión nacional. Por eso, en realidad los populismos son **movimientos nacional democráticos. Son cemento político cultural de cuatro contradicciones presentes en las sociedades latinoamericanas.**

La primera contradicción es de naturaleza histórica: se refiere al proyecto de nación de raíz popular y la identidad latinoamericana como propósitos inconclusos por la dominación oligárquica. Así, el populismo recupera y hace suyas las tradiciones bolivarianas y el liberalismo progresista del siglo XIX, y las opone al caudillismo nacional y al liberalismo oligárquico.

En segundo lugar, el populismo es una versión reformista del concepto de "revolución democrática", en cuanto expresa modelos industrialistas sustitutivos y distributivos, opuestos a las economías agroexportadoras o de economía de enclave.

En tercer lugar, el populismo es nacionalista y opuesto a la dominación extranjera, en cuanto reafirma la soberanía nacional a través del control de la economía nacional por un Estado legitimado por el movimiento de masas. Por último, el populismo busca su legitimación presente proponiendo la marcha hacia sociedades "terceristas", opuestas al capitalismo y al comunismo. *

En realidad estamos en presencia de movimientos policlasistas que encarnan lo que Gramsci denominaba "voluntad nacional popular". Por eso mismo tampoco es estricto usar la palabra "populismo" —aunque reconozco su valor instrumental— por las limitaciones señaladas anteriormente.

En la presente década ya no es posible oponerse al modelo neoliberal autoritario, retornando al antiguo sistema de sustitución de importaciones —el cual también epresó el "populismo"—. Sólo es posible plantear alternativas desde modelos de economía mixta, socialistas y pluralistas, por lo cual los movimientos nacional democráticos están destinados a sufrir desgarramientos internos. Una parte deberá evolucionar hacia esos modelos avanzados.

Pero, y a ello quería llegar, es posible localizar un nexo interno entre experiencias socialistas y populismo. Así, pueden ser incluídos por sus características en la categoría de "populismos" tanto el 26 de julio cubano como el propio FSLN nicaragüense. El primero como historia que se modifica a sí misma a partir de 1960, el segundo como tradición nacional antiimperialista

---

*** "Terceristas" en el sentido de que opuestas al comunismo y "al capitalismo" proponen una "tercera vía". Nota de R.M.E.**

que se recupera desde el marxismo. Veamos por eso la experiencia sandinista hasta la conquista del poder en 1979.

El triunfo de la Revolución Popular armada, encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, y la creciente radicalización en varios países de Centroamérica y los procesos nacionalistas en Granada y Santa Lucía obligan a reflexionar.

Si bien en política, es necesario cuidarse de sacar conclusiones apresuradas, puede afirmarse que en el área de Centroamérica y el Caribe, se está entrando en un período de fin de la larga hegemonía neocolonialista de los Estados Unidos y de desestabilización de las tradicionales dictaduras militares y cívico militares. Estas crisis políticas expresan el fin de una época de dominación según el estilo brutal de las compañías bananeras o azucareras, estilo de dominación que articulaba una economía de plantación atrasada con un poder político basado en la brutalidad de camarillas cívicomilitares nativas.

Como es sabido, esta dominación neocolonial mantuvo y mantiene a la mayoría de los países de Centroamérica y el Caribe en un atraso económico profundo; ha cerrado el camino a la formación de un empresariado nacional rural y urbano y, en cambio, polarizó la sociedad fundamentalmente entre campesinos minifundistas y marginales urbanos, con núcleos de proletariado en industrias transformadoras, y una cúpula estrecha de explotadores "primitivos" compuesta por las oligarquías nativas, los gringos de las transnacionales y las camarillas militares. Entre ambos extremos se ubica una pequeña burguesía urbana raquítica, vinculada a los servicios y al comercio.

Salvo Costa Rica, son sociedades desarticuladas, en las cuales la sociedad civil, como diría Gramsci, presenta un alto grado de indiferenciación de clase, y en las cuales, el Estado policiaco militar reproduce su base de sustentación entre las mismas camarillas de civiles y militares que usufructúan privilegios "extraeconómicos" (exenciones impositivas, control del comercio, contrabando, corrupción, etcétera) para amasar sus fortunas. Por eso, al derrumbarse el poder dictatorial, como ocurrió en Nicaragua, se abren las compuertas para grandes movilizaciones de masas por transformaciones sociales, y la debilidad histórica de la burguesía nacional, es al mismo tiempo la causa de ausencia o debilidad de partidos nacional democráticos progresistas "intermedios" de arraigo popular, a diferencia de otros países latinoamericanos.

Pero que esta zona de América se haya convertido en el eslabón más débil de la dominación imperialista, no significa que el eje no pueda desplazar-

se a otros países, dado que en toda América Latina y el Caribe los modelos de capitalismo dependiente han sido sacudidos por la crisis económica del mundo capitalista y las "élites tradicionales" no logran generar alternativas ca paces de recrear mecanismos de hegemonía. Lo que explica en última instancia, la aparición de sucesivas dictaduras militar terroristas en varios países, especialmente en el Cono Sur, instrumentos de dominación que usualmente sólo cumplen uno de los requisitos de todo poder del Estado, la coerción, pero les falta el que en última instancia garantiza la hegemonía, esto es, el consenso popular.

Me propongo incorporar a este cuadro contradictorio de la situación latinoamericana, donde los ciclos de revolución y contrarrevolución siguen caracterizando estratégicamente a la situación en su conjunto, aquellas lecciones del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional para el movimiento nacional revolucionario en nuestros países. No me planteo analizar la experiencia nicaragüense como "proceso nacional"; esta tarea es patrimonio de los revolucionarios nicaragüenses, **que hacen su propia historia.** Me propongo en cambio, tratar de destacar algunos rasgos de su experiencia que son la continuidad histórica de aquellos rasgos que permitieron a los revolucionarios triunfar y que, paradójicamente, han sido los menos comprendidos por la izquierda tradicional latinoamericana.

En efecto, con casi dos décadas de "atraso", la Revolución Nicaragüense ha sancionado con su éxito tanto al foquismo como al reformismo obrero. A este último lo ha sancionado con la crítica de las armas, demostrando una vez más que en ciertos países el reformismo obrero sólo puede "abrir brechas en el sistema", pero que es impotente para destruir al sistema en sus bases políticas, económicas y culturales.

Pero a quien ha sancionado con mayor fuerza es infantilismo de izquierda, a aquellos que pensaron que todo se resolvía creando "comandos operativos", "columnas guerrilleras", "ejércitos del pueblo", y que creyendo que iban a la "guerra popular", sólo iban a choques de aparatos de guerrilleros contra los ejércitos latinoamericanos, sin la participación de las masas. Así, las armas de la crítica, esto es, la concepción de la política tal como la ejecutaron los sandinistas, ha demostrado una vez más la validez de aquella sentencia gramsciana, de que una clase para ser dominante debe ser antes dirigente a través de una organización política de masas. Se trataba en el caso del "foquismo", más que de errores, de un estilo "no nacional de pensar" en

oposición a un correcto estilo de pensar como lo verificó en 1959 el Movimiento 26 de Julio.

Lo que ha demostrado el Frente Sandinista de Liberación Nacional, es que para que una revolución triunfe, la primera condición es descubrir cómo las contradicciones de clases, superpuestas históricamente, cristalizadas en sentimientos e ideas nacionalistas revolucionarias, constituyen el motor de la resistencia popular y permiten articular grandes movimientos de masas con voluntad revolucionaria. Ha sido, por adelantado de alguna manera, el "espíritu de Sandino" quien, al tiempo que ejecutaba retardaba inexorablemente la sentencia popular contra el somocismo y sus amos norteamericanos, y quien ha dado una lección a quienes creían que leyendo a Lenin y a Mao Tse-Tung ya todo estaba resuelto.

Con la Revolución Sandinista, el marxismo ha sido colocado sobre sus pies, permitiendo nuevamente estimularnos a comprender que siempre la estrategia política es una totalidad, pero concreta, nacional; en la cual se integran así correctamente las contradicciones internas con la gran contradicción que se desarrolla en nuestra época y cuyo contenido fundamental es el paso del capitalismo al socialismo.

* * *

¿Es acaso lo principal de la Revolución Nicaragüense el hecho que triunfó por la lucha armada? Esta tesis puede ser nuevamente esgrimida por intelectuales revolucionarios, aislados de las luchas diarias de las masas populares y proclives a las generalizaciones rápidas. Y se trata de una tesis equivocada, no porque no exprese una parte de la verdad, sino porque al reducir todo el fenómeno a esa parte de verdad, concluye por ser una tesis falsa.

En mi opinión, lo esencial de la Revolución Nicaragüense puede sintetizarse así: formación de un núcleo revolucionario, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que luego de superar errores ha sido capaz de resolver correctamente el carácter democrático popular de la Revolución; que ha sabido apoyarse en aquel segmento de tradición histórica que sintetizaba en el plano cultural político las luchas del pueblo, es decir, que el sandinismo es el cemento articulador del bloque popular, que ha establecido una correcta política con la cuestión católica.

Esto es, identificar también el sandinismo con el catolicismo progresista, ha ubicado correctamente al enemigo principal, al somocismo, que represen-

taba para el pueblo "la imagen concentrada" de la negación de la necesidad ya madura de transformaciones democrático populares, por ser materialmente la representación directa del uso privado de la Nación a través del control de la economía nacional por medio de una dictadura brutal y anacrónica; ser capaz de ceñir esta contradicción en el plano político como contradicción entre democracia y dictadura, con lo cual creaba condiciones para incorporar a la acción antisomocista a fracciones liberales de la burguesía; plantear un programa de reformas democráticas avanzadas, pero basadas casi exclusivamente en la expropiación del somocismo, con lo cual daba garantías a las fracciones burguesas en especial rurales, excluidas históricamente del bloque dominante, hacer hincapié en la responsabilidad de los Estados Unidos en forma exclusiva, "como sostén del somocismo", sin plantear como objetivo inmediato la nacionalización de los bienes americanos salvo aquellas empresas comprometidas abiertamente con el somocismo, y al mismo tiempo, exigir al entonces Presidente Carter ser consecuente con su política de "derechos humanos", lo cual lo obligaba a adoptar una política de neutralidad (aunque la Secretaría de Estado apoyara con armas a Somoza hasta el último momento), puesto que no podía intentar salvar a la dictadura a través de una invasión que sepultaría su política de derechos humanos en América Latina y el Caribe con graves repercusiones antinorteamericanas en el resto del mundo.

Pero también apoyándose en la tendencia democrática presente en América Latina, en los países del Pacto Andino, Costa Rica, Panamá, Jamaica y otros, y personalidades, como el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez, lo que condujo a la propia OEA a sancionar al somocismo y dificultar la ayuda militar a Somoza por parte de la dictadura militar argentina; ubicar esta estrategia sin hacer hincapié en el factor antimperialista, es decir, tratando en forma permanente de golpear centralmente a Somoza, táctica que implicaba "de hecho" golpear a los Estados Unidos, en tanto que este país se ha constituido históricamente en el opresor directo de los nicaragüenses a través de invasiones como la de 1927-1934, y a través del apoyo abierto a Somoza; apoyarse en las masas populares para aplicar esta estrategia, lo que significaba dar un contenido real de izquierda al proceso de revolución armada por la democracia política, y por último, movilizar a las masas a través de una guerra popular que inevitablemente conducía a la fusión entre vanguardia armada y masas, a la derrota de la Guardia Nacional en las grandes ciudades y a su disolución como institución por el desplome del gobierno autocrático y por tanto a la formación de un nuevo tipo de ejército de naturaleza revolucionaria y popular, como instrumento de defensa de la Nación, con lo cual se creaba la principal premisa para un verdadero Estado democrático.

Estos son, me parece, los rasgos más importantes que concentran la experiencia nicaragüense, pero en ellos hay que buscar aquellos que pueden tener validez para el conjunto de los países latinoamericanos y del Caribe.

Ya en los años sesenta, cuando bajo influencia directa de la Revolución Cubana se introduce la categoría de "Revolución Continental", destacados políticos, como Rodney Arismendi, se preocuparon por impedir cualquier simplificación de esta nueva categoría estratégica que homologara forzadamente las diferentes situaciones que se procesan internamente en los países latinoamericanos. La desigualdad de desarrollo económico, social y político, se expresa en nuestros países a través de indicadores acerca de situaciones de crisis o estabilidad política; de distintas historias culturales; coexistencia de diferentes lenguas; de características diferentes en cuanto a la estructura de clases determinadas en gran medida por el mayor o menor desarrollo del capitalismo dependiente, fuerte o débil presencia de tradiciones políticas liberales, regímenes militares o sistemas de partidos, disímil grado de intensidad en las relaciones económicas internacionales y, por ende, de la influencia de los cambios de la economía internacional sobre los países latinoamericanos, etcétera, hacen imposible, como ya lo había señalado Arismendi, homologar las peculiaridades de la Revolución Nicaragüense a otros países del continente.

Pero la tal Revolución sí presenta un aspecto que debe ser estudiado detenidamente, porque en él se concentra un dato político cultural "común" a todos los países del subcontinente. Este "dato" consiste en que los revolucionarios nicaragüenses supieron encontrar el eslabón político cultural que los unió orgánicamente a las masas trabajadoras, esto es, el sandinismo. El sandinismo debe ser analizado como el cemento político cultural de la unidad popular y detenidamente, porque creo que en esto reside el núcleo de un **estilo de pensar** que permitió a los revolucionarios analizar correctamente las vías para implantarse en el pueblo. Al mismo tiempo ser "sandinista" les permitió trazarse un comportamiento internacional de amplias alianzas, captar las características del repliegue de los Estados Unidos en el campo internacional y poder así inmovilizarlo durante la fase de ofensiva de la guerra popular antisomocista.

Debe señalarse también un aspecto de este proceso revolucionario: no hubo un espacio significativo para la acción sindical. A ello concurrieron tres factores: la extrema debilidad orgánica de la clase obrera industrial, la represión gubernamental y la ausencia de una tradición sindical importante en el país. Debe agregarse también que las únicas organizaciones sindicales con li-

bertad de acción eran la prosomocistas. Inclusive las organizaciones de la ORITCIOSL tuvieron grandes dificultades bajo la dictadura, pese a su orientación reformista moderada.

En la fase de culminación de la lucha armada y de formación del gobierno de Reconstrucción Nacional, se produce una incorporación a la lucha insurreccional de las dos principales centrales: la C.T.N. socialcristiana y los sindicatos afiliados a ORITCIOSL (pronto formarán el C.U.S., Confederación de Unidad Sindical). Pero, es al mismo tiempo una fase de nacimiento de la actividad sindical orientada por el sandinismo, que absorbe parte del sindicalismo de hegemonía comunista y, triunfante la revolución, dará lugar a la formación de la C.S.T. (Central Sandinista de Liberación).

No debe por lo tanto ser generalizada la experiencia sindical sandinista, puesto que la mayoría de los países latinoamericanos cuentan con experiencias sindicales más evolucionadas. Pero sí queda abierta una nueva experiencia acerca de la relación entre movimiento político y sindicatos, y entre el nuevo Estado Revolucionario y los sindicatos durante la etapa de construcción de la nueva sociedad. La C.S.T. plantea participar en la revoulción popular y al mismo tiempo conservar su autonomía frente al Estado y al mismo M.S.L.N.

* * *

Hacer política como elaboración de estrategias a partir de las contradicciones concretas nacionales y de la relación de fuerzas existentes, es el camino correcto. En esto, la gran ventaja en América Latina ha sido paradójicamente para los movimientos nacional democráticos, en detrimento de la izquierda.

Los movimientos nacional democráticos han sabido penetrar e implantarse "nacionalmente" en el seno de la sociedad civil, mientras que el comunismo latinoamericano, subordinado usualmente a estrategias externas (rasgos que ya se perciben a principios de siglo con el anarquismo y el socialismo, y que cristalizaron en los años treinta con la aplicación de la mecánica de los partidos comunistas de la táctica antiaislacionista que la URSS estimulaba a través de la línea de frente único antifascista de la Internacional Comunista frente al peligro del fascismo), hizo que los partidos comunistas hayan operado generalmente impulsando la combatividad y organización clasista del movimiento obrero o movimientos de resistencia de otras capas sociales, pero sin lograr convertirse en centros de aglutinamiento de movimientos nacional populares, salvo en Chile.

Si la práctica es el criterio de verdad, hay que rendirse ante la evidencia de que han sido los movimientos nacional democráticos los que han logrado concitar, desde Haya de la Torre y el APRA, lo que Gramsci llamaba "voluntad nacional popular". Esto es, son partidos o movimientos que por su concepción de la sociedad nacional han logrado integrar un frente único y bajo la hegemonía de proyectos nacional reformistas a clases y fracciones de clases interesadas en una revolución democrática y antimperialista. Así, obreros, campesinos, pequeña burguesía urbana y vastas masas marginales se han incorporado a estos movimientos o partidos policlasistas.

Lo importante es señalar que de la experiencia nicaragüense no se capta siempre lo esencial, que consiste en que bajo la ideología genérica antimperialista y democrática del sandinismo se fue articulando una **ideología orgánica de nueva sociedad, democrática, pluralista, socialista, de convergencia de distintas clases sociales, que encontraron en el sandinismo la matriz "moral" común para actuar como frente único contra la dictadura.** El sandinismo ha logrado así desde un nuevo eje de clase, recuperar el estilo político que permitió a los grandes movimientos policlasistas implantarse en las sociedades latinoamericanas. De esta manera, el sandinismo incorpora en un programa avanzado, camino del socialismo, las tradiciones nacionalistas y populares, continuando la experiencia original del Movimiento 26 de Julio en Cuba. El mérito histórico del sandinismo en este aspecto es que ha demostrado que "hacer política" implica un estilo de pensar, en el cual las categorías universales del marxismo se hacen concretas a través de categorías político culturales nacionales.

Pero esto no ha sido lo común entre muchos teóricos marxistas latinoamericanos, quienes han operado intelectualmente al revés, subsumiendo y desintegrando las categorías nacionales en las categorías universales, las cuales han perdido así toda operatividad concreta.

Ha habido en la izquierda quienes se resistieron a aplicar mecánicamente tesis marxistas o resoluciones de organismos internacionales a América Latina sin confrontarlas con las contradicciones internas a nuestras sociedades. Ya hubo una época en que los socialistas veían en América Latina posibles parlamentos a la inglesa en todas partes. Ugarte, en Argentina, comprendió que lo primero que tenía que plantearse el socialismo para desarrollarse era colocarse en la línea de la lucha antimperialista; o el ejemplo de Mariátegui, en Perú, que se resistió durante años a enfrentar a Haya de la Torre como lo querían algunos dirigentes de la Internacional Comunista, que caracterizaban

sectariamente al aprismo como "el Kuomitang a la latinoamericana". Mariátegui en cambio, quien había escrito la audaz frase de que "en América Latina la cuestión campesina era la cuestión indígena" (con lo cual planteaba cuestiones metodológicas decisivas a las que me referiré), se resistía a aplicar caracterizaciones válidas para países lejanos con otras historias, a las realidades latinoamericanas. Pero, no hay muchos ejemplos; y es que en nuestros países tenemos una larga tradición de amor irracional por las tradiciones europeas, cuando no por los Estados, incluidos estados asiáticos.

* * *

Es evidente que no toda la gente llega al antimperialismo por los mismos caminos. Pero en América Latina demasiados han llegado por los textos, no por la vida, no a través de la imagen simple que los pueblos tienen del imperialismo. Este último fue el camino recorrido por Sandino, quien escribió:

> Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi significancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota, y así juro ante la Patria y ante la historia que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provoco, y al reto del invasor cobarde y de los traidores a mi patria, contesto con mi grito de contable y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrán morir el último de mis soldados, son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas. Venid, gleba de morfinómanos; venid a asesinarnos en nuestra propia tierra, que yo os aseguro a pie firme al frente de mis patriotas soldados sin importarme el número de vosotros, pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes. Nuestra joven patria, esa morena tropical, debe ser la que ostente en su cabeza el gorro frigio con el bellísimo lema que simboliza nuestra divisa; Rojo y Negro y no la violada por aventureros morfinámanos **yankees**.

Quizás la palabra clave de estas ideas de Sandino sea caracterizar a los soldados **yankees** como "invasor rubio". No para simplificar hasta el grado de

confundir al pueblo estadounidense con los monopolios norteamericanos, ni para negar lo que es necesario aprender de la civilización tecnocrática norteamericana. **Sino porque en ese lenguaje se encuentra la imagen que el pueblo latinoamericano tiene de los imperialistas.** Nuestros pueblos perciben a los norteamericanos como el indígena inca o el maya percibió al colonialista español, como un bárbaro, agente destructor de su civilización. Y esta percepción simple del "invasor" es la base para un proceso de conocimiento superior que lleve al pueblo a captar los mecanismos que utilizan las empresas multinacionales, no sólo las americanas, para influenciar en las esferas del poder y lograr mantener sus núcleos neocoloniales. No se puede explicar a las masas trabajadoras cómo las empresas transnacionales corrompen funcionarios, evaden impuestos, fijan precios de monopolio, sin partir de la identificación popular de un extranjero que dirige una empresa u ocupa militarmente un país.

Distintas clases sociales, distintas personas de cada clase, marchan a la identificación del imperialismo a través de caminos originales. Cuando el bracero haitiano o dominicano que cultiva caña en las trescientas mil hectáreas que la **Gulf and Western** posee en el ingenio La Romana, en la República Dominicana, ve pasar al ejecutivo **yankee,** lo recibe como al moderno esclavista; cuando el obrero peronista argentino ve al empresario extranjero llamar al ejército para reprimir una huelga, lo ve como un ocupante en su propio país, que tiene poder de decisión directa sobre las fuerzas armadas nacionales. Cuando el coronel Caamaño en 1965 fue a la Embajada de Estados Unidos en Santo Domingo para buscar una salida pacífica a la crisis provocada por la invasión, el embajador americano torpemente le dijo, "ustedes sólo pueden aspirar a rendirse incondicionalmente"; el militar patriota, saliendo rápidamente de la sorpresa, comprendió de golpe qué era lo que se enseñaba en la Escuela de los americanos en Panamá y contestó: "Aquí nadie se rinde, carajo". Y se convirtió en líder revolucionario. Se podrían citar miles de experiencias, pero lo importante es comprender que el camino de la conciencia antimperialista siempre es nacional.

En estas tierras latinoamericanas y ribereñas leer a Mao Tse-Tung o a Ho Chi-Minh resulta una cosa importante, pero creer que las masas van a luchar por el pensamiento de líderes extranjeros resulta una provocación a la lógica interna de la cultura política latinoamericana. Y así, los que triunfan, son los que se aferran a una lógica correcta, esto es, a **realizar** a través de revoluciones la voluntad histórica antimperialista legada por figuras históricas y corrientes ideológicas políticas que en cada país hayan "cementado" la unidad

popular. Así en Cuba, Martí o en Nicaragua, Sandino, son "sus contemporáneos", porque esas revoluciones corporizan en forma avanzada sus sueños y sus luchas.

Hacer política significa descubrir las contradicciones sociales nacionales cristalizadas en los sentimientos y en la tradición, y procesarlos como teoría, como estrategia, a partir de la práctica de las masas. Cuando se dice que Mao Tse-Tung caminó en los años veinte miles de kilómetros en China, o cuando se recuerda a Recabarren recorriendo durante años los barrios obreros del Chile minero, nos referimos a algo más que un simple reconocimiento empírico de la realidad. Estamos hablando de un estilo para **verificar en la práctica** las formulaciones teóricas, para estudiarlas en su movimiento real. Y el movimiento real de esas categorías existe en el lenguaje popular. Por eso, cuando el pueblo se refiere a los imperialistas y se dice simplemente "gringo", se está refiriendo a su manera a las categorías abstractas del capital monopolista descritas en Hobson, Hilferding, Bujarin o Lenin.

El hecho es que el sentimiento **antiyankee** unifica en América Latina al pueblo. Es por eso un componente de la conciencia nacional, y quienes desde la izquierda han violado este principio en nombre del "internacionalismo abstracto", han quedado aislados de las masas, en algunos casos por décadas. Así por ejemplo, en los años de la justa lucha por alinear los países latinoamericanos con los países que combatían al nazismo, muchas fuerzas de izquierda hicieron alianzas con los Estados Unidos que iban "más allá" de las concesiones necesarias y se enfrentaron con las masas. Ello ocurrió, para dar un ejemplo, en la Argentina cuando el Partido Socialista y el Partido Comunista se opusieron a Perón en apierta connivencia con la embajada norteamericana y la oligarquía terrateniente; o cuando en Venezuela, el Partido Comunista continuó apoyando en 1945 a Medina Angarita por su posición antifascista, mientras que Acción Democrática, también antifascista, lo enfrentaba abiertamente como continuación de la oligarquía gomesista.

* * *

Justamente, la experiencia histórica nicaragüense implica un camino diferente, un camino de intransigencia nacionál con el imperialismo a partir de las vivencias populares; como señala Sergio Ramírez:

> La guerra del General Sandino no terminó en 1934 con su asesinato. La alternativa nacional verdadera, la alternativa del pueblo que es la alternativa sandinista, no fue descabezada en aquel tiempo.

> Echó raíces entonces, porque enterrar a Sandino fue como enterrar una semilla, según las palabras de nuestro poeta nacional Ernesto Cardenal, el pueblo guardó sus fuerzas, guardó su honor, soportó medio siglo de tiranía y ahora es el único capaz de cargar sus armas de futuro. Lo demás es el pasado. El somocismo va entrando al territorio del pasado con toda su carga de muerte y esta fórmula mágica, de las paralelas históricas sostenida por los Estados Unidos como la más anquilosada forma de intervención en asuntos de Nicaragua entra también al territorio del pasado.

Y agrega, identificando claramente la relación entre el somocismo y el imperialismo:

> Porque la intervención norteamericana mantenida a lo largo de todo este tiempo, no sólo liquidó toda forma de participación política civil, sino que dejó toda la participación política en manos de la dictadura. Erigió a la familia Somoza con un poder absoluto. Dejó a la familia Somoza enriquecerse impúdicamente, acaparar la tierra, erigir monopolios, adueñarse de las industrias, de la banca, de los seguros, del transporte, de la producción de alimentos, hasta del comercio con la sal y la sangre; estimuló a la familia Somoza para convertir al ejército de ocupación que era la Guardia Nacional, además, en una guardia pretoriana. Y los Estados Unidos han bendecido los golpes de estado, los fraudes electorales, los pactos políticos con la corrupción de la Constitución y de las leyes.

Esta cita de Sergio Ramírez, nos conduce a otra cuestión de vital importancia que es la cuestión del Estado, presentada en forma viva, no escolástica. Puede afirmarse que los sectores populares más conscientes ven al Estado represor y militarista como el símbolo práctico de "la Santa Alianza" entre las oligarquías latinoamericanas y los Estados Unidos.

La historia del Estado en América Latina desde la colonia hasta nuestros días, podría decirse esquemática y metafóricamente, es la historia del autoritarismo estatal. Ello se explica por "ausencia" de revolución burguesa clásica, que hubiera permitido el despliegue libre entre productores en la sociedad civil y como corolario la constitución de un Estado regulador de relaciones sociales históricamente progresistas. Desde la colonización, el Estado cumplió el rol de institución que garantiza la apropiación coercitiva del plustrabajo a las masas indígenas o negras. Durante ese período se legitimaron las encomiendas, el yanocazgo, etcétera; más tarde, con la Independencia, se ga-

rantizaron la hacienda, la fazenda, el hato, y a partir de este siglo, se aseguró la sumisión popular al capital extranjero y a las oligarquías latifundistas, financieras, comerciales e industriales comprometidas con el imperialismo.

Por esa ausencia de civilización burguesa clásica, y en cambio presencia de estados autoritarios, que en vez de ser el resultado de una sociedad civil articulada, eran más bien el instrumento para mantener unidas a sociedades económicamente desarticuladas, ha sido imposible plasmas sociedades democrático liberales estables. Y las experiencias democráticas parecen impotentes frente a los interminables golpes y contragolpes de Estado. Pero, por eso mismo, las masas populares intuyen, presienten, cuando no son abiertamente conscientes, que los períodos de democracia sirven sólo para poder obligar a las clases dominantes a hacer concesiones y aprovechar esos momentos para ejercer control sobre el capital extranjero. Las masas populares valoran la importancia de la democracia política, pero comprenden también sus limitaciones.

Las masas sienten como suya la lucha por la democracia. Este hecho, no fue comprendido en los años sesenta cuando las organizaciones políticas se lanzaron a la lucha armada en países donde se habían implantado regímenes democráticos, como en Venezuela, y quedaron aisladas de la población.

Debe reconocerse que la lucha por la democracia política, paradójicamente, tiene un contenido ideológico ambivalente. Por un lado, en las grandes batallas por la democracia en nuestros países ha habido y habrá una continua perseverancia por implantar democracias estables. Pero al mismo tiempo, y esto no afecta a la disposición de lucha sino que introduce una componente más realista, hay también en este componente una dosis importante de incredulidad en cuanto a que la democracia política va a resolver los problemas de fondo del pueblo. En esto, obviamente, no sólo incide el hecho de que las masas saben que las clases dominantes suelen perder el gobierno pero no el poder, como la experiencia práctica de diferentes gobiernos nacional reformistas que han llegado para impulsar políticas industrializadoras y nacionalistas, pero que han conducido a la constitución de nuevas capas burguesas modernizadoras; mientras que la miseria, el marginamiento social y la explotación obrera han continuado.

Nadie puede asombrarse por eso cuando ahora, triunfante el Frente Sandinista de Liberación Nacional, las masas populares nicaragüenses, en un país donde el somocismo impidió la construcción de partidos populares, con su intuición popular consideran superfluo hablar de sistemas políticos pluripartidistas, y en cambio, lo que sí esperan, es que el Estado cambie, que cambie

su naturaleza de clase y pase del Estado autocrático somocista a un Estado democrático. Eso mismo ocurrió en Cuba en 1959.

Es que cuatrocientos años de experiencia sedimentada sobre el carácter autoritario del Estado en América Latina, a veces escrita en textos, pero la mayoría de los casos transmitida oralmente por generaciones que han sufrido opresión, ha terminado por fijar en las masas esa simple y correcta idea de que no se trata de partidos, se trata de lograr gobiernos para el pueblo. Por otro lado, la experiencia histórica revolucionaria en América Latina anterior a la Revolución Cubana, tiene un antecedente ya en esta dirección; la Revolución Mexicana, que constituyó un régimen democrático, en los hechos, de un solo partido desde 1929.

Pero toda esta exposición sobre el Estado no debe conducir a la idea de que soy partidario de regímenes de partido único en América Latina. No es así, porque particularmente con el desarrollo capitalista dependiente, con la constitución de amplics movimientos nacional democráticos y partidos obreros y sindicatos, la transformación progresista de la sociedad latinoamericana puede ser realizada en muchos países a través del pluralismo político. Para ello, en varios países como Argentina, Perú, Brasil, México, Venezuela y otros, esto exige que la izquierda expulse esa simplificación del marxismo que la llevó a identificar e igualar mecánicamente dictaduras militares terroristas con sistemas políticos democráticos burgueses. También implica comprender claramente que el reconocimiento del valor de la democracia política no debe confundirse con la ilusión democratista.

* * *

Una política revolucionaria es siempre una política de alianza de clases. Ninguna clase puede tomar el poder y realizar la revolución sin aliados. Pero, en América Latina, esto plantea cuestiones metodológicas importantes a las cuales me referiré sólo brevemente.

Tomemos la cuestión de la alianza obrero campesina. Es un tema clásico en la teoría socialista, desde Engels y Kautsky. Pero, ¿Qué significa esto en América Latina? Significa que este tipo de alianza de clases sólo puede ser efectiva si los obreros a través de su partido encuentran el eslabón real, no "sociológico", de unidad con los campesinos. Así, si se trata de una alianza de

los obreros con los campesinos indígenas, ésta será imposible si los obreros no logran penetrar en la cosmovisión del mundo campesino indígena, donde la lucha contra el terrateniente se asocia con el regreso a sus formas autóctonas de civilización. Así, es sabido que las grandes masas campesinas zapatistas durante la Revolución Mexicana luchaban contra el hacendado reivindicando el ejido. Esta fue la lección entendida por Mariátegui, quien trató de encontrar en la civilización incaica los aspectos de organización social colectivos que facilitasen la penetración de ideas revolucionarias en el campo. Obviamente, se presenta también el "otro lado" del problema, cuando se trata de áreas de agricultura capitalista donde junto al terrateniente se extiende la figura del agricultor mediano; en este caso, penetrar en la vida rural exige encontrar los eslabones para el avance en la conciencia social del campesino, especialmente estimulando la cooperación sobre la base de la propiedad privada. En uno u otro caso, esto no debe ser contrapuesto mecánicamente con estrategias tanto de división de la gran propiedad latifundista como de mantenimiento de grandes unidades de explotación intensiva por vía de la estatización o cooperación agrícola.

Originales problemas metodológicos se plantean en América Latina en relación con la llamada burguesía nacional. En sentido estricto, no se presenta una burguesía nacional al estilo asiático, burguesía incipiente rodeada de áreas rurales semifeudales, que necesariamente tiene que pugnar por una revolución democrático burguesa. La diferencia es que el desarrollo capitalista dependiente ha procesado, a su manera, la "revolución democrático burguesa", no contra el latifundio, sino desde dentro de él y en alianza con el capital extranjero. Este último ha sido el principal factor del desarrollo capitalista deformado, atrasado y dependiente en América Latina. Pero, esta burguesía, sólo tibiamente interesada en liquidar los residuos precapitalistas, sí pretende desalojar de ciertos espacios económicos al capital extranjero, para ocuparlos como clase. Al mismo tiempo pugna por ocupar un rol hegemónico en el aparato del Estado para trazar políticas favorables a la acumulación de capital en el sector de la burguesía nacional. En este caso, por ejemplo, es bastante evidente la experiencia argentina, con el Grupo **Galbard-Bronner,** que disputó seriamente con el capital extranjero en el sector productor de autopartes electrónicas, caucho, etcétera, operando desde dentro del peronismo entre los años 1950-1975. Burguesía nacional conciliadora, la burguesía nacional latinoamericana forcejea con el imperialismo, al mismo tiempo que

busca un compromiso favorable con él. Pero por eso mismo puede ser incorporada al frente nacional popular. La experiencia nicaragüense es suficientemente aleccionadora de cómo se puede incorporar a fracciones burguesas patrióticas alejadas del poder que participan en el proceso en su fase democrática, para incidir en el proceso revolucionario.

* * *

Es sabido que la categoría movimiento obrero abarca fundamentalmente dos aspectos vinculados, y contradictorios. Estos son: el sindicato y el partido obrero. En América Latina desde comienzos de siglo conocemos al partido obrero bajo el nombre de partido socialista. Sin embargo, estos partidos socialistas, en Argentina, Uruguay, Brasil, México y otros países, salvo Chile, no lograron constituirse en dirección real del movimiento obrero. Hubo en cambio, una subestimación por parte de los partidos socialistas, imbuídos en la práctica parlamentaria, del rol de la acción sindical y este vacío fue cubierto desde principios de siglo por el anarcosindicalismo. Este se apoyaba en dos fenómenos socioculturales muy interesantes para la época. El primero consiste en que una gran parte del proletariado en aquella época era de inmigrantes extranjeros, que vivían en nuestros países un doble extrañamiento; uno de origen social que proviene del sistema de explotación y otro de origen nacional que proviene de su desarrollo en la vida latinoamericana.

El sistema de explotación empuja la resistencia obrera frente a los patronos. Esto obviamente constituía una tendencia favorable al desarrollo del sindicalismo. Pero al mismo tiempo, el hecho que una gran parte de estos obreros fueran extranjeros facilitaba que el apoliticismo y el cosmopolitismo anarcosindicalista penetrara en las masas trabajadoras.

Como es sabido, los anarcosindicalistas sostenían que la idea de patria era una invención burguesa, y fomentaban el cosmopolitismo. Sin embargo, ellos no se limitaban a difundir la ideología anarquista en su forma abstracta, sino que la propaganda y la agitación se hacían junto con una incesante actividad sindical y de desarrollo de las posturas radicales a favor de las huelgas, el boicot, y otras formas de resistencia de los trabajadores a la explotación en el plano económico. Por eso gran parte de los obreros de origen extranjero poco politizados y poco asimilados a los nuevos países, eran fácilmente atraídos por esta ideología cosmopolita.

El otro fenómeno consiste en que una parte de la clase obrera se va a conformar a partir de las migraciones internas, tendencia que desde 1930 se con-

vierte en dominante. En este caso se trata de campesinos que emigran a las ciudades con muy bajo nivel cultural y que, obviamente, están marginados de la vida política. Estos obreros consideran a la política como algo que les es ajeno y en cambio quieren soluciones concretas a sus demandas. El anarcosindicalismo logró también en estos casos arraigar en estas fracciones de la clase obrera, como ocurrió por ejemplo en el caso mexicano, desarrollando una fuerte tendencia al apoliticismo en vastos sectores en el movimiento sindical.

De manera que la primera conclusión es que en América Latina, el camino clásico de relación entre sindicatos y partidos socialistas no fue seguido porque estos partidos copiaron las estrategias europeas y trataron de aplicarlas en forma mecánica a naciones dependientes y atrasadas organizadas en estados autoritarios, aún cuando muchos de ellos adoptasen formas liberales y que temporariamente facilitasen la libertad de acción sindical y política para el movimiento obrero como en Argentina, Uruguay o Chile.

Creo que en el hecho de que el anarcosindicalismo haya logrado en esos años tanta fuerza en América Latina, hay un problema teórico por analizar:

A diferencia de los socialistas, los anarquistas no aceptaban la categoría de clase social. Ellos la reemplazaban por la de "explotado". Y esta categoría teórica favoreció paradójicamente al anarquismo, puesto que facilitaba su inserción en masas de trabajadores donde no era fácilmente distinguible el obrero propiamente fabril del obrero semiartesanal. El anarquismo tuvo mayor sensibilidad frente a los movimientos de protesta de asalariados no fabriles y cierto espontaneismo populista que le permitía una más rápida implantación entre los trabajadores todavía motivados por ideologías individualistas derivadas de su origen rural, o a través de su cosmopolitismo que le facilitaba la implantación entre los trabajadores europeos.

De manera tal, hasta avanzados los años treinta de este Siglo, la relación entre sindicato y partido tuvo desde sus comienzos este rasgo permanente; debilidad de los partidos socialistas y hegemonía anarquista o sindicalista. Se produjo así una histórica escisión en el movimiento obrero entre acción política y acción sindical.

Pero hay otro hecho político de gran importancia que también incide en el curso que sigue el movimiento sindical en muchos países y que genera un tipo particular de relación entre acción sindical y acción política: a partir de la primera década de este siglo irrumpen los llamados movimientos nacional

democráticos o nacional revolucionarios, de composición policlasista, en oposición a las oligarquías tradicionales y al gran capital extranjero. Estos movimientos nacional democráticos o nacional revolucionarios elaboran sus estrategias políticas de acuerdo con el objetivo común de los pueblos latinoamericanos; esto es, conquistar su independencia política y su soberanía económica, establecer la democracia política, junto con programas de distribución de ingresos favorable a las capas populares y por reformas agrarias favorables a la expansión del mercado interior. La manifestación más destacada de esta capacidad hegemónica de los movimientos policlasistas se demostró durante la Revolución Mexicana que fue dirigida por líderes nacional reformistas como Carranza, Obregón o Calles. También se expresó con la formación del Partido Radical en Argentina y del batllismo en Uruguay, logrando un perfil teórico definido con el aprismo en Perú en la década de 1920.

Grandes masas trabajadoras ya organizadas sindicalmente, en algunos casos como el mexicano organizadas antes de la formación del movimiento nacional democrático o en otros casos organizadas a partir de la conquista del Estado en Brasil con el Varguismo, pasan a incorporarse a la vida política a través de partidos de base social policlasista. Hay, efectivamente, diversidad de situaciones. Por ejemplo, una es la del movimiento sindical mexicano de origen anarcosindicalista, que pasará masivamente a incorporarse dentro de lo que después de la Segunda Guerra Mundia habría de cristalizar como el PRI: es decir, la integración del movimiento obrero en el partido hegemónico de la Revolución Mexicana es el resultado directo de una revolución que desemboca en la aplicación de un proyecto nacionalista democrático y antilatifundista avanzado. Un caso diferente es el de Brasil, donde en la década del treinta se produce el ascenso al gobierno de Getulio Vargas. Como consecuencia de ello se da una modificación en la estructura del Estado que pasa a ser un Estado burgués nacionalista y favorable al desarrollo industrial autónomo y que aplica una política de incorporación de la clase obrera al sistema político dominante, para lo cual desde el gobierno se fomenta el desarrollo de sindicatos obreros subordinados al aparato del "Estado Novo".

Un tercer caso fue el peronismo en Argentina: entre 1944-1945, la alianza entre sectores del antiguo partido radical, de militares nacionalistas y militares provenientes del socialismo o del sindicalismo, da lugar a la constitución de un movimiento nacional democrático de amplia base proletaria. En este caso, el movimiento obrero ya contaba con una larga tradición de lucha y organización, de manera que el peronismo necesitó para poder incorporar a los trabajadores, no sólo satisfacer las reivindicaciones postergadas de las masas

asalariadas urbanas y rurales, sino al mismo tiempo introducir ciertos elementos de la ideología socialista en su doctrina, como ya había ocurrido en el caso del movimiento nacional revolucionario mexicano.

De todos los ejemplos anteriores se puede generalizar que el rasgo común de este proceso de participación obrera consiste en que estos movimientos nacional democráticos, de base policlasista, logran incorporar a la mayoría de los asalariados, porque ellos permiten al obrero identificar su interés inmediato de clase con los intereses del conjunto de la nación y al mismo tiempo, como clase reconocida en el frente nacional popular. Esta última idea tiene como objeto criticar la interpretación simplista que trata de explicar la incorporación de fuertes contingentes del movimiento obrero y de organizaciones sindicales en los movimientos nacional democráticos sólo como el resultado de reivindicaciones sociales otorgadas por la burguesía al proletariado. Esta idea es extremadamente simplista y errónea. Es cierto que la política de mejoras en las condiciones de vida y de trabajo facilitan la incorporación de gran parte de la clase obrera a los movimientos nacional democráticos. Pero la razón última, y fundamental, fue que los obreros se reconocían políticamente en estos movimientos nacional democráticos. Ante la ausencia de partidos socialistas de carácter nacional, buscaban en los movimientos nacional democráticos combinar sus intereses inmediatos con su identidad de clase social nacional. Es que, en el proletariado, siempre sus intereses de clase son al mismo tiempo diferentes e idénticos a los del conjunto del pueblo.

Por eso mismo es que el proletariado, liberado de las limitaciones del anarcosindicalismo o del socialismo europeizante, tiende espontáneamente a tratar de diferenciar sus intereses de clase en el seno de bloques nacional populares. Ha sido ésta una constante histórica del comportamiento de la clase obrera latinoamericana y responde al criterio metodológico de que es imposible analizar la práctica sociopolítica de una clase aislada del comportamiento global de una nación y su pueblo en el contexto mundial. Y en los países coloniales, neocoloniales o dependientes, cuya situación genera la tendencia a la unidad popular antimperialista y antioligárquica, la clase obrera tiende espontáneamente a aliarse con otras clases, proceso que puede conducir a convertirla en hegemónica o a comportarse como clase subalterna en el frente nacional popular.

La incapacidad histórica de los llamados partidos obreros socialistas o comunistas, salvo excepciones como Chile y algunas otras, para ser capaces de generar proyecto nacionales, proyectos y estrategias capaces de permitir al proletariado constituirse en la clase hegemónica, han traído como consecuencia

que el espacio político popular haya sido ocupado predominantemente por los movimientos nacional democráticos. Por tanto, lo que es necesario entender, es que este proceso de constitución de movimientos nacional democráticos, salvo en aquellos países donde dictaduras tipo Somoza lo han impedido, ha cristalizado como "sentimiento nacional popular".

Pero a partir de la década de 1960, un hecho político, la Revolución Cubana; un hecho económico, el agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones y en cambio la apertura hacia estrategias de economía de escala neoliberal, y un hecho social, el crecimiento de la clase obrera industrial y de nuevas capas de profesionales y técnicos asalariados han traído aparejada la posibilidad histórica de que amplios movimientos de tipo socialista puedan continuar y superar desde un eje en los trabajadores la antigua tradición nacional democrática. Se plantea un problema teórico interesante al movimiento revolucionario latinoamericano, que consiste en que en él militaron partidos o movimientos revolucionarios que durante décadas, se aferraron a una concepción mecánica de la teoría supuestamente leninista del partido, a los que se dotó de una concepción estrecha y obrerista, y que les dificultó que pudiesen sintetizar la práctica social de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía bajo la hegemonía de la práctica proletaria. La izquierda latinoamericana no comprendió que en los movimientos nacional democráticos se producía tal simbiosis de prácticas sociales bajo la hegemonía de proyectos nacional reformistas.

En cambio, a partir de la Revolución Cubana, se pudo apreciar que un movimiento como el 26 de julio, ideológicamente heterogéneo, permitía la síntesis de diferentes prácticas sociales desde un eje proletario y socialista, permitiendo transitar a vastas masas sociales desde la lucha por la democracia al combate por el socialismo. Y hoy esta experiencia puede ser reafirmada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional en un contexto de pluralismo ideológico y político nacional.

La práctica histórica se ha enfrentado una vez más con la teoría, demostrando su superioridad sobre criterios mecanicistas que en nombre de supuestas lealtades al marxismo olvidan la máxima de Engels de que lo fundamental consistía en organizar y orientar el **movimiento real** de las clases sociales, que el marxismo era **una guía para la acción,** y no un conjunto de recetas sectarias. Por otra parte, existían ya experiencias en Europa y en Asia suficientemente aleccionadoras acerca de la necesidad histórica de dotar al partido proletario de un contenido social y popular sin que esto afectase la esencia de clase y la estrategia revolucionaria del partido político obrero.

La experiencia nicaragüense ha planteado claramente, aún para países donde los asalariados urbanos son la mayoría de la población económicamente activa, como Argentina, que es necesario dejar de lado estilos escleróticos de pensar. Y que hay que saber buscar las formas orgánicas que realmente faciliten la construcción de partidos o movimientos socialistas con capacidad de sintetizar en su seno, desde un eje en los trabajadores, la práctica histórica de las masas populares. La experiencia del Frente Sandinista de Liberación Nacional en este sentido es suficientemente aleccionadora.

Otro aspecto que me parece importante destacar en la experiencia sandinista consiste en el carácter independiente y autónomo de la política internacional del Frente.

La experiencia de las revoluciones indica que la primera regla por tener en cuenta para que un partido o movimiento pueda ser nacional hegemónico, consiste en garantizar a las masas populares que la Revolución es necesaria para asegurar no sólo el progreso social sino la independencia nacional. Los trabajadores de un país dependiente pueden seguir a un partido obrero a nivel sindical si éste demuestra a través de sus cuadros honestidad y posiciones clasistas. Pero es seguro que los trabajadores darán la espalda a ese partido cuando la batalla política se desplace a nivel de alternativas nacionales, si ven que ese partido o movimiento sigue directivas de otros países o si observan que se comporta tratando de copiar modelos de sociedad de otras latitudes.

Esta regla de oro de los revolucionarios no puede ser entendida simplemente como una cuestión táctica, sino que debe ser entendida como una cuestión de concepción de la política misma. Es decir, para poder entender, captar y orientar el proceso revolucionario en un país, ante todo debe garantizarse la independencia de juicio en relación con el movimiento revolucionario internacional en su conjunto. Cualquier movimiento o partido que guíe su estrategia por el comportamiento político de partidos que ocupan posiciones de dirección de otros estados, está condenado a sufrir los vaivenes de la política exterior de esos estados. Hay experiencias suficientemente trágicas como para comprender que aquella máxima de la teoría burguesa de que la política exterior era la continuación de la política interior, es también válida para el movimiento obrero.

Para trazarse una política exterior que ayude al proceso revolucionario interior es necesario buscar los aliados en el campo internacional que se correspondan con las necesidades de impulsar el proceso revolucionario nacional. Esto no está en contradicción con hacer aportes a la lucha contra el peligro de guerra mundial, o a la lucha por el desarme, o dar activa solidari-

dad a todos los pueblos y naciones que luchan contra el imperialismo y el neocolonialismo. Quiere decir que siempre, la condición decisiva para lograr una posición de hegemonía en el bloque popular, consiste en garantizar a las masas que la fuerza política socialista será consecuente en la lucha por la revolución social y nacional, camino del socialismo, y que no capitulará por un viraje táctico de uno u otro país socialista, de uno u otro partido socialista importante en el mundo. Hay suficientes lecciones ya en América Latina acerca de partidos obreros que han capitulado por necesidades internacionales, lo que los ha conducido al aislamiento de las masas. Así, durante la Primera Guerra Mundial, los partidos socialistas se colocaron junto a los países de la Entente contra el Imperio Austro Húngaro y Alemania, y se aislaron de las masas obreras que se oponían a la guerra interimperialista, mientras lo que se desarrolló fueron las posiciones neutralistas, encabezadas en general por los movimientos nacional democráticos en ascenso.

Durante la Segunda Guerra Mundial los partidos socialistas y los partidos comunistas adoptaron una política de conciliación con los sectores más retardatarios de los países latinoamericanos, si es que éstos se manifestaban antifascistas, y con los propios Estados Unidos. Y se aislaron de las masas en un momento en el cual existía una situación favorable para luchar por la independencia nacional, dadas las dificultades coyunturales que tenían las potencias imperialistas para continuar presentes en la vida política y económica de los países latinoamericanos. De tal manera, que la experiencia es suficientemente rica como para aportar argumentos en favor de esta postura.

La política internacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional y de su decisión de mantenerla independiente, tercermundista y dentro de los lineamientos del movimiento de los Países No Alineados, seguramente reforzará el prestigio del gobierno revolucionario, no sólo ante su propio pueblo sino ante los pueblos del mundo. La necesidad de que cada movimiento revolucionario tenga una política independiente se corresponde, por otro lado, con un mundo cada vez más multipolar.

Efectivamente, si bien es cierto que desde el punto de vista militar el mundo está dividido en dos superpotencias; si bien es cierto que la economía mundial tiende a concentrarse entre los países capitalistas desarrollados y los países socialistas, lo cierto es que el mundo, desde el punto de vista político, es cada vez más multipolar. Es decir, la ruptura de la bipolaridad se opera centralmente a través del proceso de independencia nacional y de constitución de estados independientes que pugnan por ocupar un lugar de igualdad en el concierto de las naciones. Esto constituye un gran progreso, y es

quizás la principal causa que dificulta que las empresas transnacionales puedan operar con la misma facilidad que el viejo imperialismo operaba sobre el mundo colonial, neocolonial o independiente.

En América Latina una política internacional independiente es al mismo tiempo una política contra la hegemonía norteamericana que constituye efectivamente el enemigo principal. Hace tiempo entramos en una etapa de grandes luchas revolucionarias; la vieja consigna de la "Revolución Continental" sigue vigente. Pero, esa consigna no es suficiente, a ella hay que agregar una nueva consigna, la lucha por "un socialismo a la latinoamericana", en que cada país logre encontrar su propio modelo de socialismo, que no debe negar de las experiencias extranjeras. Pero que debe centrarse en paralizar en la práctica histórica de las masas populares, los eslabones políticos y culturales para dirigirlas hacia la liquidación del modo de producción capitalista dependiente y abrir cauces a modelos de socialismo en los cuales, bajo la dirección de estados democráticos y populares, se articulen economías realmente socialistas basadas en la coexistencia de la economía estatal, de la economía cooperativa, y de la economía privada que subsistirá durante la primera etapa de transición del capitalismo al socialismo.

Es necesario elaborar y trazarse políticas democráticas de participación popular en la revolución, que constituye la condición principal para hacer posible realmente que coexistan en el mismo proceso revolucionario diferentes tendencias y opiniones. En algunos casos cristalizadas en partidos, en otros, convergentes en el seno de grandes movimientos socialistas.

En esta exposición he tratado de presentar temas para reflexión latinoamericana acerca de la experiencia de la Revolución Nicaragüense. Creo que lo más importante de ella no consiste en redescubrir que la violencia popular es la condición principal para garantizar la liquidación de la explotación del hombre en América Latina, esta necesidad histórica responde al viejo principio de que allí donde hay opresión hay resistencia, y allí donde la opresión se ejerce a través de métodos violentos, la resistencia popular debe ser también violenta. Pero me parece que para comprender correctamente cómo la violencia fue capaz de ser asumida por las masas, es necesario previamente entender que sólo una concepción nacional de la política puede crear las premisas para proponer formas de lucha que encarnen en las masas y que hagan posible que se incorporen a la lucha abierta contra los regímenes reaccionarios y proimperialistas. Y en esto creo que la Revolución Nicaragüense nos enseña a todos, aun cuando todavía no está escrito en esta Revolución el "próximo capítulo".

Ramón Martínez Escamilla

La relación entre el Estado, el Populismo y el Movimiento Obrero en América Latina configura un tema vasto y complejo.

Por las características de las intervenciones de los maestros Kaplan y Godio también me voy a permitir llamar la atención sólo a dos o tres puntos de abordamiento del gran tema que son los que más interesan al Seminario si ha de asumirse como un intento inicial pero genuino de teorización.

En primer lugar, quiero llamar la atención a la conveniencia de que se puntualicen de mejor manera la necesidad de que el populismo en América Latina se aborde, como ellos decían, en términos históricos; es decir, el populismo a que tenemos que hacer referencia aquí es un movimiento planteado en términos modernos, contemporáneos; cabe agregar, ese movimiento ideológico que se entiende y plantea a la inversa de como se ha hecho tradicionalmente: **del poder a las masas populares** y no **de las masas populares hacia las estructuras de poder.**

En segundo lugar, es particularmente importante que el populismo latinoamericano se aborde en su íntima conexión con la estructura de poder; que se analice como un complejo ideológico y político, o sea como la relación íntima entre el Estado y la ideología de las fuerzas sociales que lo sostienen, relación que se origina en el proceso formativo de las estructuras nacionales.

Teniendo en cuenta estas dos condiciones quisiera contribuir al entendimiento de que el gran fenómeno populista latinoamericano ha estado inscrito en el proceso formativo de la base social y, en consecuencia, en el proceso formativo de la estructura política con toda su diversidad y, por lo mismo, su abordamiento no puede dejar de tocar el impacto que en el subcontinente en su conjunto dejó sentir el gran movimiento liberal de la segunda mitad del Si-

glo XIX, y particularmente la reinterpretación que de aquel liberalismo se hizo estructura real en los primeros 25 años de este Siglo; ya que si bien comportó básicamente el móvil de la consecución o el de la consolidación de la independencia política de las todavía precarias unidades nacionales de América Latina, en lo estrictamente social ha sido sobre todo una ideología **de la dominación.**

El populismo es, pues, un movimiento íntimamente vinculado al proceso formativo de la clase dominante; es decir, al par que es móvil en el comportamiento de grupos privilegiados, es consecuencia de un proceso real, de un proceso social que va conformando a la clase dominante ya no como una clase económico social en el sentido leninista sino **como una clase político social.**

Trataré de apoyar lo que expreso: En América Latina es posible distinguir en el proceso formativo de la estructura social, una fase en la que las clases étnico sociales pierden aceleradamente el elemento étnico mientras en ellas gana peso el elemento económico; es decir el movimiento de independencia desata el proceso modernizador de la estructura social y lo aparta de los viejos esquemas colonialistas. El liberalismo y sus grandes reformas a partir de la segunda mitad del Siglo XIX, a pesar de que opera en unos países más que en otros, tiene efecto definitivo pues crea la gran base consolidadora de la modernidad capitalista que, como en México, o como en el Perú, o como en Argentina, para principios del presente Siglo permite hablar de clases sociales en términos estrictamente modernos, en un ambiente de capitalismo desarrollado social e institucional, es decir, políticamente.

De la misma manera, cumplido en el subcontinente el proceso de consolidación del capitalismo moderno, es posible advertir que en la formación de la clase dominante de las unidades nacionales más sólidamente constituídas va cobrando un peso cada vez más decisivo el elemento político y perdiéndolo el elemento estrictamente económico.

Pero esto tiene un doble filo: En la medida que la clase dominante comienza a conformarse como un universo en el que se conjugan intereses disímbolos por cuanto sus integrantes tienen origen en distintas clases sociales; vale decir, por cuanto en la clase dominante vienen a participar desprendimientos de distintas clases sociales que son sus destacamentos políticos, en su interior aparecen pugnas por la hegemonía que se reflejan en su propio universo de dominación.

Vistas las cosas desde el lado del movimiento obrero, la presencia de la clase dominante, su ideología populista y el modelo de comportamiento político que induce en busca de un nuevo proyecto histórico, es nuevo **sólo para algunos países.** Yo diría que para aquellos países en los que el vacío ideológico ha permitido la entrada exitosa de la social democracia en las dos últimas décadas. En otros como Argentina, Chile, México y en mucho menor medida Venezuela tal proyecto político se trajo con claridad meridiana, por lo menos desde principios del Siglo XX. Y en ese contexto, el movimiento populista en su trabazón con el Estado, vale decir en su retroalimentación hacia el Estado, induce en la formación de la clase obrera, y particularmente en la dirigencia obrera, la falta absoluta de líderes auténticos, y lo que digo del movimiento obrero vale especialmente para el movimiento agrario.

En México, por ejemplo, es posible advertir que ninguno de los líderes del campesinado es de origen campesino, o que son muy contados aquellos líderes obreros que son de extracción realmente obrera y, desde luego, ninguno de raigambre y militancia netamente obrerista. Hasta donde hemos podido intercambiar ideas con compañeros investigadores venezolanos, parece que en el movimiento obrero venezolano de 12 años a esta parte, el surgimiento de nuevos líderes no proviene de la base obrera, sino que es el personal que se ha apropiado la estructura de poder político de aquella nación la que está decidiendo quienes han de liderear, en los términos más convenientes para el modelo proimperialista venezolano, al movimiento obrero. Es más, sostienen que no sólo está pasando eso, sino que incluso con la colaboración de amplias capas del proletariado que así se liderea, particularmente del proletariado urbano, el Estado está avanzando aceleradamente ya no a la creación, como en la década de los 30, sino a la consolidación del moderno empresariado venezolano de nuestros días.

A mí me parece, por último, que la relación Estado-Populismo-Clase Dominante, deja ver con más o menos claridad que en el proceso político latinoamericano existe todavía hoy (y merced a que el sustento desde el exterior es por el lado del equilibrio internacional de poder que se mantiene como condición para establecer en lo interno de cada país subdesarrollado un juego de fuerzas en el cual sea precisamente la clase dominante y sus intereses los que prevalezcan), un considerable margen para el movimiento político de masas. Y lo digo observando las desproporciones de país a país en lo que a estructura social y económica se refiere.

Quiero decir que como el proyecto que se desprende de aquella relación es un proyecto a largo plazo o, dicho de otra manera, como lo que hoy no es-

tá en puerta en América Latina en su conjunto es la revolución socialista, —o hasta porque no está a la puerta de toda América Latina—, el campo para el movimiento político es todavía bastante extenso; tiene bastantes posibilidades en la medida que quedan sin resolverse multitud de problemas de formación social, entre otros el problema de las ideologías para la liberación y el problema de los líderes auténticos.

Por ahora la estructura del poder político parece socialmente incontestable, sobre todo donde la democracia burguesa se ha vuelto una práctica vieja. Pero lo parece sólo por cuanto no se tiene un lenguaje apropiado ni se tiene una ideología que induzca la movilización adecuada para contestarlo. La ausencia de esta ideología, la ausencia de la inducción de movilizaciones de corte verdaderamente popular y no populista, permite pensar que es manejando, negociando la noción y la realidad del equilibrio internacional de poder, como se creará la posibilidad de abrir procesos políticos que permitan contestarlo desde adentro, ya que el proceso de liberación, como se verá en el curso de la historia latinoamericana de los próximos años tiene que ver sobre todo con una noción nacional más que con la concentración de fuerzas externas.

En esto, naturalmente, el quehacer político llevará siempre consigo, como condición de operatividad real, la experiencia de que el solo movimiento de insurrección armada carece de perspectiva, como parecen demostrarlo con su triunfo la Revolución Sandinista y con sus décadas de frustración el sectarismo que se registra en todos nuestros países.

Gerardo González

No puede considerarse al nacionalismo en América Latina como un todo homogéneo debido a sus diferencias políticas, económicas, lingüísticas, religiosas, etcétera, pero aunque existen marcadas diferencias de país a país, todos tienen la necesidad de asegurar la reproducción ampliada del modo de producción capitalista.

Es así como se ha analizado al Estado populista y al movimiento obrero en América Latina, desde una perspectiva histórica del desarrollo capitalista que enfoca al populismo desde el punto de vista de las clases dominantes. Se afirma que el Estado populista es producto del estallamiento de las contradicciones de las oligarquías liberales o autoritarias constituidas en el Siglo XIX, entrelazado con la crisis tanto europea como norteamericana y que esto permitió la reorganización del aparato estatal y la consolidación de los estados nacionales latinoamericanos.

Pero es importante hacer resaltar el hecho de que al enfocar el populismo desde el punto de vista de las clases dominantes, se localizan las tácticas por medio de las cuales se manipula y explota a las masas trabajadoras.

También es necesario estudiar el fenómeno populista desde la perspectiva de las propias masas, para observar su conversión en la lucha de clases reivindicadora del movimiento obrero.

Es en los regímenes populistas donde se manifiesta con mayor claridad la lucha por el nacionalismo y el problema de las relaciones político económicas tanto externas como internas.

Sobresale la importancia que representa para el movimiento obrero latinoamericano la pretminencia adquirida por el populismo y cómo en algunos países ese movimiento se convierte en una fuerza política de fundamental im-

portancia en relación a la conducción del desarrollo económico, en la industrialización, en las reformas institucionales, etcétera.

El populismo, como ya se dijo, adquirió relevancia en México, Perú, Ecuador, Chile, Colombia, Bolivia, Argentina, Brasil, Venezuela y otros países, constituyendo una fuerza política importante y a veces decisiva para la liquidación del Estado oligárquico y el establecimiento de un "desarrollo nacionalista".

Entre 1920 y 1930 la mayoría de los trabajadores y sus organizaciones adoptan la teoría nacionalista y la ideología del populismo como producto de la persuación verbal e ideológica, que se impuso en la mayoría de los países por golpes de Estado pero también por la vía electoral y otras manifestaciones del juego político.

La estrategia populista concibe una política de masas en la que a la clase obrera se le induce a luchar principalmente en contra de los enemigos de sus enemigos. Esto es, el combate contra la oligarquía, la burguesía agroexportadora, el imperialismo; logrando confundirla en beneficio de la gran burguesía. Cuando esta política no dio resultado en algunos países, se establecieron estados de claras tendencias fascistas.

El surgimiento del populismo se da en un momento en que la lucha por el control político estaba en su apogeo y la burguesía industrial, apoyada por las masas populares, logró asumir el poder. Pero el pacto populista se rompe cuando la burguesía se siente con suficiente fuerza como para ya no seguir dividiendo o negociando las decisiones, o cuando los trabajadores presionan por reivindicaciones políticas que están más allá de las propias conveniencias del Estado capitalista, y es entonces cuando la burguesía se olvida de sus contradicciones internas y recurre a la fuerza ya no para imponer su proyecto sino para hacerlo prevalecer sobre las inquietudes populares.

Surgen crisis profundas para los gobiernos en las que se observa que la burguesía criolla sustentadora del proyecto, no tiene interés en llevar más allá de ciertos límites las concesiones y reacomodos que confundieron los intereses populares con sus propios intereses. El pueblo comprende entonces cuál es su posición entre enemigos y aliados.

La realidad muestra que las transformaciones logradas por el Estado populista no resolvieron el problema de los trabajadores y se continuaron deteriorando las condiciones e vida, trabajo y perspectivas salariales. El desarrollo de estas contradicciones lleva a la quiebra de ese modelo político de desarrollo.

El movimiento obrero latinoamericano ya se opone tanto a la burguesía nacional como a la internacional viéndolas como una sola en sus enfrentamientos políticos; como expresa Marcos Kaplan, "...Las soluciones populistas, bonapartistas, desarrollistas, exhiben su insuficiencia y precariedad, y revelan así el fracaso de los intentos de una integración social y de un consenso político que se buscó sin un correlato de modificaciones sustanciales del sistema. Este tiende cada vez más al estancamiento y a la rigidez, a la distribución regresiva del ingreso, a la concentración del poder en grupos reducidos, a la frustración de aspiraciones en las clases medias y populares, al aumento de desequilibrios, tensiones y conflictos".

Se logra cancelar el proyecto de desarrollo nacional autónomo y se implanta en su lugar un modelo de desarrollo que se inserta en una perspectiva de trasnacionalización e internacionalización de la economía para lo cual, los trabajadores construyen una respuesta unificada. Claro ejemplo de ello es la búsqueda de vinculaciones y de respuestas a la profundización de la crisis económica que azota actualmente a todos nuestros países, lo que agudiza las contradicciones políticas y sociales que oprimen a las masas trabajadoras del campo y la ciudad.

Se conforman alternativas de los trabajadores para enfrentar la ofensiva del capital, centrándose en el problema de la unidad de las clases y su alianza con los campesinos y demás sectores que buscan cambios estructurales.

La utilización de la huelga (en algunos casos general) como arma fundamental del movimiento obrero ha sido la consigna en diversos países de América Latina para enfrentar la represión y agresiones del capital y del Estado.

Se plantean en todo el Continente diversas formas de lucha, desde aquellas de resistencia hasta formas insurreccionales revolucionarias con proyectos clasistas claramente definidos y que pugnan por un cambio radical de las estructuras capitalistas. Se busca la solidaridad de clase y el internacionalismo proletario, donde la clase obrera de nuestros países sabe que el único camino que garantiza su liberación es el proyecto socialista.

Marcos Kaplan

Estoy de acuerdo con el sentido y con la línea de la mayor parte de los argumentos planteados por los dos comentaristas, con algunas reservas que me obligan a volver al análisis de algunos elementos.

Si se quiere hacer un análisis crítico del populismo tal como ocurrió, tal como es y sus alternativas futuras; es decir, colocándose en la triple perspectiva en que está cualquier movimiento político y procurando comprender la naturaleza profundamente ambigua del populismo, —y no dicho en términos peyorativos sino en términos realmente estructurales—, éste constituye un problema crucial para el sistema de dominación en América Latina, porque en parte ha jugado un papel fundamental en la consolidación de ese sistema, y en parte es un elemento que no termina de ser absorbido y que siempre conserva un potencial destructivo para el propio sistema.

Porque evidentemente el tipo de clases populares que emergen a través del proceso de transformación que yo estaba señalando, es un tipo de clases populares profundamente heterogéneo; es decir, hay estratos que tienen poco que ver entre sí, aunque en conjunto constituyan en definitiva una clase. Las primeras formas de reacción de este nuevo proletariado urbano en sus distintas capas, es ante todo una reacción adaptativa, porque es una clase relativamente nueva, donde puede darse la continuidad de un proyecto alternativo.

Por ejemplo, no es totalmente acertado suponer que el peronismo triunfa en última instancia porque es superior a tradiciones políticas inadecuadas de tipo anarcosindicalista, socialista o comunista; lo que ocurre en realidad es que en esas formas de organización y de ideología había limtaciones, aunque de todas maneras representaban una base importante en el avance del movimiento obrero; y cuando empiezan a debilitarse o a desaparecer, o ser enfrentadas por el populismo, en parte porque han cambiado las condiciones reales

que correspondían a un tipo de proletariado industrial relativamente minoritario con su propia forma de organización y de acción, pero que seguían reaccionando en relación al mundo pasado cuando este mundo estaba cambiando, hay una primera crisis de las viejas ideologías sindicales, que en parte responde a sus propias limitaciones, aunque no sólo a sus limitaciones, pues aparece un nuevo tipo de trabajador y una nueva realidad urbana industrial para las cuales no hay respuesta, y significa la emergencia de un nuevo tipo de proletariado que fundamentalmente no tiene tradición política y sindical; no tiene ideología propia; está tratando de sobrevivir como puede en la nueva realidad, y su primera reacción es, "sálvese quien pueda" si la salida es puramente individual, o la solidaridad en pequeños grupos: la familia extensa, el grupo regional al cual se pertenece, y sobre todo, la puesta en búsqueda digamos de una solución paternalista que viene de arriba. Allí empiezan a jugar algunos componentes muy importantes del nuevo, del futuro populismo o del populismo emergente que son: el nuevo sindicato, cierto tipo de partidos políticos y el Estado; entonces la posición fundamental es responder desde arriba a las demandas, satisfacerlas en parte, pero canalizarlas, controlarlas y fundamentalmente manipularlas.

Quisiera destacar que en ese sentido, la percepción temprana de esta posibilidad en el caso argentino, aparece aún en la etapa puramente oligárquica de 1930 a 1943; es decir, dentro del régimen que se establece en ese período y que comienza por ser un intento de restauración conservadora; aparecen tendencias que fomentan el intervencionismo estatal, fomentan la industrialización y se comienza a comprender la necesidad de la manipulación populista; pero son pocos y no pueden romper una barrera de clase fundamental que está constituida por su naturaleza esencialmente oligárquica, por caudillos políticos como Barceló o como Fresco en la provincia de Buenos Aires.

Lo que no pueda hacer un régimen oligárquico, por más lúcido que sea alguno de sus líderes, lo tiene que hacer un nuevo tipo de respuesta política en la cual se combina el control del aparato estatal con una nueva élite que existe, tiene fuerza y tiene posibilidad de acción, porque es una élite desclasada. Es muy importante destacar la necesidad profunda de que en un experimento populista, sobre todo de signo banapartista, el papel clave lo tengan aquellos que controlan el aparato estatal que no están ligados directamente a la clase dominante, pero que no están en contra de ella, y que se colocan relativamente por encima de todos para cumplir ese tipo de arbitraje.

El ejemplo argentino demuestra que a partir de la clase dominante es muy difícil llevar adelante un experimento realmente bonapartista; tiene que

ser, o miembro de las fuerzas armadas, o miembro de la burocracia o elemento de una pequeña burguesía en crisis que va a encontrar a través de la carrera política y de la manipulación populista una vía de acceso al poder que no le da, de ninguna manera, el sistema que le está bloqueando por todos lados.

Entonces, primero es el Estado y después el nuevo tipo de partido político, por ejemplo, el APRA o Acción Democrática de un lado, y hasta tendencias de derecha en otro. Así puede comenzar un movimiento populista desde la derecha, como el peronismo, que nace de un golpe de estado militar en última instancia fascista en su proyecto y, además, dirigido por alguien como el general Perón que era y fue siempre de ideología fascista (sólo que comprendió que no había necesidad de ser fascista, que era más bien por la vía del bonapartismo populista que tenía un camino), después aparece el papel del sindicato, frente al viejo sindicalismo de élites militantes, abnegadas, que se mantienen a sí mismas con muy poco aparato y que crean una gama muy amplia de formas de organización de conciencia y de acción; el gran sindicato de masas que está constituido por una dirección y un aparato de cuadros que ya son profesionales, que viven de y para el sindicalismo y que además están manejando una masa de trabajadores con poca tradición, poca conciencia, poca ideología; que están buscando en el sindicato, más que todo, la satisfacción de necesidades inmediatas y que entonces son manipulados de arriba hacia abajo.

Y aquí aparece la esencia contradictoria del nuevo sindicalismo que es expresión de las masas; que no es una simple manipulación burocrática. Uno de los errores más graves que cometió la izquierda peronista, en los últimos tiempos, es suponer que el burócrata sindical era simplemente opuesto, o manipulador, o corrupto, y que las bases lo rechazaban; y es que todavía no se daban cuenta que cuando viniera la pequeña burguesía radical a esclarecerlo, las masas tirarían al cesto a la burocracia y elegirían a la nueva dirección. Sólo entonces descubrieron que las masas preferían a sus propios burócratas antes que una nueva seudoélite que venía desde afuera y que todavía no se sabía bien qué era, y que en muchos casos era tan autoritaria en tanto pretendida izquierda como los otros burocráticamente autoritarios por la derecha.

El peronismo expresa en particular una doble contradicción, muy interesante para ver el presente y sobre todo el futuro de la clase trabajadora dentro de un esquema populista. En la medida que los líderes representan a las masas y satisfacen muchas de sus reivindicaciones, se ven obligados a entrar al juego político, se vuelven un factor de poder, entran al juego de la competencia con otras fuerzas políticas y tienen que coparticipar en el Estado; y este

es un elemento de consolidación, aunque en parte están rompiendo las reglas tradicionales de la dominación.

Por otro lado, en la medida que no abren el juego democrático en su propio sindicato, que son autoburócratas autoritarios, verticales hacia adentro; están debilitando la posibilidad que tienen de un juego político dentro del sistema general de poder. Pero lo que creo que sigue siendo una contradicción básica es que aunque sea en medida mínima, representan bases populares y trabajadoras que tienden a ir mucho más lejos y no siempre pueden garantizar su propio papel de control y de adaptación de esas masas al sistema; y tarde o temprano respecto al sistema de dominación se plantea la pregunta de si vale o no la pena seguirlo teniendo como interlocutor válido y como intermediario; o si es necesario prescindir totalmente de eso y entrar a otra dimensión. Creo que no es adecuado, incluso es políticamente peligroso suponer que el populismo es una posibilidad política totalmente cerrada en América Latina, pues de aquí en adelante, el peligro podría ser, sobre todo para la izquierda, que alguien un día le diga como en el Juan Tenorio: "los muertos que vos matais gozan de buena salud".

Julio Godio

Me parece importante lo que señaló Ramón Martínez Escamilla respecto a la relación entre populismo y liberalismo, llamémosle progresista, del Siglo XIX, por más que en el caso concreto de Acción Democrática se retomó el proyecto liberal de aquellos núcleos que tenían rasgos progresistas, y se hizo de tal manera, que al no aparecer al mismo tiempo como una proyección internacional, digamos de la Tercera Internacional de la época, aparecía como auténtico heredero de un intento coyuntural interno, que a su vez lo legitimaba desde el punto de vista nacional.

En segundo lugar lo que se llama populismo o movimiento nacional democrático, o como queramos llamarle, no está muerto y creo que es ambivalente. Aquí no hago más que repetir mecánicamente a Kaplan.

Dentro de la burguesía de los países latinoamericanos nunca cupo el populismo como fenómeno inicial, nunca fue componente inicial del proceso. La burguesía se incorporó y con sutileza fue dándole el cauce, pero sin atarse nunca al partido. En Venezuela existen hoy elementos prominentes del Partido Acción Democrática en el seno de la burguesía, pero la burguesía como clase no forma parte del partido, está en FEDECAMARAS que es una organización patronal.

El drama de la burguesía consiste en que lo que le permitió constituirse como clase es al mismo tiempo peligroso para ella, y no es capaz de asimilarlo globalmente para crear un sistema de hegemonía a partir de ese movimiento. Es decir, la burguesía no es heredera del populismo, sólo que logró injertarse en ese proceso, legitimarse a través de su propio proyecto burgués que en definitiva triunfó; no obstante, ha sido incapaz de extender el proyecto a toda la sociedad y por lo tanto no ha podido legitimarse en tanto populista. Entonces aparece la otra cara de ese populismo que es terrorífico para la bur-

guesía, especialmente al aumentar la crisis, cuando las masas cuestionan el sistema de poder establecido.

El populismo es incapaz de crear desde su interior un sistema de alternativa a esa clase, porque ese sistema de alternativa puede ser generado desde el socialismo, desde un proyecto socialista aunque no sea puro, un proyecto que puede determinar una crisis global del movimiento y que en definitiva termina restaurando la dominación burguesa en forma más cruda, más cruel, más terrorista.

Ahora bien, creo que hay un desafío histórico para la izquierda en relación con el populismo, que es el nuevo movimiento obrero, que proviene de una clase obrera surgida del funcionamiento de las transnacionales y del Capitalismo de Estado que, en consecuencia, está creando un nuevo tipo de sindicalismo. Pero no se puede subestimar cómo desde dentro del movimiento populista tradicional se ve al movimiento obrero. El movimiento obrero latinoamericano que ha surgido en las empresas dinámicas, particularmente en la siderúrgica, la química, la petroquímica y en la automotriz, sindicalmente tiene ataduras internacionales; y ahí está el populismo, porque lo que se llama el sindicato nacional de rama de industria, es un elemento centralizador desde arriba en la medida que la economía se ha desarrollado a nivel de grandes empresas en el sector privado y particularmente en el sector estatal. El problema del contrato colectivo único para todo el país obliga la existencia de un aparato, y ese aparato no se debe subestimar si no hay una alternativa real y concreta a lo que llamaríamos la hegemonía de la burguesía en el movimiento obrero, pues la respuesta del movimiento populista puede ser fuerte, y llegar a darse desde el poder o desde la oposición, dependiendo de las circunstancias y condiciones históricas de cada país.

El drama de este populismo consiste en que hoy no puede darse ni apoyarse en ese modelo sustitutivo o industrializador que le dio posibilidades de hegemonía durante un período histórico; pero al mismo tiempo por su carácter contradictorio de clase tiene en su interior corrientes centrípetas, algunas de las cuales buscan ese apoyo en lo popular al tiempo que intentan mantener su hegemonía; mientras que la burguesía es incapaz de apropiarse globalmente de un modelo populista para legitimarse.

La ambivalencia permanente de este tipo de movimiento es su incapacidad para dar la respuesta y al mismo tiempo encontrar nuevos canales de hegemonía. Por eso las experiencias de la revolución latinoamericana, como la Cubana, o como las que ahora se desarrollan en Centroamérica, no pueden

llevarnos a una generalización porque se trata de países donde la burguesía no logró crear un sistema de hegemonía porque la burguesía era un partido radical como en Cuba; o como en Centroamérica, donde los intentos de burguesía nacional fueron cortados en forma abrupta: en Nicaragua hace cincuenta años; en Guatemala hace ya casi treinta.

Por eso el populismo ahí no se logró y es muy difícil que se logre en cualquiera de los países latinoamericanos pequeños; pero en los menos pequeños yo creo que es un fenómeno que hay que tratar de entender y, además, aprehender la lógica histórica que lo generó, las contradicciones que tiene y cómo existe un apoyo en esas contradicciones para levantar un proyecto de alternativa socialista comprendido por las masas. Porque si en un país como Venezuela, donde el partido del pueblo es Acción Democrática y al morir Betancourt se lanzan cientos de miles de venezolanos a la calle, ahí no existe ninguna posibilidad de socialismo. Si éste no se origina desde las masas, como dice Martínez Escamilla, como la continuidad histórica y como la ruptura de un modelo que fue de hegemonía durante un período histórico, no tiene posibilidad alguna de existir.

Marcos Kaplan

Sostengo que cuanto más se intensifica el conflicto de clases en la sociedad latinoamericana, más tiende a incrementarse el poder del Estado, y que eso va a ser una fuente permanente de regeneración de su propio poder hasta que surja otra alternativa que cambie la situación.

Porque todo Estado de una sociedad de clases, y sobre todo los de América Latina, tiene un orden de prioridades; en primer lugar, el Estado como grupo político administrativo empieza por defender sus propios intereses de grupo, incluso por encima de ciertos intereses de clase; en segundo lugar, tiene en cuenta la racionalidad del sistema en su conjunto; lo que quiere decir que en un momento dado, los intereses particulares de un grupo particular están en contra de los intereses de reproducción del sistema, y ahí el Estado en defensa de sí mismo y en defensa del sistema sacrifica a los grupos particulares; y en tercer lugar, en determinados momentos favorece más a ciertos grupos que otros.

Lo que no se puede olvidar nunca es que la clase dominante es una clase dividida, que está incluso sometida a competencias internas que pueden ser muy violentas y que además está amenazada permanentemente por los grupos dominados; lo que implica una gran complejidad, pues no hay una ley, no hay una fórmula algebraica que diga que en un determinado momento se sirva al sistema más en función de una empresa que a otra. Por eso es que es muy importante tener ese orden de prioridades, ya que así se explica el surgimiento, la continuidad e incluso la posible resurrección de formas de Estado populista.

En realidad, el Estado populista latinoamericano surgió tipo peronismo, tipo varguismo, etcétera, en las últimas décadas; y se mantiene, incluso vuelve a resurgir en determinados momentos, porque es un tipo de respuesta bastan-

te específico. Podría decirse que es el costo político que pagó el modelo neocapitalista dependiente para poder implantarse, mantenerse, incluso resurgir en un determinado momento.

En segundo lugar, si surgió y se mantuvo y sigue teniendo vigencia es porque en parte representó una fase de experiencia, del hacerse de un nuevo movimiento obrero, y como era una clase obrera que tenía el derecho de hacer su experiencia política, incluso a marchar hacia formas superadoras, hay que reconocer que respondía a ciertas necesidades auténticas, aunque en última instancia la tergiversaron fenómenos como el de la manipulación, y que en parte es el precio, la expiación del pecado de una izquierda que no estuvo presente cuando tenía que estar. Los franceses tienen un refrán que dice: "los ausentes nunca tienen razón".

Cuando aparece un nuevo movimiento obrero y hay una izquierda que dice: esto no me gusta porque no es el proletariado que yo tenía en mi libro,* se trata de una izquierda que encontró un nuevo tipo de proletariado y no lo acompañó en sus luchas, dando lugar a que apareciera una nueva élite política de los líderes populistas sin principios, oportunistas, manipuladores, dispuestos a todo pero con una mayor sensibilidad política.

Por eso creo que el populismo puede resurgir en América Latina de diferentes maneras y por varias razones que no son exactamente coincidentes pues hay diferentes tipos de populismo. Hay posibilidad de un populismo de derecha (el fascismo clásico tuvo componentes populistas muy fuertes, y parte de su éxito fue que le pudo arrancar una parte de las masas a una izquierda que no hizo la tarea en el momento en que la tenía que hacer), y puede surgir hoy en el Cono Sur porque algunos de los "modelos" han tenido éxito desde su propio punto de vista. En la Argentina reaparece el general X que le quiere jalar el tapete al general Y, y si en un determinado momento sabiendo o creyendo que controla puede empezar a manipular ciertos intereses sindicales o ciertas formas de representación de las bases populares, lo va a hacer; y entonces otra vez nos van a romper el esquema porque pensamos que el populismo está muerto y si resurge va a ser un populismo izquierdizante; pero no es así, pues bien puede darse un populismo de derecha.

*** Es cuando el proletariado que representaba una cierta fase, aparece como un proletariado primitivo, ingenuo, inexperto, caótico, manipulable, etcétera; entonces sucede como en el caso del gitano que vio al rinoceronte por primera vez y dijo: "este tío no existe", porque no lo tenía en el libro.**

Creo que estamos entrando a una fase donde los dos términos fundamentales del diálogo político van a ser la transnacional y el Estado nacional, y ese Estado nacional va a definir por sí mismo cuáles son y cómo garantiza las condiciones internas, lo que en un determinado momento puede llevar a que existan sectores del movimiento obrero: una aristocracia obrera, con un aparato burocrático ligado a un Estado populista que negocia con las transnacionales y que le hace concesiones a estas transnacionales porque está surgiendo un nuevo movimiento obrero que representa las formas más dinámicas de la inversión, incluso la transnacional.

Nacionalismo, Socialismo y Movimiento Obrero

Ponentes:

Julio Godio

José María Calderón

Comentaristas:

Rogelio Hernández

Enrique Quintero

Julio Godio

Existe una estrecha relación entre socialismo y nacionalismo. Marx y Engels se plantearon el problema en el contexto de la revolución socialista en países capitalistas altamente desarrollados. Esperaban revoluciones socialistas en varios países europeos, proceso que sería guía para los países atrasados y los conduciría al socialismo. Se trata, por lo tanto, de una teoría de construcción del socialismo en escala internacional a partir de la revolución socialista en el centro del sistema capitalista.

Esa previsión teórica de los fundadores del marxismo no se verificó en los hechos. Ya en la década de los setenta del siglo pasado, Marx comienza a percibir que el eje del proceso revolucionario se traslada de los países adelantados a uno atrasado: la Rusia zarista. Se plantea así, dentro de la teoría general un problema nuevo: el proceso de paso del capitalismo al socialismo sería más lento, al tiempo que coexistiría con el sistema capitalista todavía vigoroso.

Lo cierto es que la ruptura del sistema capitalista se produciría en áreas periféricas del sistema capitalista. Esta ha sido la constante histórica a partir de la Revolución Socialista en Rusia en 1917.

Es sabido que los bolcheviques rusos esperaron con ansiedad —y estimularon— el triunfo de la revolución socialista en Alemania entre 1918 y 1923. La consideraban **sine qua non** para la propia consolidación de la revolución rusa.

Pero la revolución esperada en Alemania no se concretó. La robusta trama social de la sociedad burguesa resistió a la crisis revolucionaria no sólo en Alemania sino también en otros países europeos. La sociedad burguesa

no se desplomó y el movimiento comunista debió plantearse pasar de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones, en el lenguaje gramsciano.

El socialismo, como instauración revolucionaria, se fue desplazando hacia el "Oriente". Por lo tanto, la Internacional Comunista (I. C.) debió poner cada vez más atención a la cuestión de los países coloniales, semicoloniales y dependientes. Se trataba de resolver correctamente la cuestión nacional y colonial a través de la coronación de la revolución democrática y el paso a la revolución socialista.

Geopolíticamente esto significó, en la perspectiva histórica, la posible formación de un gran bloque de países asiáticos, con eje en la Unión Soviética. Tal perspectiva pareció cristalizar con el triunfo de la Revolución China en 1949. De todos modos, lo cierto es que la historia dio un viraje, "eruptó" al marxismo sofisticado de los grandes países desarrollados y se adaptó a los requerimientos revolucionarios nacional populares de los países, de lo que hoy llamamos "Tercer Mundo".

Claro, esto no significó que Europa Occidental dejara de ser apasionante campo para la búsqueda de un marxismo que se planteara dar respuesta a las vías de tránsito hacia el socialismo en países de alto nivel de civilización burguesa. Esa fue la búsqueda de Gramsci.

Ese viraje histórico "objetivo" hacia el "ORIENTE" ha exigido a la teoría resolver correctamente la relación entre nacionalismo y socialismo, puesto que los países del Tercer Mundo sufren opresión nacional. Son países que para constituirse como naciones independientes requieren suprimir el bloque oligarquías-capital extranjero, a través de revoluciones nacionales democráticas.

Para el movimiento obrero internacional era un desafío que cuestionaba construcciones teóricas muy arraigadas, en particular la tesis predominante en la II Internacional sobre el rol dirigente de una Europa socialista. Existía una literatura socialista de derecha que, esquemáticamente, trataba de demostrar que los países atrasados sólo podrían alcanzar el nivel de las civilizaciones avanzadas "después" de la revolución socialista en Europa. Era el pensamiento de Bernstein y Van Kol.

También Kaustky se adhería a ella. Este tenía razón en cuanto que Europa Occidental no presentaría un cuadro revolucionario con desplome súbito del aparato estatal. Sin embargo, también creía que la revolución socialista en los países atrasados debía "esperar" los cambios en los países centrales. Como no estaba interesado en polemizar sobre el tema, sostenía que la II In-

ternacional debía concentrar sus esfuerzos en el desarrollo de los partidos socialistas en los países industrializados y no preocuparse mucho del problema colonial. En definitiva, las tesis mencionadas no consideraban que la aparición y expansión del capital monopolista ponía a la orden del día la cuestión de la ruptura de la dominación de los países opresores sobre los oprimidos.

En síntesis, las previsiones originales de Marx y Engels no se cumplieron; los intentos por adecuar el progreso en el Tercer Mundo a la marcha de los países centrales tampoco, y la astucia de la historia continuó realizando su obra en el mundo colonial y semicolonial. Por eso, el problema de la relación entre socialismo y nacionalismo pasó a ser tema central en el marxismo.

En nuestro subcontinente hay "movimiento obrero antes que clase obrera". Es una metáfora. Por eso la idea no es fácilmente captable desde posiciones marxistas "ortodoxas". Pero lo cierto es que si uno estudia la evolución del socialismo en América Latina va a encontrarse con un hecho interesante: las ideologías socialistas utópicas y el propio marxismo llegaron a América Latina en la primera década del siglo pasado, es decir antes de la formación de la clase obrera fabril.

Pero, he aquí la paradoja histórica: el socialismo utópico no cumplió con su promesa originaria; esto es, implantar enclaves de socialismo dentro del mismo sistema capitalista y poder "convencer" así a la mayoría de la población de la superioridad del nuevo sistema e imponerlo pacíficamente como acto de nueva moralidad.

Bajo la forma de socialismo utópico plasman, por un lado, proyectos industrialistas, apoyados en sistemas agrícolas tipo **farmer** y con una fuerte dosis de igualitarismo social. Se trata de una sociedad democrático-liberal. Exponentes de estas teorías fueron Bilbao en Chile y Echeverría en Argentina. Pero, por otro lado, socialistas utópicos pacifistas, preocupados por el cooperativismo, motivan con su propaganda la formación del movimiento obrero e inclusive revueltas campesinas.

Es el caso de Rodhakanaty en México, inspirador del levantamiento rural de Chalco en 1869 y del Gran Círculo de Obreros en 1875.

A partir de 1880 el socialismo se "encuentra" con la clase obrera. Ahora es viable la implantación de ideologías socialistas y anarcosindicalistas. Se trata de modelos, organizaciones sociales y organizaciones sociopolíticas para la lucha de clases. El objetivo central se resume así: **organizar partidos y sin-**

dicatos obreros apoyándose en el proletariado semiartesanal, los núcleos fabriles y de servicios, y el campesinado.

Pero son socialistas marxistas y anarquistas que intentan trasladar a América Latina, en forma mecánica, estrategias que se aplicaban en Europa. Una mayoría de los activistas son de origen europeo: alemanes, italianos, españoles y franceses. El "modelo socialista" puede resumirse así: democracia política, desarrollo económico con justicia social, economías librecambistas abiertas. Por ejemplo, para Juan B. Justo, argentino, la tarea era democratizar socialmente la economía agroexportadora a través del cooperativismo, introducir leyes sociales progresistas, fortalecer el papel de los partidos, jerarquizar el rol de las instituciones parlamentarias y construir un gran partido socialista de obreros y agricultores. El modelo social: una Argentina al estilo de la Nueva Zelandia. Pero, concebía la temática nacional como "realización moderna" y como respeto de los países centrales a los periféricos. La preocupación antimperialista está presente pero es secundaria, en tanto propone el librecambio.

El anarquismo, en su versión anarcosindicalista, ocupa un espacio dejado por los socialistas: los sindicatos. Esto es significativo en Argentina, México, Uruguay y Brasil entre 1900 y 1920.

Los anarquistas negaban el rol de la acción política y consideraban que lo principal era organizar a las masas en sindicatos y preparar la huelga general revolucionaria que instauraría la sociedad anarquista, la "Federación de Libres Productores". Pero el anarquismo tampoco podía ligar la cuestión social, es decir, la lucha de clases, con la cuestión nacional, sencillamente porque planteaba el combate social desde una perspectiva cosmopolita. Fueron líderes de huelgas y organizadores de "sociedades de resistencia", pero al mismo tiempo dificultaron a los obreros jugar su papel como impulsores de formación de bloques nacional populares policlasistas.

Tanto el socialismo como el anarquismo entraron en crisis a partir del fin de la Primera Guerra Mundial y particularmente por influencia de las ideas bolcheviques soviéticas. Pero jugaron un gran papel en el despertar del movimiento político y sindical, dado que para esos años el insuficiente desarrollo capitalista determinaba una población obrera extremadamente minoritaria en relación a la población activa total.

A su vez era una clase obrera predominantemente semiartesanal y con fuertes hábitos individualistas precapitalistas. Por lo tanto, esta realidad ob-

jetiva presente en la conciencia obrera, facilitó que el movimiento obrero sólo se manifestase como actor de protestas sociales. El viejo socialismo y el anarquismo cabalgaron sobre esta realidad histórica y por eso expresaron sus posibilidades y limitaciones.

* * *

A fines del siglo pasado nuestros países eran todavía, en el sentido de Mariátegui, naciones en constitución. A su vez eran países dependientes, donde el modo de producción capitalista dominaba, pero no en su forma clásica, coexistiendo con modos de producción precapitalistas.

En estas sociadades, —expresando conglomerados sociales que abarcan desde los asalariados, pasando por la clase media urbana hasta empresarios nacionales—, nacen movimientos políticos policlasistas con programas antilatifundistas y antimperialistas. Son movimientos que expresan intereses sociales coincidentes con la realización histórica de la nación. Son entre otros el radicalismo argentino y el batllismo uruguayo. Su expresión superior es el movimiento constitucionalista que hegemoniza la Revolución Mexicana (1910-1917).

Al mismo tiempo, en los años veinte, como efecto ideológico de la Revolución Rusa y de la acción práctica de la Internacional Comunista, surgen los primeros partidos comunistas. Se conforman como rupturas en el socialismo, el anarquismo y el sindicalismo y reclutan también el ámbito universitario sacudido por la Reforma Universitaria. Pero, lo que conduce a esas rupturas y a esas adhesiones no fue tanto la confrontación clara sobre estrategias nacionales, sino la voluntad de "aplicar a Lenin y a Trosky" a América Latina.

No quiero decir con eso que no hubiera habido divergencias sobre temas nacionales. Hubo debate sobre cuestiones teóricas (particularmente sobre la naturaleza del Estado), sobre la ubicación de los trabajadores latinoamericanos frente a la guerra mundial, sobre el rol de la acción parlamentaria y sobre el papel de los sindicatos. Pero, en gran medida fue una polémica abstracta, no enraizada en la vida nacional. Ello tenía que ver con un movimiento obrero incipiente, con ideologías obreras teñidas de cosmopolitismo. Por eso mismo el comunismo latinoamericano se expresa entre 1919 y 1925 en forma "izquierdista". Es más una reacción contra el reformismo político y sindical que la afirmación de una estrategia superadora nacional. En ello, también tuvo mucho que ver el izquierdismo predominante en la I.C. en esos años.

El carácter abstracto de la línea comunista puede ejemplificarse rápidamente con dos casos: todavía en 1929, año de la primera Conferencia de Partidos Comunistas en América Latina, se caracterizaba el radicalismo irigoyenista argentino como "nacional fascismo" y a la revolución mexicana como "revolución democrática traicionada", sin analizar los componentes míticos, programáticos y de práctica gubernamental que hacían de esos procesos políticos fenómenos de larga duración histórica.

El comunismo latinoamericano afirmó su decisión de luchar por la revolución socialista. Pero ya desde su inicio dio batalla en forma sectaria contra aquellos grupos que pretendían construir ideologías y movimientos nacional populares indoamericanistas. Por eso, en la polémica entre Mella y Haya de la Torre a propósito de la creación del APRA, el marxista cubano reafirma que la revolución mundial es lo decisivo y los procesos nacionales son secundarios. Al mismo tiempo se niega a aceptar que el marxismo debe pasar por el tamiz nacional para ser reconocido por las masas. Por último, defiende a ultranza la tesis del partido monoclasista sin percibir que en un país atrasado tal partido **sólo puede existir bajo la modalidad de ser síntesis de las prácticas populares con eje en la práctica social de los trabajadores.**

Los comunistas organizaron durante 1920 y 1930 sindicatos clasistas. En algunos lugares fueron vanguardia de hechos históricos: valga la pena recordar su papel en la huelga de los obreros colombianos bananeros contra la **United Fruit** en Santa Marta en 1928, que pareció transformarse en insurrección regional. Pero, constituían sindicatos "rojos", sectarios.

Mariátegui trató de reaccionar contra esos simplismos, al tiempo que recuperaba el sentido histórico de los nuevos partidos. Por eso destacó que el socialismo en América Latina era imposible sin resolver la cuestión nacional. El socialismo era realización misma de la nación.

Mariátegui dice, esquemáticamente, que la relación entre socialismo y nación en América Latina tiene dos componentes esenciales; por un lado, es el problema de la alianza obrero campesina, que en América Latina implica plantear el problema como "absorción" por el proletariado del conflicto étnico y como "absorción" por el proletariado de las diversidades regionales. El marco geopolítico concreto donde se plantea la posibilidad de alianza obrero campesina es la nación. En Perú, dice Mariátegui, la cuestión campesina es una cuestión indígena y serrana, es decir es étnica y al mismo tiempo territorial. La clase obrera peruana debe superar la estrechez de miras y el racismo de la burguesía liberal costeña, para emprender el camino de la hegemonía

sobre el campesinado. Por otro lado se trata del tema del partido: Mariátegui propone la creación de partidos socialistas con eje en el proletariado y matrices de las prácticas revolucionarias del pueblo nación.

Por eso se niega a descalificar en bloque el pensamiento de Haya de la Torre hasta 1928. Lo hace cuando éste termina por postular un "partido bloque de clases" con una ideología liberal progresista y un proyecto capitalista modernizador. Allí se produce la ruptura, pues es una ruptura sobre "los fundamentos". Pero, al mismo tiempo, Mariátegui intenta recuperar e integrar la intuición de Haya acerca de la necesidad de cementar los movimientos nacional populares con ideologías nacionalistas y democráticas.

Para Mariátegui no son excluyentes ideología marxista y sentimientos nacionalistas y populares.

Lo cierto es que desde 1930 hasta la Revolución Cubana, han sido los movimientos nacional democráticos, policlasistas, especialmente en los países más desarrollados de América Latina, los que han tenido más éxito que los P.C. Los partidos llamados obreros, en el mejor de los casos (salvo en Chile) han sido partidos sólo con apoyo sindical, con una base social proletaria que se comporta según el principio de doble lealtad: vota comunista en el sindicato y luego vota partido policlasista en las elecciones nacionales. Esto, obviamente no excluye excepciones, como en Chile hasta 1973. Pero es la regla general, con agravantes en algunos países como Argentina, donde el obrero vota también peronista en los sindicatos.

Por eso mismo, el socialismo ha triunfado en América Latina bajo formas originales: en Cuba triunfó con el "26 de Julio" y en Nicaragua con el movimiento sandinista. **Aquí, la astucia de la historia hizo vivir y crecer al marxismo dentro de una matriz de cultura política policlasista, nacionalista y antimperialista.**

Ello permitió pasar de la coronación de la revolución democrática al socialismo. El marxismo no se "esconde", simplemente se nacionaliza. Lo que, tampoco quiere decir que en todos los países deba necesariamente expresarse a la manera cubana o nicaragüense. Se trata de un problema sobre el estilo de como pensar al marxismo en América Latina, no sobre sus formas concretas de difundirse e implantarse en las sociedades nacionales.

Otra cuestión de vital importancia para resolver correctamente la relación entre socialismo y nacionalismo es, en América Latina, el tema de las creencias religiosas, en particular el catolicismo. Los cristeros mexicanos eran

reaccionarios. Pero los sacerdotes nicaragüenses sandinistas son revolucionarios. La religión es ambivalente en su esfuerzo de servir simultáneamente al pueblo y al explotador. Esa ambivalencia implica las posibilidades de desarrollar los contenidos anticapitalistas y revolucionarios en las ideologías religiosas. Se trata, por eso, de un marxismo que da lugar a que diferentes prácticas ideológicas confluyan en una matriz cultural nacional popular. Este principio general es también válido para otras expresiones ideológicas, en particular el liberalismo popular y el nacionalismo progresista.

* * *

A partir del triunfo de la Revolución Cubana, dos antiguas estrategias socialista dejaron de tener vigencia. Por un lado, dejó de tener vigencia la vieja estrategia de la revolución democrático burguesa, puesto que la práctica histórica demostró que el triunfo de la revolución socialista no implicaba la resolución total de las tareas democráticas, sino la combinación simultánea de la realización de tareas democráticas básicas con la implantación de un gobierno popular y revolucionario decidido a marchar al socialismo. Por otro, la estrategia trotazquista clásica de la revolución permanente y el "Programa de Transición", porque demostró que sin un contenido general democrático y con una táctica precisa (destrucción de la autocracia batistiana) era imposible conformar dentro de la corriente nacional antidictatorial un bloque social y político revolucionario popular y socialista.

Así, la práctica histórica saldó una falsa polémica. Pero planteó una nueva: la Revolución Cubana esbozó al principio, entre 1957-1959, un proyecto de modernización cercano al cepalismo. Es decir, planteó un modelo de crecimiento que recién fue sustituído por la vía socialista en 1961.

Esto enseña que no es posible plantearse la realización del socialismo simplemente como "destrucción de las relaciones de producción anacrónicas", sino a través de un modelo social de crecimiento y autonomía nacional. Esto es válido para todos los países latinoamericanos, pero lo es con énfasis **en aquellos países con un desarrollo capitalista significativo y con clases históricamente constituídas y con experiencias políticas y sindicales.**

La inviabilidad actual del antiguo modelo cepalino de sustitución de importaciones en las condiciones de la división capitalista internacional del trabajo y la crisis mundial, y la demostración práctica de la incapacidad de los modelos neoliberales para integrar al sistema capitalista a los trabajadores y amplios sectores de capas medias, plantea hoy al socialismo latinoamericano

la tarea histórica de ofrecer **modelos socialistas alternativos, que sean económicamente viables.** Es decir, que garanticen crecimiento económico y bienestar popular, al tiempo que permitan participar a los trabajadores en la gestión social. Pienso por eso que está planteado proponer modelos de economía mixta, agroindustriales o minero integrados, con industria de punta, de protección selectiva e integrados en un Nuevo Orden Económico Internacional equilibrado y justo.

El socialismo no es la abolición absoluta de la propiedad. Esto ya lo sabemos desde Marx. Es la abolición de ciertas formas de propiedad y la expansión de las fuerzas productivas. Es al mismo tiempo una sociedad participativa y pluralista dentro de la matriz nacional popular.

Si seguimos a Mariátegui y estudiamos las experiencias revolucionarias existentes, creo que el triunfo del socialismo en los países latinoamericanos exige, por eso, explorar los caminos hacia socialismos a la latinoamericana. Este es el desafío de la década que comienza.

José María Calderón

Hablar de América Latina en general no es posible, a menos de hacerlo a través de ciertas tipificaciones o modelos, o bien a través de caracterizaciones globales y muy gruesas. La misma idea tenemos al hablar del movimiento obrero en América Latina.

No existe un sólo movimiento obrero en el subcontinente, o al menos estamos obligados a precisar qué entendemos por movimiento obrero para no incurrir en fáciles caracterizaciones, evitar equívocos y eludir cómodas simplificaciones.

En todo caso y antes de definir qué entendemos como movimiento obrero, consideramos prudente señalar que, más que hablar del movimiento obrero en América Latina, tendríamos que referirnos a los movimientos obreros de los diferentes países de la región ubicándolos en el contexto histórico estructural que ellos mismos han contribuido a cambiar.

Entrando en la materia que nos ocupa, señalaríamos que entendemos por movimiento obrero el conjunto de instituciones y organizaciones a través de las cuales la clase obrera ha venido estructurando su acción sobre todo a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX; es decir, a partir de su emergencia de masas. Esta acción se ha presentado tanto con fines de defensa y organización sindical como con fines de ataque y organización política.

La historia del movimiento obrero es, pues, la historia del continuo proceso de recomposición política de la clase obrera desde su mera existencia como fuerza de trabajo hasta su relación dialéctica y contradictoria con el comando capitalista del desarrollo social, y de manera particular con el proceso global de desarrollo del modo de producción capitalista.

La historia del conjunto de instituciones y organizaciones que la fuerza de trabajo se ha dado en América Latina no puede, por lo demás, separarse de las instituciones y organizaciones que la burguesía ha constituído en la región, sobre todo a partir de las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del actual.

Proletariado y burguesía participan de manera activa en la conformación de los actuales marcos nacionales latinoamericanos. Nuevas instituciones y nuevas expresiones ideológicas, resultado de una cambiante estructura de clases inmersas en complejos procesos de definición nacional, caracterizan a casi todos los países de la región. Una breve referencia histórica parece obligada al respecto.

La independencia política latinoamericana desembocó en realidad en un nuevo pacto colonial en cuya base nuestra región se transformó en proveedora de materias primas para los grandes y modernos centros industriales, y en receptora de productos de la moderna industria metalúrgica y manufacturera. Mientras la América española recibió la influencia estadounidense, inglesa, francesa y holandesa, Brasil (la América Portuguesa) fue víctima sobre todo de la penetración inglesa.

En este contexto, el desequilibrio de la balanza de pagos —debido a que el valor de las importaciones rebasaba el de las exportaciones—, así como las dificultades para encontrar mercados externos para las exportaciones latinoamericanas, sobre todo por la competencia de las colonias inglesas y de los Estados Unidos, produjeron en el subcontinente una situación de extrema inestabilidad de los sistemas de poder. El momento de afirmación de la realidad latinoamericana a escala interna e internacional tiene lugar en las postrimerías del siglo XIX, precisamente cuando la región deviene integrante del mercado mundial y una de las fuentes más importantes de materias primas para los países industrializados.

Después de la Primera Guerra Mundial, las nuevas tendencias de la economía internacional determinaron un crecimiento muy significativo del intercambio entre los países industrializados y el consiguiente desarrollo de las relaciones entre los grandes centros industriales, tecnológicos y financieros, entre los cuales los Estados Unidos adquirieron proporciones gigantescas y absoluta relevancia sobre los demás.

La crisis económico financiera mundial de 1929, asumió en América Latina dimensiones catastróficas ya que sobre todo el llamado sector moderno de nuestras economías se encontraba ligado al comercio constituido por la

exportación de productos alimenticios y materias primas de origen agrícola las cuales, por lo demás, iban decreciendo en importancia en los intercambios mundiales. Así, quedaron reducidas sus posibilidades de exportación y minimizada su capacidad de importación a causa de la reducción de divisas por el deterioro progresivo de los precios de las materias primas. Dependiendo ya de los Estados Unidos en inversiones y en tecnología y desangrada por la salida de ganancias hacia el exterior, América Latina ha conocido desde entonces una crónica inestabilidad política cuya expresión más visible son los golpes de Estado con la intervención más o menos directa de los Estados Unidos.

Para nadie es un secreto que a partir de los años treinta en América Latina se verifica un proceso generalizado de satanización económica del sistema productivo y financiero norteamericano. Las principales sociedades transnacionales cuyas centrales financieras tecnológicas y decisionales se localizaban sobre todo en ese país, tenían una producción global fuera de los Estados Unidos que superaba ya en 1975 cuatro veces el valor de las exportaciones totales norteamericanas.

Esas corporaciones económicas han representado a través de más de sus 2,000 subsidiarias una tercera parte de la producción global de América Latina y casi el 50 por ciento de la producción regional destinada a la exportación de artículos manufacturados. Esas mismas corporaciones económicas controlan también, indirectamente, un número muy elevado de pequeñas industrias vinculadas a ellas y determinan la continuidad y la ampliación de las exportaciones latinoamericanas de materias primas hacia los países industrializados.

El conjunto de las sociedades transnacionales que operan hoy en América Latina constituye, junto con las oligarquías que conservan el control de las actividades agropecuarias y en combinación con las llamadas burguesías nacionales, la estructura más importante de la economía del área. Esta situación ha determinado sobre todo el estancamiento agrícola con la consiguiente necesidad de desarrollar crecientes importaciones de productos alimenticios y el ensanchamiento del desequilibrio existente con las estructuras económicas más modernas y avanzadas del sector industrial y de servicios, e incluso con el sector minero. Todo lo anterior ha sido el resultado de una interdependencia asimétrica en materia financiera, de política económica y también en lo científico y tecnológico.

En América Latina se han creado, pues, una dinámica interna cuyas fuentes son en gran medida exógenas. Una tendencia que muestra agudas orientaciones hacia el endeudamiento externo, a la desnacionalización de la industria, a la persistente penetración de filiales de corporaciones extranjeras, al drenaje del ahorro por parte de estas y, de manera definitiva, una progresiva ampliación de la brecha ya de por sí grave respecto a los países industrializados.

En lo social, este proceso ha determinado por un lado un indiscriminado fenómeno de urbanización y de crecimiento demográfico, resultado de un cierto desarrollo de la salubridad pública y, por el otro, a una profundización de la conciencia revolucionaria de la clase obrera, así como una amplia gama de tendencias reformistas entre las clases medias, a todo lo cual sería necesario agregar un difundido pero inorgánico descontento del campesinado y de los sectores proletarios urbanos y agrícolas por sus precarias condiciones de vida.

En lo político, este mismo proceso ha creado las condiciones para un nacionalismo que a diferencia del que ha conocido Europa, tiene como objetivo esencial la emancipación social y económica y la independencia política en el marco de una real asociación y colaboración internacional.

Es en esta dirección que se ubican en América Latina desde los años cincuenta una serie de expresiones emancipatorias de corte nacional populista o nacional independentista, similares a aquellas expresiones más tempranas como la Revolución Mexicana de 1910-17, o como los intentos populistas, apristas y objetivistas de los años 30-40. Por su parte, la burguesía y la clase obrera en América Latina han protagonizado, cada una de acuerdo con sus peculiares orientaciones clasistas, la respuesta a las condiciones estructurales que anteriormente señalábamos.

Expresión de tales intentos han sido, el reformismo burgués presente en el análisis de los economistas de la CEPAL y la búsqueda revolucionaria de los rebeldes cubanos de 1959, los cuales rompiendo violentamente uno de los anillos tradicionales del sistema Estados Unidos-América Latina, se aprestaron a construir una sociedad de tipo igualitario. Muchos más han sido los intentos latinoamericanos por articular un modelo económico y social distinto, que han tenido expresión en Viña del Mar en 1968 y en la Declaración de Buenos Aires de 1970; la revolución peruana también en 1968, el proyecto chileno de Unidad Popular 1971-73; la promesa que en medio de complejas y ambiguas articulaciones representó el retorno de Perón a la Argentina, has-

ta llegar a la Revolución Nicaragüense y las luchas nacionales de El Salvador y Guatemala en Centroamérica.

En esta historia de derrotas, pero también de victorias, de obstáculos y estímulos, de retrocesos y avances, en los distintos países de América Latina el proletariado y la clase obrera no han desistido de formular alternativas y proyectos históricos nacionales, socialistas, antimperialistas y anticapitalistas de muy diverso espesor y trascendencia.

Una percepción más cercana de estos proyectos nos la ofrece un acercamiento no sólo a las instituciones del movimiento obrero y a sus formulaciones ideológicas, sino a la composición social y política de la clase obrera y a las relaciones de esta última con el capital. A todo ello me referiré a continuación.

En primer lugar, yo distinguiría una relación muy directa entre la peculiar composición social y política de la clase obrera y el tipo específico de organización que se ha derivado de esta peculiar forma de composición. Para América Latina distingo fundamentalmente cuatro fases en la composición social de clase, que **grosso modo** quedarían comprendidas de 1860 a la fecha. Primero advierto un sector cuya composición de clase gira fundamentalmente alrededor del artesanado con formas específicas de organización, básicamente definidas alrededor de mutualidades, uniones de apoyo mutuo, organizaciones de socorro artesanal, etcétera. Después distingo la aparición, de manera creciente, de un nuevo tipo de composición social entre la fuerza de trabajo que podríamos definir como el del obrero profesional, y es precisamente frente a esta composición social que se construyen las variantes y alternativas sindicales y políticas a que hacía referencia el profesor Julio Godio que me antecedió. Estoy haciendo referencia desde luego a los proyectos de tipo socialista, incluso a cierto tipo de expresión ideológica anarcosindicalista.

Una variante de este tipo de obrero profesional la encontramos precisamente en el momento en que se da la articulación de la fuerza de trabajo de acuerdo a las exigencias del proceso técnico, bajo la forma de una mayor centralización y una más definitiva y definida jerarquización funcional de los trabajadores; es alrededor de esta peculiar forma de organización del trabajo y este nuevo componente de tipo social que se articula fundamentalmente la expresión de movimiento comunista en América Latina.

Otra variante que nosotros encontraríamos en nuestra región es la que hemos definido como el obrero masa, que es un obrero que gira fundamentalmente alrededor de la cadena de producción y cuyo surgimiento se da de ma-

nera muy rápida, en algunos países más que en otros, fundamentalmente por la aplicación generalizada del "taylorismo", apenas es necesario aclarar que estamos hablando de los años 20 en adelante.

A este respecto quisiera señalar que el "taylorismo" aparece como una forma directa de reorganización del trabajo, precisamente en función de ataque a las opciones de tipo sindical y político que giran básicamente alrededor de la Tercera Internacional, así como de otras experiencias izquierdistas dentro del propio movimiento comunista.

La Primera y la Segunda Guerras Mundiales son factores que permiten un desarrollo muy amplio de estas nuevas técnicas de operacionalización del trabajo. El salario aparece como una forma de mediación social y, desde luego, nos encontramos con un ataque tecnológico a las vanguardias obreras expresadas tanto a nivel sindical como a nivel político, permitiendo una recomposición relativamente rápida de estos sectores en función de la constitución de una nuevo sector de trabajadores más manejable dentro del nuevo proyecto de organización sindical.

Nos enfrentamos a un tipo de sindicalización basada no en reivindicaciones políticas sino fundamentalmente en reivindicaciones economicistas; el modelo es el sindicalismo norteamericano que trata de crear una clase obrera sin partido. Se trata efectivamente de evitar las relaciones entre la clase obrera y el partido; el sindicato aparece integrado a todo el proceso de desarrollo capitalista, por lo que no solamente se trata de desvincular del partido a muchos sectores de la clase obrera sino incluso de configurar su propia organización; esto es, de integrar el sindicato a los procesos de programación y planificación capitalista.

Una cuarta figura que yo distingo en América es lo que denomino **el obrero social.** Se trata de una figura muy compleja, yo diría que se encuentra precisamente en proceso de aparición, fundamentalmente en los sectores más dinámicos de la economía, pero también en algunos sectores que están aparentemente distanciados o diferenciados de estos sectores dinámicos. Es un obrero de alta intercambiabilidad; aparece desprovisto de profesionalidad, no se encuentra sujeto a las viejas estructuras jerárquicas que parecen determinar el funcionamiento del obrero masa y, por el contrario, manifiesta creciente desafección y descontento por la peculiar forma de organización capitalista que, por lo menos en el proceso de constitución del trabajador masa, se da entre los años cincuenta y finales de los años sesenta de este siglo.

Quisiera entonces referir a las peculiares formas de organización del trabajo capitalista, estas diferentes figuras de trabajadores que han aparecido en los años y períodos anteriormente mencionados, y relacionarlas fundamentalmente con el problema del Estado.

Mi impresión es que la formación de un nuevo Estado en América Latina, que se da a finales del Siglo XIX y a principios del XX, se constituye precisamente en la fase de formación del obrero profesional; es decir, el pasaje del artesano al obrero profesional; la clase política al constituir las nuevas formaciones estatales en antítesis a la oligarquía terrateniente, se apoya en campesinos, clases medias profesionales y en este mismo obrero profesional. La idea del Estado nacional es compartida por esta figura histórica del obrero profesional, como defensa de su propia profesionalidad, de su propio valor y calidad, y desde luego como defensa de su valor trabajo; aparece también como defensa de su fábrica, de su empleo. Este obrero apoya la constitución o configuración de las nuevas figuras políticas por lo menos en los principales países de América Latina, ya que aparece como proteccionista de la industria, como valorizador de la profesionalidad del trabajo especializado y defensor de los sectores industriales o de servicios ligados a la infraestructura del nuevo proyecto de desarrollo nacional. Es el caso de los trabajadores de ferrocarriles, es el caso de los del sector eléctrico y es el caso también de los del sector energético. Esta fase dura aproximadamente de 1890 a 1950 con algunas variantes. Este sector profesional protagoniza las luchas sindicales y políticas que ocupan los años 1900-1950; las experiencias de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), de la Confederación General del Trabajo (C.G.T.), de la propia Confederación de Trabajadores de México (C.T.M.). Los proyectos socialistas y comunistas son fundamentalmente abanderados por este sector profesional. El Estado con su política de reforma agraria y nacionalización, refuerza el vínculo con este sector profesional del trabajo industrial.

La Segunda Guerra Mundial, y la Guerra Fría en especial, permiten el desplazamiento masivo de este sector profesional y militante a favor de una nueva figura obrera: el obrero masa de los sectores ligados a la producción manufacturera que exige operaciones de montaje automotriz, de electrodomésticos, o bien operaciones encadenadas como la siderúrgica, la electrónica, etcétera. Aparece el "taylorismo" agilizado por un nuevo sistema de relaciones industriales, hay también una creciente trasnacionalización económica y el Estado asume también de manera creciente, posiciones asociativas o de apoyo

a la asociación de capitales estatales nacionales privados y con corporaciones o bancos privados y estatales foráneos.

En 1958, en el caso específico de México, una expresión tardía de este viejo movimiento obrero, es decir, del que gira alrededor de la figura profesional del trabajo industrial, es el que asume precisamente las defensas nacionales; como en el caso de los trabajadores de ferrocarriles.

Pero a partir de 1970 aparece una nueva figura obrera, el **obrero social** que es una nueva figura fabril. Hay una ampliación de la motorización privada, hay un engrosamiento de la siderúrgia, hay una amplia difusión de la máquina, una reiterada aparición de la fábrica clandestina, una tremenda difusión del trabajo asalariado en un sistema fabril desconcentrado y difundido a lo largo y ancho del tejido social y, en consecuencia, de complejos barrios proletarios. Apareció ya no el obrero que va a la fábrica sino la fábrica que va precisamente al lugar donde se encuentra esta fuerza de trabajo disponible. Hay un alargamiento del trabajo asalariado en los servicios (sector estatal y paraestatal), en la empresa privada, en las universidades, en las oficinas, en el sistema financiero, etcétera; y aparece también una creciente intercambiabilidad de oficios y funciones, una elevación relativa del grado de educación y una recalificación de lo que podríamos llamar la inteligencia social; esto es, experiencias sociales y políticas generacionalmente acumuladas o, incluso, acumuladas durante un lapso relativamente corto en la propia geografía de los sujetos; una homogeneización cultural a través de la masificación y democratización de los mensajes, etcétera, etcétera.

Todo lo anterior configura no sólo una nueva expresión del sistema de fábrica y del obrero social, sino que recalifica al Estado como expresión del plan y del programa económico; aparece la figura o, mejor dicho, se define con mayor precisión la figura del Estado Plan y éste, aparece como agente de mediación en la distribución del trabajo y las finanzas de la empresa a escala mundial.

Tendencialmente el Estado se transnacionaliza; surge un recalificado internacionalismo capitalista bajo mediación estatal al cual corresponde el nacionalismo como expresión retórica y como **camuflage** para facilitarle la transición; el nacionalismo como ideología burguesa, estatal-burguesa, va perdiendo paulatinamente su base de apoyo original: los obreros profesionales. Y aparece conservado fundamentalmente sobre ciertos sectores medios profesionales, sobre un cierto sector de intelectuales y desde luego también por los viejos estratos profesionales de la clase obrera.

Consideramos que empieza a surgir la posibilidad de oponer un nuevo tipo de internacionalismo al internacionalismo del capitalismo gobernado y mediado por la empresa, y en este caso por la gran corporación. No se trata aquí del viejo internacionalismo proletario de la Tercera Internacional, pero tampoco se trata de la Cuarta Internacional; se trata de un internacionalismo que no pasa por los partidos o los sindicatos como expresión de defensa respecto de otro Estado nacional: la Unión Soviética; sino de un internacionalismo de los trabajadores que sin perder sus vínculos nacionales propios, se proyectan hacia un nuevo tipo de relaciones.

Es claro que ya hoy la transnacionalización de la economía permite acciones de un nuevo tipo de solidaridad internacional entre los trabajadores; es el caso muy visto ya de los trabajadores de la FIAT en Italia, España y Brasil, pero es el caso también de los trabajadores de la **General Motors** en Estados Unidos y en México, y podríamos citar muchos casos más de esta naturaleza.

El nacionalismo burgués ha correspondido, en América Latina, a una cierta fase del capitalismo y se ha creado frente a una, o con el apoyo incluso, de una figura proletaria muy peculiar; ahora ésta se encuentra en vías crecientes de redimensionamiento, pues han surgido o están emergiendo nuevas realidades de clase que están construyendo con su práctica un nuevo discurso nacional e internacionalista, un nuevo discurso antimperialista y anticapitalista.

Rogelio Hernández

Voy a tocar sólo un punto de todos los que se han abordado, y es el que se refiere concretamente a las relaciones entre el nacionalismo y el movimiento obrero y lo que es el movimiento socialista en América Latina. Tomaré una de las aseveraciones del profesor Godio, en la que señala que los movimientos policlasistas son los que han dominado el escenario político en el subcontinente.

La pregunta que me hago para comenzar consiste en cuál es la razón por la que los movimientos policlasistas dominan el movimiento obrero latinoamericano. Si tomamos algunos de los planteamientos de estos movimientos nacionalistas, ya se llamen nacional democráticos o nacional revolucionarios, nos vamos a dar cuenta cómo, en mucho, este nacionalismo ha sido un nacionalismo que ha servido más para la sustentación de las formaciones capitalistas que para un proyecto de transformación social que pudiera vincularse al socialismo. Yo retomaría, por ejemplo, la declaración de Lima de 1960, en la que estuvieron presentes entre otros movimientos el Movimiento Nacional Revolucionario, (M.N.R.) boliviano; Acción Democrática de Venezuela y el APRA peruano.

En aquella declaración se señalaba la necesidad de formar un frente policlasista en el que no sólo estuviera el proletariado sino también lo que ellos llamaban las clases medias y ciertos sectores de la burguesía liberal; para salir de los obstáculos que el imperialismo planteaba. Se partía del principio de que en América Latina todos los países son países subdesarrollados que necesitan antes de una etapa de transformación socialista, recorrer lo que sería una etapa de desarrollo económico a través de la industrialización.

Bajo este principio, lo que sustentaban era una reforma agraria limitada, apoyando sobre todo lo que sería la industrialización. Por otro lado, aparte

de la participación de las clases medias, serían también las nacionalizaciones en las áreas estratégicas de la economía y, por supuesto, una participación del Estado, nunca como rector de la economía, pero sí como director de la inversión y del desarrollo económico.

Estos planteamientos han sido de fácil captación por parte del proletariado porque, si hay un principio que pudiéramos distinguir en el movimiento obrero latinoamericano, es el de un nacionalismo que le resulta casi consustancial.

Este nacionalismo ha sido originado por la presencia siempre agresiva del imperialismo, y se ha basado en la idea de recuperación de los territorios nacionales, la cultura nacional, la historia nacional, etcétera; planteamientos que finalmente son, insisto, fácilmente utilizables por los movimientos nacionalistas.

Lo que señalaba el profesor Godio me parece de gran trascendencia, sobre todo en lo que se refiere a la ausencia en el movimiento socialista de un planteamiento de proyecto alternativo, de proyecto nacional que pueda integrar un planteamiento nacionalista (entendido como la recuperación a que aludo) con un proyecto de transformación socialista. Si algo ha caracterizado a los movimientos socialistas latinoamericanos ha sido esta ausencia de análisis histórico y, complementariamente la traslación de muchos planteamientos que por ser clásicos aparentemente pueden explicar y dar alternativas a todos los casos y situaciones.

El movimiento socialista y el movimiento obrero se han mantenido en un auténtico divorcio o, mejor aun, en un perene alejamiento a lo largo de la historia latinoamericana; como sostiene el profesor Martínez Escamilla, son dos movimientos que pocas veces han coincidido; sobre todo, el movimiento socialista no ha logrado incidir en forma real en el movimiento obrero. Tradicionalmente ha sido un movimiento de los sectores medios intelectuales y académicos, más que un movimiento de obreros. Es cierto que en las acciones de masas, las grandes e importantes acciones de masas del proletariado latinoamericano, han estado presentes los partidos socialistas y otras organizaciones, sin embargo el estar presentes de ninguna manera ha significado que haya dirigido estos movimientos, ni que esas acciones de masas hayan sido provocadas por su iniciativa.

Yo retomaría una idea de René Zavaleta, en la que señala que para que un partido socialista o comunista pudiera hacer la vanguardia no sólo requeriría decir qué es la vanguardia sino necesitaría estar en el interior de la clase obrera, y lo importante en América Latina —a excepción de dos casos: el

chileno y el boliviano—, es que los partidos comunistas o socialistas han estado al margen de la clase obrera, por más que han sido movimientos que giran en torno a la acción de la masa obrera. Esto significa, insisto, un auténtico divorcio que ha permitido sobre todo que el movimiento obrero haya visto en los movimientos nacional revolucionarios una alternativa o una posible alternativa de transformación o de modificación de las condiciones sociales imperantes en América Latina. Y es que siempre resulta más sencillo postular objetivos de corto alcance como pudiera ser una nacionalización, que plantear el avance hacia un cambio socialista. Esto, evidentemente implica un análisis concreto de cada situación y de cada país, y en consecuencia, significa crear una alternativa que se adecúe concretamente a las condiciones de cada pueblo y no solamente a la invocación de planteamientos "clásicos" que pudieran en un momento dado no ser otra cosa que deseos inalcanzables.

Este divorcio ha sido producto de que el movimiento socialista se ha visto cada vez más dividido y debilitado, cada vez más atomizado en luchas faccionales al interior de la izquierda. Esta ha sido una constante y si pudiéramos hacer un inventario de las organizaciones que se reclaman vanguardia obrera, haríamos un listado gigantesco; y esto no es casual, pues se ha olvidado que el imperialismo no es solamente un factor externo que pueda condicionar la actividad de los países latinoamericanos, sino básicamente una imbricación en el propio capitalismo del subdesarrollo. El que los movimientos nacionalistas no hayan incluído a las burguesías seudoliberales o seudodemocráticas en los frentes de clases, es en buena medida por su vinculación con la propia burguesía más que por una vinculación con el propio proletariado; y lo que se ha planteado es que las burguesías liberales latinoamericanas son burguesías que pueden en un momento dado ser un factor en contra del propio imperialismo y se olvida que no son otra cosa sino los baluartes fundamentales del imperialismo y de su acción en nuestros países.

La separación y sus planteamientos han propiciado que se postule que hay de hecho dos enemigos cuyo ataque implica dos etapas concretas de acción: una primera, que es el imperialismo y una segunda, que es la burguesía nacional: "solo hasta que nosotros podamos recuperar una nación y podamos recuperar unos principios nacionales, —parecen postular—, podremos plantear la lucha de clases internas". Pareciera que son etapas a las cuales el proletariado debiera sujetarse, y someterse incluso a los dictados que en ellas los sectores medios de la burguesía liberal estuvieran dispuestos a emitir para el aliento de la actividad revolucionaria del propio proletariado.

Pero hay un elemento que el doctor Calderón señalaba y que me parece también importante, y es el hecho de que los movimientos nacional revolucionarios o el nacionalismo burgués, se ubican en una etapa histórica concreta de América Latina. Esto indudablemente tiene también una importancia real, en la conformación muchas veces de Estados alrededor de principios como el de industrialización, etcétera (como el peronista en Argentina). Lo curioso es que solamente aparece y no tiene un considerable período de gestación.

En nuestro país podemos encontrar explicaciones que se asemejan mucho a estos postulados nacional revolucionarios y que evidentemente ya no tienen la misma función que tuvieron a mitad de siglo. Si nosotros revisamos por ejemplo sus planteamientos —aquí me viene a la memoria el caso del movimiento sindical mexicano de los electricistas llamado Tendencia Democrática—, veremos que no son más que la postulación de un cambio revolucionario, y que se trata simplemente de ubicar al imperialismo como la fuerza activa y salvar a una burguesía nacional de compromisos con ella, y salvar sobre todo al Estado de sus compromisos proimperialistas. Se trata de una translación de enemigos y obviamente de un planteamiento de estrategias completamente distinto que, a lo que llevaría en todo caso, no es precisamente al cambio ni a la satisfacción de las necesidades de la poblaicón sino sobre todo al afianzamiento de una clase y un Estado de clase.

Las nacionalizaciones cuando se quedan solamente en la recuperación de una empresa o de un sector estratégico sin ir más allá, no dejan de ser finalmente un principio burgués; un principio de desarrollo capitalista. La gran disyuntiva que yo veo en esto, y que es precisamente el tema que nos ha ocupado, es la potencialidad revolucionaria que implica para los movimientos latinoamericanos la vinculación o la convergencia del espíritu nacionalista con un auténtico proyecto socialista; entender finalmente, que la expropiación del sector privado extranjero no llegará lejos si no se da paralelamente a la expropiación del sector privado nacional. Pues la burguesía nacional no es un enemigo secundario sino finalmente el mismo enemigo imperialista con dos cabezas. El planteamiento de movimientos que sólo tienden al afianzamiento del Estado y al desarrollo industrial de un país implica no tomar en cuenta este lugar común.

Pero seríamos poco objetivos si sólo insistiéramos en que los movimientos comunistas o el movimiento socialista en general ha sido incapaz de dar alternativas al desarrollo histórico de nuestros países; también deberíamos anotar que normalmente los movimientos comunistas han sido objeto de perse-

cuciones violentas, no sólo por los gobiernos identificados como de oligarquías burguesas, sino incluso por aquellos de filiación nacional revolucionaria o populista. Recordemos nada más las persecuciones del partido comunista en Chile durante el gobierno demócrata cristiano de Frei, o las persecuciones del partido socialista y comunista durante el gobierno de Perón en Argentina.

Habría que recalcar que no solamente ha sido incapacidad propia del movimiento socialista, sino también factores ajenos a él los que han impedido su conformación o su constitución como una alternativa y lo más interesante de este asunto, es la ausencia del factor obrero dentro de tal movimiento. Yo reivindicaría, al margen de esta opinión, el caso de Chile y el caso de Bolivia, sobre todo porque nos plantea un objeto de estudio algo diferente, que parte del hecho de que, predominantemente, los proletariados boliviano y chileno son mineros que tienen centros cohesivos donde de una u otra manera hay una mayor posibilidad de generar conciencia política y una mayor acción conjunta, cosa difícil de hacer coincidir en cualquier otro país del área.

Enrique Quintero

En primer lugar, yo creo que para analizar la evolución del nacionalismo y el socialismo en América Latina se requiere una referencia aunque sea breve a la conformación de las clases sociales. En esto encontramos las raíces del nacionalismo y coincido con el Profesor Godio en que las concepciones del cambio en América Latina desde finales del siglo pasado y principios del presente, provienen fundamentalmente de fuera, que se expresan en distintas corrientes que adquieren legitimidad porque van influyendo no sólo en la conformación de un movimeinto obrero sino también en la conformación misma de la clase obrera.

Por otro lado, para analizar el nacionalismo, es necesario plantear el origen de la burguesía en América Latina. Pero aquí surge una pregunta fundamental, ¿Existe o no existe una burguesía nacional?. Como decía Rogelio Hernández, existe una burguesía nacional, y un sector de esa burguesía está estrechamente vinculada al imperialismo y a las transnacionales desde su propio surgimiento. Tal es el caso de los terratenientes que pertenecen a las burguesías propiamente capitalistas o precapitalistas, y de la pequeña burguesía artesanal que deviene una burguesía industrial y manufacturera. Luego se plantea el problema de la conformación de los Estados nacionales y la formación del proletariado con artesanos y campesinos y su participación, como decía Julio Godio, en esa conformación de los Estados.

Me parece sustancial en el nacionalismo y el socialismo el estudio de la evolución y trasmutaciones de la penetración imperialista; el surgimiento de la conciencia nacional; las contradicciones de esa burguesía nacional; la disputa entre imperialismo y Estados nacionales y la relación de estos Estados nacionales con las burguesías nacionales durante todo este siglo.

Hay que destacar cómo ese nacionalismo o los movimientos nacionalistas han estado permeados fundamentalmente por un nacionalismo burgués; es decir, cómo este nacionalismo ha estado cargado de una serie de postulados reformistas que no atacan las raíces del problema de la dominación imperialista sino más bien el predominio de las relaciones capitalistas en América Latina. Por otro lado, debemos apuntar que en el problema de los movimientos policlasistas a que comunmente se hace referencia en los estudios sobre América Latina, los movimientos de alianza resultan de particular importancia, pues estos movimientos policlasistas que tienen mucho de alianza, se fundamentan en la subordinación de las clases a un proyecto burgués. En otras palabras, es importante dilucidar el problema de alianza o subordinación de clases a sus movimientos. Creo que estos aspectos son importantes para entender el nacionalismo y el socialismo en América Latina.

Otro elemento importante del análisis es la evolución del pensamiento que surge de los movimientos socialistas. Creo que los movimientos socialistas de principios de siglo no lograron conformar un proyecto alternativo, por el predominio de las concepciones pequeñoburguesas y nacionalistas de los movimientos; por la represión; por la conformación de la propia clase obrera en el transcurso de su historia.

Estos proyectos se fueron delineando permeados no sólo por las concepciones del nacionalismo burgués sino por las concepciones dogmáticas del movimiento comunista internacional que trataron de implantar las corrientes del pensamiento socialista y comunista desde principio de siglo hasta la quinta década.

Con excepciones como la de El Salvador, donde en 1932 sí se planteó la insurrección y la toma del poder por parte del campesinado y del proletariado, y algunas otras experiencias como la del partido comunista chileno que surge de la clase obrera; es hasta después de la Revolución Cubana que se da una transformación importante en el pensamiento socialista y revolucionario. Por primera vez, al menos en forma más o menos generalizada, los movimientos revolucionarios en América Latina se plantean el problema del antimperialismo y el anticapitalismo, y ésto tiene diversas expresiones. Al plantearse el elemento del antimperialismo combinado con el anticapitalismo, se empieza a desarrollar la búsqueda de alternativas que conjunten adecuadamente el problema de la disputa por la nación y la lucha por el socialismo.

Es muy revelador el hecho de que hasta la década de los años sesenta los estudios sobre América Latina empiezan a abordar temas sobre la clase obre-

ra y el movimiento obrero. El problema es que entre las concepciones predominan no sólo las burguesas sino fundamentalmente las de la CEPAL, es decir, las de los estudios hechos en los centros imperialistas. Parece que después de los años sesenta se comienza a dar un decantamiento de estas posturas, se empiezan a transformar las concepciones sobre las organizaciones políticas de la clase obrera. Esto en buena medida coincide con la transformación de las organizaciones políticas, con una cierta transformación en los tradicionales partidos comunistas. No creo que el obrero social y el obrero ubicado en las empresas, en las grandes empresas transnacionales, esté desvinculado de los partidos; me parece que precisamente toda esa transformación a que me he referido, toda esa agresividad del imperialismo hacia América Latina, han ido vinculando estrechamente a los tradicionales partidos, transformándolos y a la vez, solidarizándolos con los principales sectores del movimiento obrero.

Julio Godio

A propósito de la exposición del doctor Calderón, pienso que hay algunas cosas que es muy difícil analizar por la diversidad de opiniones; por ejemplo, el problema del proletariado en las industrias y en las agroindustrias, que es un problema decisivo clave, para la conformación de fuerzas realmente socialistas. Y casos diferenciales muy importantes; por ejemplo los obreros metalúrgicos brasileños y los argentinos que conforman una clase obrera mucho más culta que la común, y con una tecnología decisiva. Una clase obrera que yo conceptúo como clasista, porque da lugar a un partido clasista y a un tipo de movimiento sindical clasista que no se vincula a la lucha de los partidos obreros, sino que sustenta un tipo de "ideología" socialista que no define y que en la práctica tampoco se enfrenta a los problemas de fondo.

Por otra parte veo que la Revolución Cubana y ahora la Sandinista están tirando abajo una vieja teoría acerca del partido obrero y que esto se está expresando en los partidos comunistas en forma muy desigual.

¿Qué se entendía en el leninismo por el partido obrero?. Se entendía el partido de los obreros industriales, pero se pensaba en un partido obrero para la insurrección general, global de la sociedad. Se preveía una insurrección democrática general en donde ese partido iba a actuar de manera tal que en un determinado momento iba a catalizar todo el proceso revolucionario.

Pero es sabido que la Revolución Rusa fue posible porque Lenin —dos días antes— cambió en el partido bolchevique el programa agrario y adoptó el programa del partido de los socialrevolucionarios, y entonces fue capaz de canalizar una insurrección campesina, que venía junto con una vieja política de la burguesía, que disputaba el poder a la alta nobleza.

Yo pienso que en América Latina la teoría del partido obrero ha sido aplicada en una forma esquemática y con el temor de hablar de policlasismo

y de masa de trabajadores en vez de obreros. Los partidos obreros dejaron en el campo de la burguesía a vastas masas de trabajadores, y las formas orgánicas que adoptaron esos partidos en nombre de un supuesto leninismo, en nombre de formas orgánicas que hacían de la llamada célula de empresa el eje del problema, abandonaron otras formas de organización de las masas que realmente estaban planteando la defensa de intereses sociales.

Por ejemplo, en la Argentina tenemos un caso muy interesante que es El Cordobazo, movimiento que presentó formas de organización de las masas que eran de alianza de obreros con capas medias urbanas y que surgían alrededor de asambleas conjuntas de obreros y de estudiantes, y que no fueron simplemente formas orgánicas que se dieron en momentos de gran agitación social sino porque en la sociedad misma había formas de relación interclases, intergrupos en los que, ahora sabemos, un partido obrero puede, desde una perspectiva del socialismo, asimilar para su organización.

Yo pienso que en gran medida los partidos llamados nacional democráticos han sido mucho más inteligentes en encontrar formas mucho más flexibles, que no tienen nada que ver con el problema clandestino, por cierto muy valioso para el análisis. Los venezolanos de Acción Democrática durante 10 años fueron reprimidos pero resistieron. ¿Y por qué resistieron? porque tenían formas orgánicas flexibles, porque tenían vinculación con las masas y no eran torpes; entre las masas sabían y podían cuidarse, y no fácilmente los metían presos. Entonces, el partido llamado obrero puede ser no sólo sintetizador de la práctica obrera propiamente dicha, sino de prácticas de otras capas sociales interesadas también en un cambio nacional. Esto es similar a lo que Gramsci llamaba el intelectual colectivo; es decir, el de partido no solamente como el partido de los obreros sino como el partido que funcionaba enarbolando también la cuestión campesina.

Este es otro de los temas que están planteados ahora, para hacer posible que un partido obrero, en el sentido clásico, pueda ser un partido nacional.

Y creo que hay otro problema que es el de que, obviamente, la historia de estos fracasos ha sido también la de la represión y persecución del movimiento. Yo no digo que aquí se deba hacer un balance de los triunfos; a mi me parece que la Revolución es un largo proceso histórico que abarca decenios y cuando se trata de un continente puede abarcar cien años o más. Pero creo que cuando uno hace el balance real de los movimientos obreros en los cien años del movimiento obrero latinoamericano, ve que no hay un saldo suficiente como para justificar ese largo trajinar de esfuerzos, realmente esfuer-

zos heróicos, de miles y miles de hombres; entonces, ha pasado algo que tiene que ver con la teoría política.

Yo creo que en América Latina los movimientos nacional democráticos no han surgido directamente vinculados a la burguesía nacional, sino que han surgido muy vinculados a las capas medias. Tienen mucho que ver las reformas universitarias con este fenómeno y después han ido a buscar la alianza de clases, a buscar el sustento social, por eso ha habido movimientos nacional democráticos más a la derecha o más a la izquierda, de acuerdo a la clase social en que fundamentalmente se han apoyado.

El aprismo, por ejemplo, nunca logró una base obrera y por eso aún hoy tiene una base obrera limitada. Acción Democrática, en cambio, tiene la mayoría de los obreros de Venezuela; lo que quiere decir que en el origen de estos procesos ha habido una búsqueda de los sectores de la intelectualidad, de la pequeña burguesía, del sustento social y, obviamente, lo han encontrado en los sectores de la burguesía nacional, cuando han logrado elaborar cierto tipo de modelos que a esos sectores les dan más espacio para sobrevivir frente a las transnacionales o prevalecer sobre el sector rural, sin que eso implique que tal burguesía se plantee una transformación radical de la sociedad.

Si los partidos obreros no tienen claro un modelo de sociedad globalizadora no pueden plantearse el problema de la burguesía nacional, ni como enemigo ni como aliado; yo creo que el caso nicaragüense es buen ejemplo. Los nicaragüenses, lo que plantearon fue el modelo de sociedad global; ellos dijeron, vamos a hacer una sociedad que tenga una economía muy especial: un sector estatal, un sector privado y un sector cooperativo; vamos a establecer un nuevo tipo de Estado popular, no de la burguesía. La burguesía está excluida de nuestro movimiento político pero tiene un lugar en el movimiento amplio de reconstrucción de la Nación, y queremos tal modelo de sociedad. Plantearon realmente el problema de la burguesía; de otro modo hubieran hecho ver a la burguesía como enemigo o como aliado, y hubieran hecho una política práctica, que permitiera comprobar en los hechos cómo estas fracciones de la burguesía se alínean en cada fase de desarrollo del movimiento que tiene como objetivo la realización de la nueva sociedad, y esto fue lo que no ocurrió con los movimientos policlasistas que la incorporaron en su seno y, al incorporarla, ésta adquirió obviamente derechos políticos. En cambio acá en Nicaragua se trató de un movimiento histórico que se planteó la sociedad como totalidad en un proyecto de transformación social global, y después le dio un

lugar a ese sector; pero el movimiento **no fue de la burguesía, fue el movimiento de los trabajadores.** Pero, aclaro, para tal forma de lucha corresponde una forma de organización en cada país. No se puede hacer una generalización.

Ese problema está replanteado ahora con el famoso Nuevo Orden Económico Internacional. Hay problemas económicos muy complejos que están apareciendo en esta fase histórica. La izquierda al no haber absorbido estos problemas, dejó obviamente el campo para que fuera ocupado por otras fuerzas.

Hay otro factor que es el internacional, y creo que esto no hay que olvidarlo nunca, ya que acá, gran parte de los partidos obreros han movido sus fichas de acuerdo a las variaciones de la política internacional. Lo que se da en América Latina en la década del veinte está condicionado en gran medida por la lucha interna que tenía lugar en la Unión Soviética y se produjeron todas las polarizaciones de los partidos comunistas en función de los problemas que se desarrollaban allá, por lo menos en los países más fuertes.

En la época del frente antifascista se hacían políticas, por ejemplo, el pacto ruso norteamericano fue un pacto justo en mi opinión para los soviéticos, pero que no tenía nada que ver acá en Latinoamérica, y entonces acá se atacaba todo lo que estaba en contra de ese pacto como que era un agente del imperialismo, porque las masas no confían en los partidos —este es el problema— la gente trabajadora no es tonta, es inteligente; entonces no confía en aquella fuerza que ve que puede dar un viraje en un determinado momento y dejarla sola.

Y esto fue ocurriendo en América Latina hasta que aparecieron fuerzas con autonomía, pues la gente sigue a las fuerzas cuando les ve una suficiente autonomía pues piensa que esta gente maniobrará, que siempre va a poner en el centro los intereses de la nación —me refiero a los intereses del pueblo— y va a subordinar las maniobras tácticas que haya que hacer en determinado momento, al desarrollo de la lucha en el interior del país. Entonces es posible construir una fuerza, y hasta se podrá llamar leninismo. Recordemos que hasta los comunistas chinos triunfaron.

China es un país de campesinos, millones de campesinos, que no tenían nada que ver con el marxismo leninismo desde el punto de vista sociológico; sin embargo, acudieron a la organización de un partido comunista. Pero si leemos a Mao Tze Tung, en sus obras completas, vamos a ver que él siempre empezaba diciendo: las contradicciones en China son las siguientes; y después

de que escribía veinte páginas de las contradicciones en China decía: las del exterior que actúan sobre las nuestras son estas, y las mencionaba con precisión. Pero si en América Latina empezamos diciendo que las contradicciones son las mismas afuera que adentro, no habrá pueblo que siga a ningún partido obrero, porque me parece que nadie quiere estar subordinado a procesos abstractos. Creo que allí hay un elemento importante, **real,** que la Revolución Cubana quebró en 1960.

José María Calderón

Hacia 1925, cuando en México es formulada por parte de la clase política revolucionaria la creación del Banco de México, muy importante desde luego para la formación de un proyecto de Estado nacional; Morones, a la sazón dirigente de la CROM, pidió a todos los trabajadores que sus ahorros los depositaran en el Banco de México, ya que un sector muy importante de los patrones se oponía precisamente a la creación del Banco. Y no solamente eso, les solicitó incluso que compraran solamente productos nacionales como lo demandaba el proteccionismo industrial.

Todo esto ha desembocado en que muchas de las demandas obreras han quedado subsumidas dentro del proyecto nacional, y no es que no hayan sido reconocidas sino que por ese camino sencillamente quedaron fuera. Hay una contradicción evidentemente entre el interés particular de los trabajadores y el interés general en que la burguesía ha envuelto astutamente sus intereses "nacionales" de clase.

En el caso de México, toda la teorización que se ha dado alrededor de la formulación de un proyecto nacional, se ha trazado como puntos muy claros el llegar a la paz social, a la armonía entre las clases en un sistema que es fundamentalmente contradictorio; pero la búsqueda ha desembocado en una teorización de corte muy obregonista que ha construido el patrimonio más preciado de toda la clase política llamada revolucionaria.

Creo que conviene hacer el intento de búsqueda en la ideología y en la peculiar conformación social de las clases, del por qué responde a ciertos modelos; porque generalmente hemos trabajado los terrenos de las instituciones en el movimiento obrero, las instituciones burguesas y todos sus proyectos; pero regularmente soslayamos la propia conformación material de la clase y, todavía peor, al soslayar su propia conformación material dejamos al margen,

en nombre de la ideología y en nombre de cierto tipo de instituciones más o menos beatificadas, la importancia de las demandas políticas que surgen también de esta peculiar conformación material.

Mi impresión es que conocemos una parte del comportamiento del proletariado obrero y hemos dejado fuera aquello que no entra en la teoría tradicional o aquello que nuestras limitaciones nos impiden ver. Pero hay un patrimonio de lucha, de experiencias, de cultura proletaria que regularmente no hemos visto y que ofrece también alternativas muy importantes, no solamente en México sino en casi todos los países de América Latina. En mi primera intervención me interesaba forzar un poco la situación; es decir, generar la duda y el conflicto ideológico para ver hasta qué punto ciertos comportamientos que a veces satanizamos tienen una explicación material, como ese nacionalismo que es parte de la conformación de cierto pensamiento en la clase obrera o de sus dirigentes, o incluso el de esos sectores ajenos a la clase obrera que han buscado el apoyo de los proletarios, generalmente sin conseguirlo del todo.

El proteccionismo que defendía el general Calles, allá por los años 24-28, era también la protección de las fuentes de trabajo, era la protección del salario, era el no mandar los obreros a la calle; las defensas del proletariado del petróleo en México frente a los técnicos norteamericanos que manejaban máquinas, que conocían por el color de los tubos el momento en que la caldera podía estallar, y que muchos obreros mexicanos lo habían aprendido empíricamente. Cuando se oponían al imperialismo yo creo que no era en nombre de una idea abstracta de Nación, sino porque el imperialismo les estaba quitando el trabajo; no ganaban más que los extranjeros sino mucho menos y ese era el pleito. Nadie puede dudar que uno de los terrenos sobre los cuales ha caminado la clase obrera es la reivindicación del salario, elemento tan despreciado; pero es solamente un reivindicacionismo economicista, no tiene contenido político. Precisamente en la reivindicación económica del salario está también la confrontación política entre clase obrera y burguesía, entre el proletariado y la patronal.

La escasez de investigaciones sobre problemas salariales en México indica cuál ha sido la percepción de la problemática obrera donde el salario ocupa un lugar subordinado, pero en cambio tiene uno muy importante en la ideología y en la institucionalidad. Hay una serie de elementos con los cuales se mide la correlación de fuerzas entre las clases, y esa correlación se mide precisamente por el salario, por los niveles y categorías que se conquistan.

Nos enfrentamos en este momento con un nuevo tipo de formación clasista, —el profesor Godio hizo ya algunas referencias a este problema—, que me parecen de suma importnacia desde el momento en que se eliminan muchas de las viejas expresiones que habían prevalecido en el moviminto obrero, una de ellas que yo detecto entre los trabajadores de la industria es el rechazo al vanguardismo, tan típico en la tradición tercerainternacionalista; y no solamente en ella sino en todo el movimiento comunista. Pero eso está cambiando sensiblemente, ya hay otro patrimonio de experiencias, hay otra cultura, hay otro orgullo y otra dignidad obrera muy nueva, en la cual todas las posiciones vanguardistas quedan subordinadas o son francamente rechazadas y, desde luego, hay también una nueva configuración de la política de alianzas o al menos parece desembocarse en la posibilidad de una nueva política de alianzas.

Ya no es solamente el problema de la incorporación de los sectores medios de la burguesía liberal, como mencionaba Enrique Quintero, sino la alianza entre los diferentes sectores proletarios, entre los diferentes sectores asalariados que en la nueva configuración capitalista han adquirido una ampliación sin precedente; allí entran sectores de servicios, sectores de la industria, sectores del campo, etcétera, que anteriormente tenían una relación distinta y que hoy como asalariados formulan un nuevo tipo de alianza, ya no solamente frente a la centralidad obrera industrial, la cual me parece que debe mantenerse, sino con los demás sectores asalariados, y esto permite una infinidad de relaciones y de alianzas para conducir a casi toda la sociedad, y aquí excluyo a los sectores de la parte patronal nacional y transnacional. En términos materiales, creo que hay esta nueva posibilidad o esta nueva configuración de alianzas de los sectores asalariados, manteniendo la centralización del trabajo industrial, del proletariado industrial, como cabeza portadora de una nueva expresión, de una lucha de clases.

A mi me parece sintomático que muchos de los sectores más modernos, —por ejemplo, el sector automotriz, los sectores asalariados de servicios como los vinculados a las compañías de aviación, los sectores de trabajo industrial relacionados con la electrónica—, mantengan relación o estén bajo la conducción de un sindicato. Por ejemplo, Unión Obrera Independiente, que plantea un nuevo tipo de corporativismo, tiende a distinguir o a separar a estos sectores del resto de la clase; y creo que esto ocurre en buena medida por errores de nuestra propia izquierda que ha despreciado el tipo tan peculiar de reivindicaciones de estos sectores, que por pertenecer a empresas transnacionales, tie-

nen posibilidad de exigir más que todos los demás sectores que se encuentran en el plan o programa de topes salariales señalados por el Estado en combinación con los grandes sindicatos.

Entonces se está ignorando un sector muy importante, con una nueva orientación política que parte de las demandas políticas de sectores que están actualmente presentes en la sociedad, y no se parte de la imagen o de la teorización acerca del papel que pueden jugar sectores como los que señalo.

La estructura actual de las clases muestra también el nuevo papel del Estado, esa nueva configuración de Estado a la que yo le llamaría intermediaria: Estado empresa, mediador en la reorganización internacional del trabajo, mediador a nivel de las relaciones financieras entre los grandes bancos privados públicos imperialistas y sistemas financieros de los diferentes países. En él, el nacionalismo es retórica, es **camuflage,** es una forma de provocar la atención frente a problemas que son sustantivos y que no sólo no se atienden sino que tampoco se analizan.

Entonces, creo tenemos que trabajar más, investigar más, la propia experiencia de los trabajadores, quienes distinguen sus problemas más fácilmente que el intelectual desde su gabinete. Como señalaba Julio Godio anteriormente, hay una relación nueva entre la clase obrera y la fábrica que hay que estudiar de cerca, dentro de la propia fábrica.

No obstante, se van dando algunos pasos en esa dirección, aunque la fábrica sigue siendo un universo absolutamente desconocido, y cuando digo fábrica, hablo de la ciencia y hablo de la tecnología, dos elementos también profundamente ignorados por el investigador de las ciencias sociales, pero que son elementos fundamentales en el proceso de desarrollo capitalista. No hay neutralidad o autonomía de la ciencia y la tecnología respecto al capital, y esto plantea formas distintas de relación y de lucha, que regularmente pasamos por alto al igual que a la clase y al partido.

Creo, en fin, que la lucha de clases busca nuevas alternativas latinoamericanas, por lo menos en cuatro países: Brasil, Argentina, Venezuela y México, que se han constituido en polos de desarrollo capitalista muy importantes. Hay posibilidades de construir alternativas nuevas en términos de una teorización nueva también, de un proyecto ideológico nuevo. Hay además un patrimonio que este continente ha podido estudiar, analizar, y desde luego sufrir también por la represión, las detenciones masivas, la tortura en los últimos veinte años, desde que triunfó la Revolución Cubana.

Las experiencias guerrilleras, las experiencias de la Tercera Internacional, las experiencias de la Cuarta Internacional, las experiencias de los cristianos progresistas, han constituído un patrimonio invaluable, cuya consideración, a mi juicio, puede ser condición para esclarecer la relación que se debe mantener frente a esta nueva configuración de las clases, frente a esta nueva configuración del Estado y frente a esta nueva configuración del capital.

Crisis Política y Movimiento Obrero

Ponentes:

Sergio Bagú

Julio Godio

Comentaristas:

Esther Iglesias

Georgina Naufal

Sergio Bagú

Cuando tenemos la intención de trazar un cuadro realmente continental. nos encontramos con que las limitaciones son inevitables porque América Latina presenta, como es público y notorio, una variedad muy grande de situaciones nacionales y de procesos históricos. A pesar de ello, hay ciertos contextos de orden general que sí permiten hablar de un continente al cual hemos denominado arbitrariamente América Latina.

En primer término, quisiera expresar dos palabras respecto al conceptó de clase social: Al hablar de clase me refiero al conjunto de individuos que en un momento determinado en la historia de la estructura productiva desempeñan ciertas funciones específicas, pero además me refiero a un grupo social en el sentido lato de la palabra; grupo social cuyos miembros son esos mismos individuos, más otros individuos que no participan en el proceso de la producción. La clase es un macrogrupo social y como tal, debe ser entendido y analizado.

Este grupo social se inserta en una estructura en la cual encuentra su razón de ser; no existe fuera de esa estructura; la realidad, la naturaleza, la evolución, las reacciones de ese grupo, son una consecuencia de las relaciones entre macrogrupos, entre clases sociales, pero también entre grupos que no son precisamente clases sociales.

Las clases sociales y por lo tanto la clase obrera, se van formando en la dinámica del proceso productivo de la sociedad capitalista; es decir, en una sociedad no capitalista la dinámica social es diferente y el origen de las clases, si las hay, también es diferente. En una sociedad capitalista el proceso de producción tiene la capacidad genética de modificar la estructura de clases como factor dominante; la clase social como macrogrupo en relación con otro grupo ya es de por sí un elemento de generación de actitudes políticas.

Llamamos actitudes políticas a cierta definición de los macrogrupos en relación con el ejercicio del poder global dentro de una sociedad y particularmente dentro del control del Estado. Pero la definición política de una clase social es un proceso particularmente complejo que no deriva directamente de su inserción en su estructura productiva, sino que pasa de su composición como clase y sobre todo de su relación social con los otros macrogrupos dentro de la estructura social. La formación de la experiencia política de una clase es un elemento transmisible de una a otra generación.

La conducta política de una clase obrera apenas en formación, tiene ciertas modalidades que la hacen diferir de la conducta política de una clase obrera vieja que tiene ya varias generaciones. Podemos hablar de la antigüedad de una clase pero haciendo la aclaración de que alguna innovación en las distintas etapas de la dinámica productiva por una parte y de la sucesión generacional por la otra, produce la incorporación de nuevas experiencias y nuevas masas, que a veces pueden resultar en una incorporación de tipo global y, por lo tanto, bastante definitoria de la conducta, de la naturaleza y del destino de la clase misma.

Conviene recordar, por otra parte, que la clase es un elemento, es un agente, es una realidad social, es un macrogrupo particularmente complejo. Cualquier clase social en la sociedad capitalista tienen una gran complejidad interna. El conjunto de su inserción y de su conducta política dependen también del tipo de complejidad interna de cada clase.

Dentro de la clase obrera hay un sector particularmente denámico y determinante que es el proletariado industrial; por lo tanto, en el Siglo XX en términos generales tanto para Europa como para el Continente Americano; es decir, para el mundo capitalista en general, la evolución del proletariado industrial ha sido decisiva para la definición social y política, e inclusive cultural, de la misma clase obrera en su conjunto. Ello quiere decir, por supuesto, que hay sectores de la clase obrera que no dependen de la producción industrial directamente.

Pero yo me refiero a aquel sector que sí participa activamente en la producción industrial y al cual podemos distinguir como proletariado industrial. En el caso de los países de América Latina, creo que en lo referente a la clase obrera hay que tener en cuenta algunos factores de primera importancia: en primer término, la antigüedad. Hay ocho o quizás diez países en los cuales la clase obrera es relativamente antigua; podríamos hablar de México, Brasil, Colombia, Perú, Chile, Argentina y Uruguay por lo menos. En ellas la clase obre-

ra es relativamente antigua; podríamos asignarle una antigüedad como clase de más de un siglo. Esa clase que se conformó en su primera etapa por trabajadores manuales asalariados, fue creando la infraestructura que vendría a servir de basamento a la estructura productiva, que caracterizaría más tarde la inserción de los países latinoamericanos en el orden económico mundial del capitalismo de la segunda revolución industrial. Es decir, nos ubicamos en la segunda parte del Siglo XIX.

Esa expansión de la infraestructura productiva va a generar una clase obrera en ferrocarriles, puertos, servicios públicos, construcción urbana, construcción de caminos; un poco también en industria textil, en una metalurgia incipiente aunada a la ampliación de talleres artesanales que comienzan a tener asalariados en una proporción bastante mayor que en etepas anteriores, una gran ampliación de los talleres de imprenta, una extraordinaria expansión de la prensa, del papel escrito, incluyendo el libro, lo cual va creando un salariado bastante numeroso en los países que he mencionado.

Todo esto ocurre en la segunda mitad del Siglo XIX; de manera que hay clase obrera en cada uno de nuestros países antes de que termine el Siglo XIX. Podríamos atribuirle por lo tanto, una antigüedad mínima de un siglo.

La segunda observación que debiéramos hacer es la de que el proceso de industrialización, que es un proceso clave, se inicia también más o menos tempranamente en los países de América Latina. En México hay industria textil muy desarrollada y hay una incipiente metalurgia, inclusive una incipiente siderurgia antes de que termine el Siglo XIX. El proceso de industrialización se inicia también en forma relativamente temprana a la sombra de la segunda revolución industrial, pero se desarrolla con una lentitud y en condiciones de subordinación que son peculiares a la situación general de dependencia mediante la cual el conjunto de América Latina se ubica en el orden económico internacional creado por el capitalismo.

La lentitud en el desarrollo del proceso industrializador influye de modo muy directo en el tipo de clase obrera que se va a formar, porque el proletariado industrial se va estructurando a través de varios saltos expansivos de la industria y, en general, en estos países que acabo de mencionar, hay como una tendencia a una pronta saturación de proletariado industrial con respecto a la expansión de la clase obrera en general y a la tasa de crecimiento vegetativo de la población global.

De manera que se trata de un proletariado industrial que crece numéricamente dentro de las limitaciones propias de una economía subordinada al or-

den internacional del capitalismo; por lo demás, se va creando en todos los países latinoamericanos, sin excepción, un sector terciario que es muy característico y que le va a imprimir ciertas modalidades a la clase obrera. Todo esto lo que va indicando es, por una parte, la antigüedad de la clase y por la otra, las limitaciones históricas que ha tenido la clase para expandirse.

Ahora bien, la comprobación de la resistencia a estas limitaciones en la expansión de la clase, no invalida la realidad de que la clase creció numéricamente y fue adquiriendo una fuerza de gravitación social y política realmente muy importante en cada uno de los países latinoamericanos, en los cuales hubo un proceso de desarrollo industrial y en general desarrollo económico bastante importante. Yo recordaba, al comienzo, que la definición política de una clase, así como su inserción en la estructura social es siempre un proceso de tipo relacional; nunca termina de entenderse, hasta que podemos descubrir en realidad la invisible pero poderosa red de relaciones, unas veces conflictuales y otras veces cooperativas que se establecen entre los grandes grupos dentro de la estructura social, y particularmente entre las clases sociales mismas.

Como la clase es un macrogrupo dividido en sectores, cada uno de estos sectores ocupa ciertas posiciones dentro de la clase y las relaciones entre estos grupos dentro de la clase en un momento determinado pueden ser conflictivas. Los conflictos pueden surgir entre un sector del proletariado industrial de obreros con trabajadores de emigración rural-urbana recientes, o entre mano de obra calificada y mano de obra no calificada, etc; conflictos internos de la clase que normalmente tienen cierta proyección sobre la forma de organización sindical y la forma de actuación política de la clase.

En otras palabras, el panorama que se nos presenta cuando queremos analizar a la clase como factor político y descubrir los móviles de su conducta política, es un panorama particularmente complejo pero, desde luego, los grandes conflictos en una estructura social son los conflictos que se producen directamente entre las clases sociales o que tienen como trasfondo la posición y los problemas engendrados por las relaciones entre las clases, es decir, entre los macrogrupos dentro de una estructura social.

Ahora bien, hay grupos que no son clases sociales pero cuya intervención en la dinámica social y en la vida política se va transformando en un agente altamente dinámico en cada uno de los países latinoamericanos; por cierto que en distintas dosis.

En primer término y referido esto directamente a la estructura de poder, tenemos que mencionar a los militares. Los militares forman una profesión

con una inserción muy precisa en la estructura económica y en la estructura social que a lo largo del Siglo XX se ha transformado en una fuerza política organizada de primer plano en varios de los países del área.

Debemos mencionar también aquellas clases que no son obreras pero en las cuales se va produciendo el fenómeno de la distribución universal del trabajo mediante el salario; me refiero particularmente a lo que llamamos de una manera demasiado genérica clases medias y, sobre todo, a la intelectualidad. La intelectualidad es un sector que se ha diferenciado a lo largo del Siglo XX en todo el mundo capitalista central y el mundo capitalista periférico y en todo el mundo socialista. Va desempeñando ciertas funciones bastante específicas y progresivamente, casi eruptivamente, pasa a depender del salario como retribución fundamental y hasta única de su propio trabajo. Existe en el Siglo XX lo que no existió jamás en la historia de la humanidad: un sector social multitudinario que no pertenece a la clase obrera y cuyo trabajo se remunera totalmente con salario.

Pero la profesión militar también se remunera con salario y el militar, por lo tanto, también es un asalariado. Este es otro fenómeno relativamente reciente porque la función militar que tuvo en sentido distinto en siglos anteriores no se remuneraba con el salario en los tipos de organización anteriores al Siglo XX; la remuneración global de la función militar con salario es un fenómeno relativamente reciente.

También la presencia de la intelectualidad y en general de la clase media profesional tiene una relación importante en la historia de la clase obrera porque un sector de la intelectualidad, como vasto sector de la clase media, entra en contacto con la clase obrera. Es un contacto de carácter sindical porque las profesiones de clase media tienden a sindicalizarse en el Siglo XX; con sus peculiaridades propias, la historia del sindicato de clase media no es exactamente la historia del sindicato de la clase obrera pero tiene múltiples contactos con el sindicato de clase obrera, contactos en cuanto a parentesco de problemas y soluciones pero contacto también en cuanto a la acción sindical misma.

En el terreno de las ideas y de las definiciones políticas, la intelectualidad en América Latina tiene ciertas peculiaridades en su inserción en el mundo de las ideas políticas y de la práctica política. Esa peculiaridad le lleva a establecer contactos tempranos y muy estrechos a veces de colaboración y participación, a veces tremendamente conflictuales con los movimientos de la política de la clase obrera. Este es un capítulo de la mayor importancia tanto en

la historia de la clase obrera como en la historia de la intelectualidad porque esos contactos van a ayudar a definir la acción política tanto de la clase obrera como de la intelectualidad.

La clase obrera sin la intelectualidad tiende a crearse su propia capacidad política muy peculiar, muy precisa, pero esa acción política puede resultar enriquecida con el contacto estrecho con la intelectualidad. La intelectualidad sin el contacto con la clase obrera tiene una marcada tendencia a divorciarse de la realidad y a crear mundos imaginarios para su propia acción. El contacto con la clase obrera es una especie de dosis de realidad que ayuda a insertarse en el conflicto político y contribuye a crearle a esa intelectualidad la conciencia de cierto grado de eficacia práctica e inmediata en sus posibilidades de pensar, de reflexionar, de analizar y de actuar.

Hay otros fenómenos que podríamos llamar globalmente sociales que se presentan en la historia de la clase obrera en el Siglo XX y que también van a actuar como elementos colaterales de la determinación de su definición política: uno es el ingreso de la mujer en la estructura productiva de la clase obrera hacia fines del Siglo XIX. Desde entonces está formada por hombres y por mujeres tanto en los países centrales del capitalismo como en América Latina y hay una bifurcación de funciones por efecto del ingreso permanente de nuevos contingentes femeninos en la fuerza de trabajo obrera.

El ingreso de la mujer se va produciendo de acuerdo a ciertas leyes y en algunas actividades. Dentro de las actividades con cierto **status,** su actitud con respecto de la organización sindical y la actitud de la organización sindical con respecto de la mujer trabajadora obedecen a ciertas definiciones que no son las mismas que con respecto al hombre trabajador; la forma en que la mujer obrera se define políticamente no es la misma que la forma en que se define políticamente el hombre trabajador; pues tiene un acento propio referido muy directamente al núcleo familiar por una parte y a su inserción dentro de la estructura social y cultural del país por la otra.

En la etapa histórica a que me refiero la conducta política del hombre trabajador está también determinada por ese elemento, a veces invisible, de la presencia femenina pero, por otra parte, esta presencia actúa de una manera indirecta aunque poderosa en la definición política del trabajador hombre por la vía del núcleo familiar.

La historia de la familia obrera es también una historia de esas en la cual nunca se terminará de comprender cómo, por qué y hasta dónde se define po-

líticamente la clase obrera. Lo cierto es que hay conflictos muy aleccionadores, muy vivos, inclusive muy cercanos que revelan que la conducta política de la esposa no trabajadora, en la fábrica o en la vida del obrero de la fábrica, —la definición política o ideológica de la esposa—, es un elemento decisivo en la conducta política del obrero y, por su conducto, de la masa obrera masculina que sí participa directamente en la producción.

En igual o similar sentido actúa el elemento generacional. La sucesión de las generaciones es, por supuesto, una condición de la vitalidad de la especie, de modo que parecería que se está hablando de lo obvio cuando se hace referencia a eso; pero ocurre que la sucesión generacional es también un fenómeno social que cambia de acuerdo a los condicionamientos históricos. En primer término cambia porque la edad promedio de vida varía de acuerdo a los condicionamientos históricos generales. Cuando el promedio de duración de la vida es de 35 ó 40 años, —como todavía es para ciertos sectores de la población de América Latina—, la sucesión generacional cumple funciones sociales, económicas, culturales y políticas dentro de ciertas limitaciones legales; pero cuando el promedio de duración de la vida es de 70 años, que es el promedio alcanzado sólo en algunos segmentos de la población latinoamericana, la sucesión generacional condiciona de una manera bastante diferente la participación del individuo en la estructura productiva, en la estructura cultural y en la definición política. Esto, por una parte.

Por otra, la sucesión generacional presenta un tipo de problemas diferentes condicionados también históricamente. Como es obvio, los movimientos juveniles aparecieron en América Latina mucho antes que en Europa y Estados Unidos como factores políticos importantes pero con modalidades propias de país a país y, en realidad, si hacemos un recorrido retrospectivo del Siglo XX vamos a ver que ya es imposible escribir una historia política de América Latina si nos olvidamos de los movimeintos juveniles. Esto es así porque los movimientos juveniles constituyen una presencia a la vez esporádica y constante aunque parezca contradictorio. Esporádica porque tiene una manifiesta tendencia a brillar durante muy poco tiempo; son de eclosión breve, —es su modalidad en todos los países de América Latina—, pero permanente porque nunca están ausentes: o eclosionan o están en gestación, y esto ha ocurrido en América Latina pero no ha ocurrido en Europa y Estados Unidos, salvo las manifestaciones juveniles de la década de 1960 en Estados Unidos, que eclosionaron con motivo de la guerra de Vietnam y las explosiones juveniles ocurridas en cuatro o cinco países de Europa que todos recordamos porque fueron realmente sensacionales y muy importantes.

En el subcontinente el movimiento juvenil es bastante más antiguo y más permanente, y es la consecuencia de cierta peculiaridad en la estructura social de nuestros países porque, por supuesto, jóvenes hay en todas partes pero la diferencia es que hay países y hay climas sociales en que los jóvenes son silenciosos como jóvenes y hay otros climas sociales en que los jóvenes son estridentes como jóvenes.

Ahora bien, los movimientos juveniles tienen sus propias peculiaridades, sus tipos de organización y sus formas de transmitir experiencias políticas de generación en generación, mientras que el movimiento obrero tiene su propia forma de transmitir la experiencia política.

Hasta ahora, el cuadro que yo he querido trazar se refiere a modalidades fundamentales de un proceso histórico y a ciertos elementos de carácter teórico. Ahora quisiera recordar algunas experiencias de carácter nacional para ver cómo la definición política de la clase se va insertando dentro de un contexto socioestructural, y está muy fuertemente condicionado por la definición política de las otras clases y de otros sectores que no conforman clases. En primer término, lo que puede observarse es que las generalizaciones son siempre peligrosas porque ocultan variaciones casuísticas importantes; sin embargo, hay corrientes históricas que sólo se descubren encontrando los componentes similares de los movimientos que se desarrollan en distintos países y en distintas épocas; estamos hablando de la experiencia política y de la capacidad organizativa y aquí aparecen ritmos completamente desiguales.

Una clase obrera puede parecer al observador una clase muy pasiva e inorgánica durante un plazo histórico relativamente largo, y de pronto en un período sorprendentemente breve se pueden ver aparecer formas organizativas y expresiones de una conciencia social y política de una precisión, de una claridad, que resultan absolutamente sorprendentes para el observador. En parte, esto fue lo que ocurrió en Chile en los tres años del gobierno de la Unidad Popular; el movimiento obrero chileno tenía una relativa antigüedad, la clase obrera tenía esa vejez secular que como ya se dijo, se puede descubrir en muchos países de América Latina porque ya a mediados del Siglo XIX había trabajadores asalariados en las minas del carbón que, por cierto, hoy siguen funcionando; que trabajaban sobre todo para la exportación. Y había toda una masa de asalariados en el salitre del Norte y se estaban formando asalariados en la ciudad de Santiago y en el puerto de Valparaíso, de manera que la clase tiene esa antigüedad que podríamos llamar secular y que podemos descubrir en otros países del área Latina con episodios que revelan su

presencia de tanto en tanto, su necesidad de actuar, de protestar, de rechazar su derrotas frecuentes y propugnar por algunos triunfos parciales. Pero el proceso de la Unidad Popular es típico de los años que corren desde fines de 1970 hasta septiembre de 1973; es típicamente una etapa de extraordinaria aceleración de la capacidad organizativa de la clase y del despertar de la conciencia global de la clase, respecto de su tipo de inserción en una estructura social específica, así como de las relaciones que va creando con otros sectores que no son obreros.

La experiencia chilena es de una riqueza tan extraordinaria que desgraciadamente todo lo que se ha escrito hasta ahora está bastante lejos de traducir la realidad, la capacidad de aportar soluciones, la capacidad de inventar formas organizativas, la capacidad de resolver los complejos problemas de las relaciones con los partidos y los movimientos estudiantiles, la capacidad de resolver ese tipo de problemas, el sentido de la realidad inmediata, y, sobre todo, de cómo transformar la realidad inmediata en formas organizativas eficaces.

Todo esto apareció de pronto en una clase azotada por la miseria, por problemas tremendos de desnutrición y alcoholismo heredado, como consecuencia de formas de explotación muy características de la República Oligárquica que fue Chile durante un siglo y medio. La clase obrera actuó bajo el estímulo de la organización política pero superando holgadamente los logros de la organización política en los momentos críticos e indicando pautas de acción en esa misma organización política frente a un enemigo extraordinariamente peligroso cuya magnitud fue percibida con notable claridad mental y sin que en ningún momento pudieran aparecer esos elementos que podemor llamar utópicos. Esto es una característica de la cales obrera, particularmente del proletariado industrial, y no tiene ninguna tendencia a la utopía; su tendencia es a manejarse con bastante rigor dentro de los límites de una realidad inmediata.

En el caso de Bolivia, hay un sector de la clase obrera que tiene una historia no tan prolongada como en otros países pero que ya cuenta decenios. Este es el sector de la gran minería del estaño. La peculiaridad que ofrece es la de la forma en que se desarrolla su conciencia social económica y política; cómo va elaborando pautas de organización y de acción política. El tipo de relación que establece con todas las fuerzas políticas es muy diferente del tipo

de relación que se reproduce en otros sectores obreros de otros países y, probablemente, como consecuencia de la propia experiencia que se va elaborando.

En lo que se refiere a Argentina, hay tres experiencias contrastantes: una la del proletariado industrial del Gran Buenos Aires que es la parte más antigua del proletariado industrial en la Argentina, que pertenece a formas organizativas sindicales muy institucionalizadas, muy burocratizadas, con un alto grado de experiencia técnica en su funcionamiento y con una muy antigua alianza con el Estado y con la empresa privada y, después, dos focos recientes de expansión industrial, uno en Córdoba y el otro en Villa Constitución, en la Provincia de Santa Fe, que permiten formar un proletariado industrial que tiene algunos elementos diferentes que el del Gran Buenos Aires; más joven y más tecnificado, logra darse en una estructura sindical diferente y aún cuando pertenece a las mismas centrales, establece un tipo de relación con los sectores no obreros diferente del que se establece tradicionalmente en la clase obrera del Gran Buenos Aires. También la forma de definición política y la forma de acción política del proletariado industrial de Villa Constitución y de Córdoba es muy diferente de la forma de acción política del proletariado del Gran Buenos Aires (y quiero hacer alguna excepción también porque en el Gran Buenos Aires es muy numeroso y hay algunos sectores que se definen más en el estilo de Córdoba y de Villa Constitución que en el estilo de la metrópoli, aunque geográficamente pertenecen a ella; pero éstos son sectores minoritarios dentro de esa masa muy numerosa y extendida que es el proletariado de esta primera región).

Como simple referencia, para terminar, diré que en la formación del proletariado industrial del Brasil tenemos un caso al parecer muy típico de sucesión generacional en la historia del proletariado. Esto vale especialmente para el proletariado industrial de San Pablo que es el centro industrial que logra formar un núcleo más numeroso que el de cualquier otro centro de América Latina. Este proletariado industrial se amplía en una proporción realmente muy importante como consecuencia de corrientes migratorias internas; en otras palabras, hay una incorporación al proceso productivo industrial por parte de poblaciones del interior del país, que vienen de regiones que no tienen una tradición de organización sindical y política con las características de los grandes centros industriales. Probablemente esto haya durado una generación o quizás poco menos de una generación, tal vez quince años escasos, durante

los cuales, el proceso de acumulación capitalista ocurrió en el polo industrial de San Pablo con un ritmo realmente muy acelerado, con una capacidad organizativa y de expresión política por parte del proletariado industrial relativamente bajas. Pero un cronista diría que de pronto se produce un movimiento que conmueve al continente, que es el movimiento de hace escasamente un año que revela un alto grado de capacidad organizativa y sobre todo una conciencia muy lúcida de lo que se puede obtener, de cómo se puede obtener y de cómo se debe actuar. Aquí parece haber un salto que es la experiencia organizativa un poco inexplicable pero, por supuesto, con una explicación que es necesario dar sólo en la medida que se conoce esa experiencia muy de cerca y preferentemente en **forma interna.**

Aquí lo único que yo puedo hacer por razones de espacio y en parte también por razones de conocimiento es mencionar algunos de estos procesos porque los conozco, porque los he vivido. Puedo mencionar tales casos para señalar que el proceso de la definición política de la clase obrera tiene antecedentes lejanos en América Latina, porque la clase misma es relativamente vieja y porque la definición política está condicionada por la forma de inserción de la clase dentro de la estructura social y no terminaremos de comprender bien cómo se produce sino en la medida en que podamos rehacer con fidelidad el conjunto de la estructura social peculiar de cada país. Esto vale particularmente para el proletariado industrial.

Finalmente, insisto en que la clase obrera nunca se define en una lucha política; siempre hay otros elementos que no pertenecen a la clase obrera que se van definiendo paralelamente a la clase y cuya definición política va también condicionada por la división política de la clase. Esos elementos son: **las mujeres,** muchas de las cuales pertenecen a la clase obrera, pues la función de la mujer en el núcleo familiar es decisiva en la toma de conciencia; **la antigüedad** de la clase obrera; **la generación joven y los movimientos juveniles** que pueden ser de clase obrera pero que sobre todo son de clase media y que tienen una presencia política importante en los países latinoamericanos, y **la presencia y la acción de la intelectualidad** además de la forma que esa intelectualidad se define políticamente y se inserta en el mundo político o gravita de una manera directa o a veces indirecta en el mundo político. Eso es todo.

Sin embargo, más adelante volveré con este croquis un poco general de un panorama bastante complejo como es el de la definición de la clase obrera en el mundo de las ideas y en el mundo de la acción política en América Latina.

Julio Godio

Es necesario distinguir dos categorías de la teoría política que en América Latina han llevado a confusión: **se trata de las categorías "crisis global revolucionaria"** y **"crisis política"**. La primera incluye a la segunda. La segunda puede ser el ámbito en el cual se conforma una crisis global revolucionaria pero no necesariamente. A la crisis política puede suceder por eso un nuevo reequilibrio de fuerzas bajo la forma de supresión violenta del ala jacobina y el reacomodamiento a la situación de repliegue del ala moderada del bloque popular.

Es decir, crisis global revolucionaria, como hemos visto, se manifestó en Nicaragua en 1978. Esa crisis global revolucionaria implicaba: aislamiento social absoluto del antiguo régimen sociopolítico de dominación, movilización popular y existencia de una nueva vanguardia política —el FSLN— capaz de tomar el poder. Estamos en presencia de una crisis global revolucionaria.

Pero la categoría crisis política indica un "estado anterior" a la crisis global revolucionaria: es el momento de repliegue del bloque dominante y de conformación de un bloque transformador que conduce a una situación de "ilegitimidad del Estado", es decir, de descomposición de un sistema político de regulación de intereses de clases. Pero sin que la mayoría del pueblo todavía esté dispuesto a reemplazar esas relaciones sociales y políticas por otras que tengan como "tarea" modificar la relación de fuerza en la sociedad civil, esto es, cambiar el régimen de propiedad. En este caso hablamos de una crisis política.

La crisis política es una categoría de uso corriente en América Latina, porque el tipo de capitalismo dependiente impide que el bloque dominante tradicional (bloque del gran capital y empresas extranjeras) pueda contar con mecanismos de dominación consensuales estables. Al mismo tiempo los blo-

ques nacional reformistas —salvo en México, Costa Rica o Venezuela— tampoco pueden garantizar sistemas de hegemonía estables. Esto obviamente tiene que ver, en última instancia, con el carácter dependiente y atrasado de nuestras economías nacionales. Pero tiene una dimensión específica en la esfera de lo político y se manifiesta como imposibilidad de la derecha latinoamericana de gobernar con consenso, lo que genera crisis políticas cíclicas.

La crisis política puede desembocar en el desalojo del bloque dominante del gobierno. Pero sin modificación sustancial en las estructuras del Estado. Puede implicar el acceso al gobierno de una fuerza de equilibrio transitorio —el cesarismo del cual hablaba Gramsci— que intenta desembarazarse tanto de la presión derechista como del ala jacobina con la cual estableció alianza en la fase inicial de la crisis política con vistas a formar un amplio bloque de oposición. Pero la facción cesarista no puede estabilizarse. El ala jacobina confunde ese momento catastrófico, ubica al cesarismo como enemigo principal y por eso "aporta" al derrumbe del cesarismo antes que los trabajadores perciban la necesidad de superar la situación catastrófica impulsando hacia adelante el contenido de la crisis, esto es hacia una transformación radical del sistema económico social. Así, desde la fase de ascenso del "cesarismo" hasta su crisis y caída la clase obrera es neutralizada políticamente.

Como resultado del "caos moral" el antiguo bloque político derechista recupera el poder e impone una dictadura que pretende ahora implantar en su forma "pura" el modelo ideal de recomposición de la antigua sociedad. Esto ocurrió en Argentina entre 1969 y 1975, y por eso voy a analizar un caso concreto de crisis política localizando como se comporta el movimiento obrero.

En 1966 las fuerzas armadas, con el apoyo activo de la Sociedad Rural y la Unión Industrial (U.I.A.) y la complacencia de la dirección del peronismo, derrumbaron al gobierno de la U.C.R. presidido por el doctor Arturo Ilía. Con ese golpe de Estado, el tercero en los últimos diez años, el bloque dominante pretendía "reorganizar" a la sociedad argentina. Ese "reordenamiento" implicaba centralmente dos aspectos: en lo económico garantizar el proceso de centralización del capital para revitalizar al capitalismo dependiente argentino y en lo político articular un sistema de representatividad que asegurase la hegemonía del bloque dominante.

En general Juan Carlos Onganía, primer presidente **de facto** de la llamada Revolución Argentina, afirmó en agosto de 1966 que el objetivo era reorganizar el país, sanear su economía y estabilizar las instituciones. Según el "lúci-

do" general eso exigiría por lo menos de quince a veinte años de suspensión de la actividad política partidaria.

Durante los dos primeros años —1966 y 1967— el país pareció adaptarse a los planes de la dictadura militar, ampliamente apoyada por los norteamericanos. No había huelgas, los salarios estaban congelados pero los precios se mantenían estables, se vivía en general mal, pero todavía duraba la "expectativa esperanzada" con la cual la mayoría de la población aceptó el golpe de Estado como una alternativa ante la ineficiencia y el "tortuguismo" del gobierno radical. El visto bueno de Perón facilitó inicialmente los planes de Onganía.

El **staff** de Onganía era el producto de la convergencia de dos corrientes. una, representada por el gran industrial y financista Krieger Vasena, ligado a los norteamericanos a través del **pool** DELTEC, con base en las Bahamas y fuertes inversiones en la industria frigorífica argentina. El grupo Krieger Vasena, autodenominado "eficientista", colocaba en el centro de su teoría, el llamado sistema de economía de escala y sostenía que las nuevas relaciones económicas obligaban a la Argentina a incorporar en las exportaciones productos industriales. Otro grupo representado por hombres provenientes del "Ateneo de la República", un club de políticos vinculados al **Opus Dei** español, se encargó de la "política". Su principal representante fue el Ministro del Interior, Borda.

El objetivo central del equipo político consistía en articular un Estado autoritario, de tipo corporativo. Se caracterizó por medidas represivas: se suprimió el derecho de huelga, se dictaron leyes de "seguridad nacional", se implantó la pena de muerte contra los "subversivos marxistas", fueron intervenidas las universidades estatales imponiéndose una política educativa limitativa, irracional y fascistoide y fueron encarcelados desde marxistas hasta liberales progresistas. Todo ello bajo la pseudolegalidad de un "Estatuto" que suspendió en los hechos la vigencia de la Constitución Nacional, dando plenos poderes a la dictadura militar.

En el plano internacional, el equipo de Onganía comandado por el ministro Costa Méndez hizo del anticomunismo y la llamada "Doctrina de las fronteras ideológicas", el eje de la política exterior. Así, se establecieron fuertes vínculos con España, Vietnam del Sur, Taiwan (Formosa) y se coqueteó permanentemente con Brasil, el entonces "niño mimado" de los Estados Unidos en América Latina. Era una política reaccionaria en toda la línea.

Inevitablemente tenía que fracasar, y el fracaso comenzó por la economía. La política económica del equipo Krieger Vasena puede resumirse así: tratar

que la Argentina —país de industrialización media— se convirtiese en exportador no sólo agrícola ganadero sino también de productos industriales finales mediante la importación de insumos intermedios a menos costo que los nacionales, facilitando para ello las inversiones extranjeras, centralizando el crédito y suprimiendo las trabas arancelarias a las importaciones para que la economía funcionase a costos competitivos internacionales. Para ello se devaluó el peso, se aplicaron retenciones a los productos tradicionales de exportación para evitar su encarecimiento en el mercado interno y poder así mantener el congelamiento de los salarios.

Pero las únicas empresas industriales en condiciones de exportar eran las pertenecientes al capital extranjero (principalmente norteamericanas), que no impulsaron las exportaciones por no encuadrar en los intereses de las multinacionales. Así, después de un par de años de expansión pues el P.I.B. creció entre 1967-68 al 6.2% anual, vino la contracción de 1969 en que cayó al 4.1% anual. Como resultado de ello comenzaron a aumentar rápidamente los precios internos, mientras que los salarios continuaban congelados, al tiempo que crecía el descontento en el campo por la política de retenciones y las restricciones crediticias. A ello se sumó el descontento de gran parte de la burguesía industrial nacional media, que protestaba por la estrechez del mercado interno y el alto costo del dólar para importaciones de equipos.

El fracaso de la política económica se extendió al plano político y cultural. Poco a poco, a partir de 1968, fue resurgiendo la actividad política como respuesta del pueblo y sectores descontentos de la gran burguesía y los terratenientes. Las fracciones del bloque dominante descontentas trataban centralmente de cambiar la dictadura por dentro, pero para el pueblo pasó a ser fundamental la lucha por las libertades democráticas como instrumento para el libre accionar de las masas trabajadoras por sus reivindicaciones. En el plano cultural y científico, el autoritarismo fascistizante y la retrogradación cultural fueron acumulando tensiones que desembocaron en huelgas, cuyo eje era la conquista de las libertades académicas y la autonomía universitaria, luchas que tenían ya su antecedente en 1966, puesto que la Federación Universitaria Argentina (F.U.A.) fue la primera organización de masas y prácticamente la única que intentó resistir durante el golpe de Estado. La antigua cohsigna "fuísta" de "Por una universidad abierta en un país liberado" recobró su vitalidad.

Sin embargo, un rasgo destacado de este período que va de 1968 a 1969, es el siguiente: la dirección de la C.G.T., compuesta por vandoristas y "dialo-

guistas" (estos últimos abiertamente vinculados a Onganía) se vio súbitamente comprometida con la política antipopular de la dictadura militar, política que se derrumbaba estrepitosamente, pero sin capacidad para generar un proyecto alternativo, en parte por la tendencia del "vandorismo" a presionar desde dentro de los proyectos monopólicos, en parte por el silencio de Perón.

Esto creó un vacío en las fábricas que distintas corrientes de izquierda aprovecharon para insertarse en el movimiento obrero, durante décadas inmune a la propaganda clasista y socialista. Así surgió el clasismo, una heterogénea corriente que políticamente incluía a comunistas tradicionales, comunistas revolucionarios del P.C.R. y Vanguardia Comunista, P.R.T. y P.S.T. y otros grupos marxistas. Pero esta corriente era algo más que la suma de las organizaciones políticas, era el resultado de un encuentro histórico entre la espontaneidad obrera que no encontraba interlocutores en la burocracia sindical y que por lo tanto tendía a posiciones radicales y la actividad de corrientes marxistas que, en su mayoría, hacían esfuerzos para hacer descender las verdades universales del marxismo al reino terrenal de la lucha de clases concreta. Por eso la agitación socialista se apoyaba en reivindicaciones específicas: aumentos de salarios, derogación de la legislación antihuelguística y democracia sindical contra los jerarcas sindicales.

A principios de 1969 el país se parecía a un polvorín seco. Las masas populares, que ya habían conocido y eperimentado el carácter reaccionario de anteriores gobiernos militares (1930-1943, 1955-1958 y 1962-1963), pasaron rápidamente de la "expectativa esperanzada" a la oposición frontal al régimen.

Ya en septiembre de 1968 se desató una huelga petrolera en la destilería de Y.P.P. en Ensenada, a sesenta kilómetros de la capital federal, dirigida por un comité clasista, enfrentado a la dirección burocrática nacional que se oponía a la medida de fuerza. A principios de 1969, en las grandes ciudades del país y en toda la pampa húmeda, lo único que se escuchaba eran protestas contra la dictadura. Del "orden prusiano" de Onganía sólo quedaba la fachada y por eso mismo era previsible que cualquier hecho político actuase como detonante que hiciese explotar el polvorín.

Los únicos rezagados en este proceso —y el dato es importante para comprender lo que pasó después—, eran las cúpulas de los principales partidos de oposición, esto es, el peronismo y el radicalismo. Ni Perón, que en agosto de 1966 tuvo palabras de aliento para Onganía, ni el líder de la V.C.R. Balbín podían calibrar el grado de agudización de las contradicciones entre el pueblo

y la dictadura y entre fracciones descontentas del bloque dominante y la dictadura.

Y el estallido fue el "cordobazo", el 29 de mayo de 1969. ¿Qué fue el "cordobazo"? En esta oportunidad no nos proponemos hacer su historia, ni tampoco la de decenas de levantamientos urbanos que le siguieron en distintas ciudades del país a partir de esa fecha y que empalmarían con marchas campesinas encabezadas por las Ligas Agrarias. Pero, el "cordobazo", ese levantamiento urbano en la ciudad de Córdoba, asiento de grandes fábricas de automóviles, ciudad estratégica por estar ubicada en el centro geográfico del país, requiere algunos comentarios.

El 29 de mayo, diez mil obreros de las empresas FIAT y CHRYSLER marcharon desde la periferia de la ciudad hasta el centro. La reivindicación central era el mantenimiento del sábado inglés y aumentos de salarios. El núcleo de dirección central eran militantes de la C.G.T. de los argentinos, cuyo líder principal en Córdoba era Agustín Tosco.

En la ciudad recibieron el apoyo de la pequeña burguesía y los estudiantes. Se conformó así, durante la marcha en una ciudad, un bloque urbano popular antidictatorial. Durante todo el día se combatió contra la policía, que tuvo que parapetarse en las comisarías. Mientras tanto las tropas del III Cuerpo de Ejército permanecían a la expectativa, en parte porque la cúpula militar ya no respondía a Onganía, en parte por temor al desprestigio si reprimían. Sólo por la tarde entraron las tropas y el pueblo se retiró. El levantamiento logró su objetivo principal: mostrar a todo el país que la dictadura era vulnerable. Como consecuencia del "cordobazo" el poco prestigio que quedaba a Onganía se esfumó.

Las consecuencias del "cordobazo" fueron inmensas. En primer lugar porque fue el proletariado industrial quien hizo estallar el polvorín. En las grandes y pequeñas empresas cordobesas comenzó un extraordinario proceso de conquista de la democracia sindical, tanto con el desarrollo de las organizaciones de base (comisiones internas y cuerpos de delegados) como por la emergencia de listas clasistas que fueron ganando en dos años la mayoría de las elecciones sindicales, sin que los patrones pudieran socorrer a los desprestigiados jerarcas sindicales provinciales.

La experiencia cordobesa comenzó a extenderse a otras ciudades y a otras ramas de la industria, especialmente en el área central de la siderurgia, en San Nicolás, donde la jerarquía sindical metalúrgica empezó a ser jaqueada por el

llamado "sindicalismo de liberación" —lidereado por Agustín Tosco y Raimundo Ongaro, ambos dirigentes de la ahora disuelta C.G.T. de los argentinos—, primera organización nacional de los trabajadores de unificación principalmente entre el peronismo combativo y el clasismo, surgida en 1968, que dio batalla frontal a la dictadura cuando todavía el auge de masas era incipiente, es decir, entre mediados de 1968 y principios de 1969. En la dirección y asesorías participaban militantes de distintas fuerzas políticas, incluida el ala más progresista del radicalismo a través del doctor Hipólito Solari Irigoyen.

En segundo lugar, el "cordobazo" demostró que no sólo en la clase obrera sino en amplias capas populares crecía una irresistible tendencia a la unidad popular antidictatorial con una programática avanzada, antioligárquica y antimperialistas. El "cordobazo" alentó al campesinado a organizarse en Ligas Agrarias y estimuló las movilizaciones de estudiantes, empleados y a la pequeña burguesía urbana en general.

En tercer lugar, el "cordobazo" demostró que sólo con la violencia popular organizada y masiva se podía derrotar a la dictadura militar, por lo que alentó el desarrollo de diversas formas de lucha armada, desde la autodefensa de masas hasta el accionar de las organizaciones político militares.

En cuarto lugar, el "cordobazo" estimuló a la timorata burguesía nacional que ya sea en el seno de los partidos populistas, en la Confederación General Económica (C.G.E.) o en la Federación Agraria Argentina (F.A.A.) había mostrado hasta 1969 un gran temor a enfrentar a la dictadura, al tiempo que se disponía a disputar al proletariado la hegemonía en el frente antidictatorial.

En quinto lugar, el "cordobazo" sacó a luz las serias divergencias existentes en las fuerzas armadas y mostró por primera vez la presencia del "lanussismo" como alternativa, pues si el III Cuerpo de Ejército no intervino antes fue porque el general Lanusse, entonces Comandante en Jefe del Ejército, ordenó a las tropas acantonadas no hacerlo, de manera de aprovechar el levantamiento popular para erosionar el prestigio de Onganía. Y Lanusse no era sólo un alto jefe militar: representaba por sus vínculos familiares, a esa misma fracción de la oligarquía que desde "Campo Unido" objetaba la política económica de Krieger Vasena en una línea de defensa de las exportaciones tradicionales. El lanussismo expresaba una estrategia más autónoma frente a los yanquis y estaba dispuesta a comerciar con quien comprase, especialmente con los países socialistas.

En sexto lugar, el "cordobazo" abrió la posibilidad de que diversas organizaciones revolucionarias, ya sea las político militares como Montoneros, FAR

o el P.R.T. o políticas como el P.C.R. o V.C. de reciente fundación, comenzasen a crecer rápidamente. La izquierda revolucionaria argentina estaba dividida, pero al mismo tiempo era fuerte. Esta contradicción se explica por la vitalidad del proletariado argentino que, por la ausencia de un partido obrero dirigente, ha creado sin embargo, en forma incesante, las condiciones para la aparición de esa fuerza política que necesita para realizar sus objetivos históricos de clase.

Al mismo tiempo, a partir de 1969, los estudiantes universitarios experimentan un proceso de radicalización masiva. En este fenómeno, además de las causas nacionales, tuvo una importancia decisiva la larga lucha del pueblo vietnamita y el mayo francés de 1968.

El "cordobazo" estimuló a las corrientes progresistas en el seno del radicalismo, el peronismo y la democracia cristiana. En el radicalismo con la aparición del "alfonsinismo" (corriente liderada por el dirigente Raúl Alfonsín), y el fortalecimiento del sabatinismo cordobés, ambas partidarias de una democracia social y política.

A todo esto hay que agregar que una franja de la pequeña burguesía radicalizada revitalizó la corriente antimperialista liderada por el doctor Oscar Alende: el Partido Intransigente, de origen radical, que buscaba convertirse en pivote para un acuerdo de las izquierdas.

En séptimo lugar, el proceso abierto con el "cordobazo" incidió directamente en las fuerzas armadas estimulando la formación de núcleos nacionalistas, el principal encabezado por los tenientes Licastro y Valoni. O núcleos preocupados por dar una salida progresista a la crisis, como el formado alrededor del entonces capitán Cesio. Estos núcleos eran pequeños, pero encontraban clima favorable para su crecimiento por la profunda ruptura que impulsaba la corriente liberal liderada por el general Lanusse.

En octavo lugar, el "cordobazo" alentó a los sacerdotes tercer mundistas, con lo cual logró gran auge el movimiento de "Cristianos para el Socialismo" y otros; comenzaba así en Argentina un proceso que recorre a toda América Latina y que puede sintetizarse así: en lo fundamental, las oligarquías latinoamericanas han perdido el apoyo incondicional de la Iglesia Católica, colocando a los sectores ultraderechistas en dificultades dentro de la institucionalidad. El fenómeno empezó limitado a los sacerdotes de barrio, de ciudades pobres del interior, de seminarios, pero pronto alcanzó a muchos obispos. La radicalización

en la Iglesia venía de antes pero con el "cordobazo" dio un salto cualitativo, incorporándose decenas de sacerdotes a las luchas sociales.

Y así, por todo lo anterior, el "cordobazo" selló la suerte del gobierno de Onganía. Los antiguos aliados "cegetistas" le abandonaron y pasaron abiertamente a la oposición, facilitándose así el accionar del clasismo que encontró en los jerarcas sindicales puntos de acuerdos para la lucha reivindicativa de los obreros. La cúpula radical emergió de las catacumbas y después de casi tres años de aceptar la "suspensión" de la actividad política, el **staff** balbinista comenzó a producir declaraciones antidictatoriales. También Perón salió de su letargo, y poco a poco los diarios comenzaron a publicar noticias de reuniones políticas en Madrid, donde vivía exiliado. El caudillo captó que pronto se entraría en una fase de flujo y que había que dirigir el proceso o arriesgarse a quedar marginado.

Onganía comenzó a retroceder. Despidió a Krieger Vasena y puso en su lugar a un técnico, cuyo nombre no vale la pena mencionar porque era un técnico en presupuesto que ni llegó a elaborar el del siguiente año. Porque el 8 de junio de 1970 las fuerzas armadas derrocaban a Onganía y en su lugar colocaban a una figura de transición, el general Levingston, que en esos momentos estaba en Washington como representante ante la Junta Interamericana de Defensa.

Levingston gobernó desde el 18 de junio de 1970 hasta el 26 de marzo de 1971, cuando nuevamente la Junta de Comandantes de las fuerzas armadas, "fuente del poder según el Estatuto de la Revolución Argentina", lo derrocó y colocó en su lugar al verdadero depositario del poder: al general Alejandro Agustín Lanusse, antiguo antiperonista, conspirador eterno, hijo directo de la familia "Lanusse y Cía.", grandes consignatarios de ganado.

Los meses que duró el **interregno** Levingston fueron meses signados por el estigma de quien buscó base de sustentación propia para "su" proyecto y quien en realidad no podía ser más que la estación intermedia entre el fascismo de Onganía y el liberalismo oligárquico de Lanusse.

De todos modos, durante su presidencia Levingston intentó débilmente montar un proyecto seudopopulista, apoyado en el plan económico Ferrer, al tiempo que hacía de vez en cuando declaraciones nacionalistas. Pero aunque hubo algunos incautos, ya nadie se arriesgaba a jugarse por el nuevo presidente, pues comenzaba a percibirse que la nueva etapa política sería de juego abier-

to y compromiso con la oposición peronista radical. Así lo señalaba Lanusse a sus interlocutores.

Vale la pena decir algo sobre el plan Ferrer. Su objetivo fue impulsar las industrias hacia el mercado interno mediante el estímulo a la demanda con aumentos salariales y mayores facilidades crediticias a las empresas nacionales, fijando al capital extranjero un rol complementario en relación al capital nacional. Al mismo tiempo, Ferrer intentó lograr mayores saldos exportables de carne sin aumentar su precio interno para mantener el poder adquisitivo de los salarios; con tal fin, optó por la veda y el estímulo al consumo de sustitutos. Pero el plan tuvo la desgracia de ser implantado en el mismo momento que el Mercado Europeo se cerraba para las carnes argentinas. De este modo disminuyó bruscamente el ingreso de divisas, lo que junto a la expansión simultánea del crédito interno, generó un proceso inflacionario incontrolable.

Como resultado de ello, el proceso huelguístico y de levantamientos urbanos continuó, destacándose nuevamente la ciudad de Córdoba, que en agosto de 1970 reeditó una nueva versión del cordobazo con el "viborazo", nombre irónico dado por el pueblo cordobés a esta nueva gesta para ridiculizar al nuevo gobernador provincial, un oligarca borracho venido a menos, que había dicho que venía a "extirpar la víbora que anida en la ciudad", con clara alusión al clima revolucionario que se vivía.

Así, en menos de cinco años, la "revolución" que Onganía pronosticó que duraría quince a veinte años, "hacía agua" por todos los costados. El 26 de marzo de 1971 asumió la presidencia de la nación el general Lanusse, tercer presidente de la "tercera etapa" de la "Revolución Argentina". Esta se prolongó hasta el 11 de marzo de 1973, fecha en que se realizaron las elecciones que llevaron nuevamente al peronismo al gobierno. Esta fue una etapa esencialmente política, caracterizada por el esfuerzo del equipo "lanussista", entre cuyos miembros destacaba su Ministro del Interior, el radical balbinista Mor Roig, por llegar a un acuerdo con los partidos burgueses populistas para impedir que las huelgas, sublevaciones y la guerrilla terminaran imponiendo un gobierno auténticamente popular revolucionario a través de la insurrección de todo el pueblo, dirigida por un frente de liberación.

Onganía se había propuesto reorganizar a la sociedad argentina sin las molestias populistas. Se identificaba con la "generación del 80" que a fines del siglo pasado sentó las bases para la expansión agropecuaria. Pero en 1880 el antiguo populismo, remanente del federalismo, era un fenómeno en extinción y todavía no existía el radicalismo, que naciera después de la revolución de 1890.

En cambio, en 1966 existían en Argentina tanto el peronismo y el radicalismo, como fuerzas marxistas. Y con la peculiaridad que dentro del peronismo se había desarrollado una impetuosa corriente nacionalista revolucionaria, impregnada de socialismo, cuyo espejo era Cuba.

El gran error de Onganía, como diría Lanusse en 1971 fue "meter a todos en la misma bolsa", o sea, no saber distinguir entre oposición burguesa y oposición revolucionaria. Por lo tanto, para Lanusse se trataba, ante todo, de llegar a un acuerdo con el radicalismo al tiempo que marchaba hacia la creación de una fuerza de centro derecha que actuase como polo de atracción en las capas medias y eventualmente se convirtiese en árbitro político entre radicales y peronistas. Esa tarea la asumió su exministro Manrique fundando un partido, la Alianza Popular Federalista (A.P.F.). El Gran Acuerdo Nacional o G.A.N., consistía en lo siguiente: por un lado las fuerzas armadas garantizaban al peronismo y al radicalismo el llamado a elecciones, por otro lado, esos partidos se comprometían a dar amplia base de sustentación al nuevo gobierno. Fueron los "cinco puntos" de Lanusse, que incluían la proscripción de Perón, figura irritante para los altos mandos militares.

El **staff** lanussista, representativo de una fracción oligárquica fuertemente ligada al mercado europeo y relativamente antiyanqui, pensaba en el acuerdo con el peronismo y el radicalismo no sólo en términos políticos sino también económicos. Por eso entre Lanusse y el presidente de la C.G.E., Gelbard, había también acuerdos en lo que se refiere a una política económica de distanciamiento sin ruptura con los Estados Unidos, de recuperación del mercado europeo y de apertura a los mercados socialistas. Y esto era aún más importante si se tiene en cuenta que la C.G.E. expresaba programáticamente posiciones afines al peronismo y al radicalismo.

Pero lo esencial era lo político. Y en esa maniobra había un componente decisivo: garantizar el repliegue ordenado de la institución que garantiza en última instancia la existencia del Estado burgués terrateniente argentino, esto es las fuerzas armadas. Se trataba de trasladar a los partidos populistas la responsabilidad por el "orden" en el país.

En su conjunto el G.A.N. buscaba:

a) Aislar a la izquierda revolucionaria que se había desarrollado dentro y fuera del peronismo, atrayendo a las corrientes moderadas que coincidían en que sólo con elecciones se frenaba una posible insurrección popular.

b) Aislada la izquierda, obligar al peronismo y al radicalismo (y con ello al resto de los partidos moderados) a firmar un acuerdo escrito de colaboración postelectoral entre los partidos y las fuerzas armadas, que el lanussismo sintetizó en los "cinco puntos".

c) Apoyar desde el gobierno la formación de un partido de centro derecha, y en caso de fracasar apoyar en lo posible al radicalismo contra el peronismo.

d) Aceptar el peronismo "con Perón pero sin permitir a Perón ser candidato".

e) Reagrupar a las fuerzas armadas bajo esta estrategia, volver a los "cuarteles", restablecer la jerarquía y diseñar una política represiva cuya responsabilidad política recaería en el nuevo gobierno constitucional.

En el plano internacional Lanusse produjo cambios sustanciales, anulando la anterior línea de "fronteras ideológicas". Ante todo, precisó que "el país se abría al mundo sin prejuicios ideológicos" y en 1972, después del primer viaje de Kissinger a China, reconoció a la República Popular China, eventual mercado para las carnes y el trigo argentinos. En 1971 se entrevistó con Allende, Presidente de Chile y estableció buenas relaciones con Torres, Presidente de Bolivia, con los cuales acordó apoyar el Pacto Subregional Andino.

El G.A.N. lógicamente, no excluía la profundización de la represión contra los revolucionarios: mientras se negociaba con la oposición burguesa continuaban los asesinatos y detenciones de militantes revolucionarios, que culminó con el fusilamiento en agosto de 1972 de un grupo de presos políticos en la cárcel de Trelew. Fue el 22 de agosto una fecha que no olvidará la izquierda argentina.

Y esta búsqueda de "estabilidad institucional" por parte del lanussismo, se procesaba en medio de una crisis económica extremadamente grave. Pero la gran burguesía argentina no estaba demasiado preocupada por ello, porque había llegado a la conclusión de que la solución era ante todo política: impedir la revolución, ganar tiempo para reagruparse y obligar a la oposición burguesa a asumir el papel de "bombero" de esa revolución que ella misma había estimulado desde 1969 como "chantaje" a la dictadura para obligarla a la convocatoria electoral. Llegamos así a 1973: hubo elecciones, triunfó el FREJULI, el bloque hegemonizado por el peronismo; Perón retorna al país y es reelegido

presidente a fines de 1973, luego de dislocar al camporismo, la versión radicalizada del propio peronismo.

Es interesante recordar que en la primera fase del FREJULI (agosto 1972-junio 1973) se destaca como articuladora la fracción "camporista" del peronismo, fracción que expresa al peronismo revolucionario del aparato político, y al programa de Gelbard y a Montoneros. Este bloque no tiene apoyo sindical. Es desalojado en junio de 1973 del gobierno por el propio Perón quien busca restablecer su hegemonía en el partido, en el FREJULI y en el Estado.

El desalojo del camporismo y el ascenso del gobierno de Perón, con apoyo de la CGT, es **el intento "cesarista" de reequilibrar la sociedad política.** Este intento fracasará y en 1976 se producirá el golpe militar que restablece el "viejo orden".

El "malentendido" fundamental de la izquierda argentina, peronista o marxista, consistió esencialmente en no entender que el ascenso de masas antidictatorial entre 1969 y 1972 fue canalizado por dos fuerzas nacional democráticas reformistas: el peronismo y el radicalismo. La izquierda —ya sea por su propio origen peronista o por su infantilismo izquierdista— no pudo comprender que a partir de 1973, con el triunfo electoral del peronismo, debía modificar sustancialmente su táctica y pasar de una táctica de ofensiva frontal, válida durante la dictadura militar (1966-1973) cuando contaba con la simpatía popular a una táctica de profundización del proceso democrático y de alternativa superadora del proyecto de Perón, buscando atraer a las masas hacia esta nueva alternativa. Es que, en 1973, la izquierda radicalizada era absoluta minoría.

Esto incluía una alta dosis de sangre fría, porque el plan golpista estaba en marcha; los asesinatos de militares de izquierda continuaban; pero era la única táctica para no quedar aislados de las masas, especialmente peronistas. No se trataba de conciliar con el gobierno peronista, pero sí de evitar a cualquier precio enfrentarse aisladamente con él, evitar siempre colocar como enemigo principal al gobierno (aunque dentro de él creciese la **mafia** lópez-reguista) porque la mayoría de la clase obrera estaba con Perón y con el peronismo oficial.

Desde ángulos distintos, desde dentro del peronismo o desde afuera, la nueva izquierda argentina, surgida desde 1969 con el "cordobazo", cometió el grave error de enfrentar al mismo tiempo al gobierno y a la oligarquía. Esto se manifestó a través de formas concretas: el ERP, por ejemplo, continúa sus

operaciones militares contra las fuerzas armadas, lo que facilita las maniobras de la oficialidad derechista entre la tropa y cuerpos de mando; y la izquierda peronista embarcándose en una lucha sorda e incomprensible para las masas trabajadoras con el propio Perón.

Pero, en la base de estos errores trágicos, que llevaron a la izquierda argentina a practicar un militarismo delirante y caer prácticamente en el terrorismo foquista (aunque desde Montoneros se hicieron esfuerzos fútiles para evitarlo) está la incompresión de "cómo" la clase obrera argentina había vivido los años 1969-1973. La nueva izquierda argentina —compuesta por miles de jóvenes de origen estudiantil, obrero, campesino y villero— nació como expresión generacional dentro de un proceso de izquierdización masiva de los trabajadores y el pueblo argentino, que abarcó no sólo al peronismo, sino también al radicalismo, al socialcristianismo, al movimiento estudiantil y las propias fuerzas armadas.

Un rasgo de este proceso, producto de la defección de la antigua dirigencia sindical y los partidos tradicionales ante la dictadura militar, fue el creciente protagonismo de las masas, que durante los años 1969-1972 van gestando nuevas direcciones por fábrica, oficinas, región rural, facultades universitarias, escuelas secundarias, etcétera. Y luchando simultáneamente por democratizar las instituciones existentes (comisiones internas de fábrica, cuerpos de delegados, comisiones directivas de los sindicatos) o creando nuevas organizaciones (como las Ligas Agrarias en el norte y noroeste del país) en oposición a las organizaciones existentes.

No fue la guerrilla urbana el eje de la resistencia popular; fue sólo un "complemento" a la forma de lucha más desarrollada; esto es, la manifestación combativa y la ocupación de áreas urbanas y las marchas rurales, que demostraban la sabiduría del pueblo, porque le permitía, evitando el enfrentamiento abierto a las fuerzas armadas penetrar en las zonas más vulnerables del aparato estatal.

Las masas populares —fundidas en la lucha antidictatorial— buscaban dislocar el sistema de represión, conquistar "zonas de libertad" y, a través de su acción, atraer a una parte de las fuerzas armadas para obligar a la dictadura a retirarse y convocar a elecciones libres. Esto, junto a la exigencia de cambios profundos en la sociedad argentina: antioligárquicos y antimperialistas; por una democracia política, como condición para conquistar la democracia en lo social, y en lo económico. La crisis económica crónica fue la matriz que impidió a la dictadura militar reaccionar. La resistencia obrera como símbolo

de un pueblo que quería la democracia para organizarse mejor y erradicar las causas estructurales de esa crisis que generaba dependencia y miseria.

La temática de la "democracia de base" pasó a ser reflexión popular en el seno del pueblo. Donde con mayor profundidad política se plantea el tema es en la industria cordobesa, especialmente la automotriz. Un nuevo estilo de discusión y toma de decisiones a través de los cuerpos de delegados, comisión interna y comisión directiva del sindicato, se fueron generalizando, primero en Córdoba, luego en otras zonas del país (especialmente como hemos visto en la región siderúrgica del sur de la provincia de Santa Fe y norte de la de Buenos Aires) y también en fábricas de la capital federal y el Gran Buenos Aires.

Tanto el clasismo, "el sindicalismo de liberación", como el peronismo combativo lograron así conquistar posiciones y la burocracia sindical tradicional se vio, aunque todavía con el control de la mayoría de los sindicatos nacionales, ante una peligrosa mutación de las reglas del juego. Es que el autoritarismo burocrático sindical era ahora cuestionado desde las mismas instituciones obreras, con ideas socialistas.

Dos instituciones obreras fueron dotadas de nuevos contenidos: la comisión interna y el cuerpo de delegados, que ahora dejan de ser apéndices de las comisiones directivas de los sindicatos para convertirse en eslabón entre la asamblea obrera y las comisiones directivas. Este fenómeno, aunque todavía incipiente, se desarrolló lamentablemente después del intento de construir una CGT combativa (la CGT de los argentinos en 1968), pero bastó para indicar que en la clase obrera, especialmente sus fracciones más cultas, mejor pagadas, más jóvenes, comenzaba un proceso de implantación de ideologías socialistas. La cuestión de la democracia sindical se convirtió en la palanca fundamental que podía posibilitar que ahora se correspondiesen la histórica combatividad y nivel de organización de la clase obrera con niveles de conciencia de clase socialista. Por primera vez, desde 1945, el socialismo parece implantarse con éxito como ideología explicativa de la realidad y modelo de nueva sociedad. En Córdoba, entre 1970 y 1973, era ya "normal" que multitudinarias asambleas obreras (a veces con diez mil presentes), en la industria automotriz, girasen alrededor de la relación entre luchas por reivindicaciones por la democracia y por el socialismo.

Sin embargo, este fenómeno presentaba una peculiaridad original: excepto núcleos muy avanzados dentro de la clase, gran parte de los trabajadores

tendían a identificar la implantación de una sociedad más justa, **como culminación histórica del movimiento peronista, con Perón a la cabeza.**

Por eso, cuando se dice que la pequeña burguesía radicalizada que ingresó masivamente al peronismo entre 1971-1972 fue responsable de haber sembrado la ilusión de un "Perón socialista", se afirma algo sólo parcialmente verdadero. Es cierto que la exaltación de base pequeño burguesa por Perón asumió rasgos infantilistas. Pero esa exaltación era al mismo tiempo un producto mitificado de lo que sucedía en la clase obrera, con los componentes ideológicos de izquierda que Perón integró, subordinadamente, en su proyecto nacionalista reformista.

Por eso mismo el proceso en su conjunto, vivido a través de formas particulares en la clase obrera y el estudiantado, era esencialmente positivo; era el único proceso real que creaba las condiciones para la formación de un auténtico movimiento socialista con base obrera en Argentina. El proletariado "acentuaba" el lado anticapitalista de la doctrina de Perón sin romper con Perón. La pequeña burguesía, directamente convertía a Perón en socialista, fuente de futuras desilusiones. Pero en su unidad diferenciada, era un único proceso, parte integrante de lo que será el FREJULI.

Importantes fracciones de clase obrera pensaban en términos de clase cada vez más como socialistas, pero en tanto clase integrada en el frente del pueblo pensaban como peronistas. Luego, el primer dato para captar correctamente la relación de fuerza en 1973, era comprender que para que el proletariado superase a Perón, debía pasar por la etapa de intentar superar la "oligarquía" con Perón y no contra Perón. No comprender esto —que exigía mucha sangre fría— y en cambio llamar a lucha en 1973 contra el "Perón burgués", fue el principal error del PRT-ERP, puesto que inmediatamente se aisló de la clase obrera. Pero, ¿Podría el peronismo revolucionario, particularmente los Montoneros, ser capaz de "hacer abstracción" de su peculiar situación como ala de izquierda del movimiento policlasista y comprender exactamente ese estado de ánimo y ese grado de conciencia concreto de la clase obrera? Esta pregunta interesa contestarla ahora.

El peronismo revolucionario, catapultado antes del triunfo electoral del FREJULI a posiciones importantes dentro del propio peronismo en la fase de gobierno camporista (mayo-junio 1973), fue colocado después del retorno de Perón a la presidencia, ante la disyuntiva de capitular o buscar un camino para continuar la lucha en la nueva situación. Con Perón presidente, trató de eludir una batalla frontal con el jefe carismático, pero le fue imposible, por-

que era parte de un movimiento policlasista que se descomponía, lo que agudizaba la lucha interna por el control del movimiento y del gobierno. O dicho en otros términos, los Montoneros sólo podían haber considerado al peronismo como el "aliado nacionalista reformista" si ellos mismos no hubieran sido peronistas. Pero, obviamente, tal modelo de alianzas no se podían dar en Argentina en 1973-1976.

La "realidad" obrera, es decir, el apoyo a Perón por los trabajadores fue la causa última que a través de intermediaciones ideológicas, generó el desgarramiento psicológico de decenas de miles de jóvenes que ingresaron al peronismo creyendo que Perón era "socialista" y terminaron desesperados ante la realidad de un líder nacionalista envejecido a quien, peronista de derecha, el círculo López Rega empujaba a la lucha contra la "tendencia", es decir, contra los Montoneros y sus organizaciones de masas. Mientras tanto, durante 1973-1975 la clase obrera concentra sus esfuerzos en garantizar sus posiciones dentro de las fábricas por medio del respeto patronal a sus comisiones internas, contra los despidos arbitrarios por mejores condiciones de trabajo y, en algunas empresas del Estado (Luz y Fuerza, Agua y Energía), se impulsa la cogestión.

En julio de 1975, cuando la inflación es galopante, se movilizará contra Rodrigo, Ministro de Economía del gobierno de Isabel, por mayores salarios. Es que la clase obrera se mostraba temerosa de acelerar con movilizaciones la crisis del peronismo y contribuir involuntariamente a un retorno "oligárquico".

El hecho de que la clase obrera no se movilizase masivamente por reivindicaciones económicas durante el gobierno de Perón, respondía también a mejoras salariales logradas durante el gobierno de Cámpora, mientras que el deterioro se procesa centralmente en la pequeña burguesía urbana. Lógicamente, la "expectativa" obrera, al tiempo que desmejoraba la condición de vida de la pequeña burguesía, facilitaba que la oligarquía introdujese una cuña entre obreros y la pequeña burguesía, debilitando aún más la precaria convergencia de clases que se expresaba en la convivencia peronista radical, que Perón y Balbin trataban de fomentar.

Si bien la clase obrera argentina había iniciado entre 1970 y 1972 un proceso de avance en la conciencia de clase éste se desarrolla principalmente dentro del peronismo, por lo tanto era inevitable que cualquier alternativa socialista debiese también procesar paralelamente a la crisis del peronismo, pero su éxito dependía de que esa "crisis peronista" se manifestase como parte de

una lucha clara contra el enemigo principal: el bloque social dominante desalojado del gobierno, pero con fuertes posiciones en el Estado.

El proceso fue justamente a la inversa, dado que la crisis del peronismo apareció frente al pueblo como el "caos" y no como impotencia del proyecto de Perón para liquidar como clase al bloque social dominante. Y esto era inevitable dada la hegemonía ideológica del proyecto de Perón en las masas trabajadoras y el "izquierdismo" predominante en la mayoría de la izquierda argentina. Si bien tanto en algunas fábricas, en las Ligas Agrarias y en el movimiento estudiantil, las corrientes revolucionarias habrían logrado dar importantes pasos, faltaba mucho para decidir un cambio en la correlación de fuerzas en la sociedad argentina. Por último si bien en las fuerzas armadas había surgido una corriente "peronista", ésta era minoritaria, frente a una oficialidad que en su mayoría seguía disciplinadamente el repliegue táctico de la cúpula reaccionaria.

Lo original de la situación, sin embargo, no se limitaba a ese gobierno nacionalista, reformista y peronista que forcejaba entre la revolución y la contrarrevolución. Lo original era aún más complejo en sus determinaciones y puede sintetizarse así: crisis de hegemonía del bloque social dominante; hegemonía de los partidos nacional reformistas sobre las masas sin que esas masas, especialmente la clase obrera, se "adaptasen" a la política del FREJULI tanto por la persistencia de la crisis económica como por el grado de conciencia política del pueblo argentino sobre el carácter reaccionario de la cúpula de las fuerzas armadas. Esta situación empujaba a un desenlace, entre llevar adelante la revolución de liberación nacional y social o prever un contragolpe derechista; esto último "lo intuía" la clase obrera, sobre todo por los sucesos contrarrevolucionarios en Uruguay, Bolivia y Chile. Pero la "intuición" es sólo un buen punto de partida y faltaba mucho para que se transformase en voluntad revolucionaria, en la "plasmación" de un bloque nacional popular hegemonizado por la clase obrera.

En síntesis: la izquierda peronista o no peronista, sin capitular frente al gobierno debió haberse trazado una línea audaz de acumular fuerzas en los marcos del régimen constitucional; profundizando en la democracia, movilizando al pueblo por sus reivindicaciones y fortaleciendo sus organizaciones. Era el único camino que hubiera posibilitado una polarización de fuerzas correctas y, eventualmente, enfrentar al golpe militar con las masas.

La muerte de Perón el 1o. de julio de 1974, aceleró la crisis del gobierno peronista, facilitando que avanzaran sobre el gobierno las alas lópez-reguistas

y vandoristas. El gobierno de Isabel pasó a avalar abiertamente la represión contra la izquierda revolucionaria, planificada en el Pentágono y aplicada centralmente por las fuerzas armadas argentinas con la colaboración de las bandas lópez-reguistas. El plan del Ministro de Economía, Gelbard, que contenía ideas antioligárquicas y de control sobre el capital extranjero, fue desechado, y el propio Gelbard debió renunciar.

Así, el cesarismo peronista, transformado después de la muerte de Perón en caricatura por el grupo isabelino, cayó sin pena ni gloria. Pero la caída también arrastró a la izquierda revolucionaria. Comenzó una etapa nueva de reconstitución temporal de control del Estado por el antiguo bloque dominante: una dictadura militar terrorista que aplica un programa económico neoliberal autoritario y que hoy también muestra signos de agotamiento, la antesala de una nueva crisis política en Argentina.

Esther Iglesias

La exposición que nos presenta el doctor Bagú aclara una serie de dudas teóricas. Desde su obra intitulada **Tiempo, realidad social y conocimiento,** pone en evidencia una teoría del fenómeno social que se encuentra radicalmente sobrepasada por la realidad; esa teoría elaborada en los centros culturales de occidente y traducida en América Latina al idioma vernáculo tiene un alto porcentaje de hallazgos y otro mucho mayor de culteranismo y artilugio profesional.

Entonces, como el propio autor reconoce, es necesario tomar la decisión de suspenderlo todo: los libros inconclusos, la tarea de cátedra; y repensar nuestra temática de principio a fin. Esta obra es el primer mensaje que invita a repensar en libertad.

El esquema que presenta hoy el profesor Bagú nos hace reflexionar sobre una serie de categorías para estudiar nuestra América Latina, que no sólo han sido olvidadas, sino muchas otras casi no analizadas. Es necesario utilizar herramientas teóricas extraídas de nuestra realidad.

El doctor Bagú presenta en un seminario de Dakar en 1972, un trabajo publicado en **Problemas del Subdesarrollado Latinoamericano** donde hace ver claro lo que hoy aquí es ya una especie de volver a repensar pero poniendo nuevos elementos; por ejemplo, el esfuerzo por estudiar dialécticamente la relación entre las clases es muy importante; más aún, el esfuerzo de estudiar dialécticamente la relación de las clases dentro de una estratificación interna es una importante aportación al análisis.

El aporte del doctor Bagú queda totalmente acabado en la exposición de hoy cuando habla del problema generacional. Yo creo que la variable generacional debe estudiarse dentro del movimiento de la juventud, que no es un sim-

ple movimiento de la juventud sino que corresponde a una determinada etapa: a la tercera o cuarta generación de inmigrantes en Argentina. Godio incluso lo ha analizado después cuando le llama clase nacional.

Si tratáramos de unir la ponencia del doctor Bagú con la que nos ha presentado Julio Godio, sería bueno recordar que América Latina no es un todo, a pesar de que a veces se quiere ver como tal. América Latina fue rebalcanizada por los españoles porque ya estaba balcanizada antes por los indios; esto es algo importante para quienes se ponen a reflexionar sobre la idea de Nación; y en relación a ello, creo que lo que se presentó aquí respecto a Argentina es bastante singular para América Latina, pues habría que preguntarse si realmente es parte de otros movimientos que se podrían haber dado, o si esa dimensión histórica y geográfica es nacional o regional.

Cuando Godio hacía alusión a que en algunas regiones las ligas agrarias se manifiestan contra los terratenientes, yo me preguntaba cuáles terratenientes: ¿los de la pampa húmeda o los de la pampa seca? pues los terratenientes de la pampa húmeda corresponden a otra etapa generacional totalmente diferente; es decir, que no son arrendatarios sino subarrendatarios.

Realmente existen diferentes regiones dentro de un marco nacional. Como dice el doctor Bagú, el marco nacional es un marco que no fue integrado totalmente dentro de las economías capitalistas dependientes al mismo tiempo, sino que se fue integrando de manera diferente y diacrónica, anacrónicamente incluso, como el ejemplo de la pampa seca, la cual se integra más tardíamente al mercado como economía cerealera. Esto me hace pensar en la necesidad de volver sobre las categorías teóricas en el momento en que se está estructurando la historia.

Otro de los problemas que encuentro es el tipo mismo de trabajo intelectual que se ha hecho aquí durante años, divorciando las categorías teóricas de la aplicación de éstas cuando analizamos la realidad; es decir, nos olvidamos de dinamizar nuestro análisis. Por ejemplo, cuando Godio habla de la clase rural —que yo creo que no existe—, debiera aclarar bien quiénes la integran; qué capas, qué sectores de los propietarios de grandes tierras, y si hacen alianza o no con el aparato del Estado.

Por otra parte, coincido en que es necesario señalar los errores que hicieron perder la línea que la propia clase obrera pretendía seguir con su propia dinámica. Ahora bien, creo que Julio Godio nos hace una sugerencia bastante buena: repensar que la izquierda se equivocó al alejarse de la clase

obrera; pero sería bueno también repensar y revivir la trayectoria de la clase obrera en relación, ahora sí, a las juventudes y también repensar a la clase obrera no sólo en la coyuntura, sino en toda su trayectoria.

La relación entre masa marginal y sector obrero más calificado es un ejemplo al respecto. Cuando aborda el caso de los obreros de la industria automotriz de Villa Constitución o de Córdoba comparándolos con los de Buenos Aires deja de establecer sus diferencias. Pero en el caso de Chile es donde el análisis cobra una dimensión nueva, y propone estudiar la clase desde adentro; es decir, que el individuo se inserte directamente en la clase y así haga el análisis mediante grupos intermedios, uno de los cuales es el familiar. No hay una sociedad medianamente compleja, con un sólo sistema de clases, sino una constelación de sistemas que se ordenan en uno global. Creo que esto realmente es muy importante.

Cuando nos decía el doctor Bagú que es importante estudiar la familia obrera desde adentro, quiere decir que no es sólo meterse en la clase y compararla con otras clases sino meterse de manera que la clase nos deje observarla.

Incluso se debe dejar que hable la clase, no sólo a través de los testimonios de huelgas y protestas sino a través de otro tipo de testimonios que pueden ser los familiares, los testimonios de la dinámica de la familia, que cómo tal, se va imbricando en todo un contexto de clase. Así encontraríamos no sólo una clase obrera, sino diferentes clases obreras, y nos sorprenderíamos enormemente de haberle puesto rótulos a clases populares que no sabíamos que también estaban dentro de la clase obrera.

El doctor Bagú también presenta la importancia del papel de la mujer como elemento decisivo en el núcleo familiar y social; y también dentro del aparato productivo y de la estructura social, cruzadas ambas variables.

Sería muy importante tener en cuenta también lo que aportan ese tipo de estudios.

Georgina Naufal

Entraré en materia abordando un aspecto del movimiento obrero al que el maestro Sergio Bagú hizo referencia y que, como lo dijo, ha sido poco tratado por los especialistas. Me refiero al problema de los conflictos intersindicales.

Considero que el término "fracciones de clase" para definir los conflictos intersindicales puede llevarnos a un terreno puramente económico, a partir del cual se corre el riesgo de no distinguir las diferencias que hay entre uno y otro sector del proletariado en los mismos términos en que las diferentes fracciones de la burguesía se enfrentan entre sí por un mayor margen de ganancia. Así tendríamos que el proletariado registra enfrentamientos entre sus sectores para obtener mejores condiciones de vida y de trabajo; situación que se desprende de las mismas condiciones de acumulación de capital.

Es decir, podríamos suponer que una parte de los conflictos intersindicales obedecen a enfrentamientos entre el proletariado de la pequeña y mediana empresa contra el proletariado de la grande o monopólica, pues este último sector representaría a la "aristocracia obrera". Sin embargo, en toda esta argumentación no se toma en cuenta que tanto el proletariado de una pequeña, como el de una mediana o gran empresa es explotado por el capital, sea éste de la rama o sector que se quiera, y por lo tanto todos son creadores de plusvalía.

Por el contrario, cuando hablamos de diferencias entre fracciones de clase de la misma burguesía tenemos que cada vez es más clara la tendencia al fortalecimiento del capital monopólico en detrimento de las fracciones de la pequeña y mediana burguesía, lo cual como se sabe, corresponde al fenómeno de la concentración y centralización de capital; aquí sí es posible hablar de diferencias entre las fracciones de la burguesía porque de esto depende

no sólo la lucha por una mayor cuota de ganancia sino incluso por la supervivencia fracción por fracción.

En el caso del proletariado, éste no pierde su condición de clase aun cuando pertenezca a la empresa monopólica; si acaso corre el riesgo de quedar desempleado en el supuesto de que la pequeña o mediana empresa fuese absorbida por el gran capital; también es posible que los intereses de un sector de la clase obrera coincidan más con los del patrón que con los de su propia clase, pero esto se da independientemente del tipo de empresa a la que pertenece.

Así pues, considero sólo como hipótesis, y esperaría a ver qué estudios lo comprueban, que la causa y origen de los conflictos intersindicales obedece fundamentalmente a factores políticos e ideológicos, o en otros términos a factores superestructurales surgidos, no tanto por la diferencia económica o de condiciones de vida y de trabajo al interior de la clase, como por la existencia de diferentes corrientes sindicales al interior del movimiento obrero, algunas de las cuales están más ligadas a los intereses patronales y gubernamentales, y frente a otras con aspiraciones surgidas desde la propia clase obrera.

De otro lado, no todos los conflictos intersindicales son producto de las diferencias entre corrientes anti y propatronales o gobiernistas y antigobiernistas, sino que también surgen entre las diferentes corrientes que se pueden observar en el seno de la clase obrera y que dan lugar a enfrentamientos por la conducción del movimiento, las demandas, las tácticas, etcétera.

Lo anterior no quiere decir que no existan diferencias económicas, de vida y de trabajo al interior de la clase obrera; por el contrario, esta heterogeneidad caracteriza al proletariado de América Latina; sin embargo, a mi juicio estas diferencias sirven para que en sus luchas el movimiento obrero se proponga igualar y/o mejorar las condiciones de su venta de fuerza de trabajo a las de otros sectores productivos, presionando con ello al capital.

Esta heterogeneidad, característica de la población trabajadora, es producto del desarrollo desigual y combinado del capitalismo en nuestros países. Tan sólo hay que comparar la proporción de trabajadores sindicalizados con la de los que no lo están para darnos cuenta del atraso organizativo de los grandes segmentos del proletariado. Sin embargo, el que la burguesía se aproveche de estas diferencias y las profundice e incluso las induzca no equivale a que éstas sean propias de la clase; por el contrario hay base para pen-

sar que la burguesía hasta las impone. No obstante ello, en las luchas obreras hay muestras relevantes de solidaridad y ayuda mutua entre el proletariado de distintas ramas, sectores y condiciones de vida y trabajo, tendencia cada vez más fuerte en el seno del movimiento obrero.

Otro aspecto importante que quiero incorporar en mi intervención es el que se ha mencionado aquí sobre la influencia que otros sectores de la población ejercen sobre la clase obrera. Es acertado hablar de la influencia del intelectual y de los sectores juveniles en el movimiento obrero, pero agregaría que la influencia de los movimientos campesino y popular es y ha sido clave en las luchas del pueblo trabajador latinoamericano. Esto es así porque los campesinos, por lo menos hasta hace una década, eran el sector mayoritario de la población trabajadora y aún hoy que son menos debido a su creciente lumpenización y proletarización influyen en las luchas, movilizaciones y organizaciones obreras al incorporar a los programas obreros demandas específicamente campesinas como la lucha por la tierra, el crédito, el agua, etcétera, y abandonando aquella vieja postura en la que el campesino aparecía ante los ojos del intelectual como pequeño burgués y por tanto ajeno a los intereses obreros.

Hoy las coincidencias con sectores igualmente explotados permiten que haya acciones comunes en la lucha por la satisfacción de demandas como el respeto a la democratización de sus organizaciones y particularmente sobre los métodos de lucha y organización. Igual ocurre con los movimientos populares, donde una buena parte de los colonos, por ejemplo, son trabajadores industriales carentes de condiciones de vida medianamente aceptables y por ello a pesar de lo específico de sus demandas, éstas son incorporadas a las luchas obreras y pasan a formar parte de la vanguardia de los explotados.

En México los movimientos campesino y popular han dejado huella en el movimiento obrero y contribuido a su desarrollo por cuanto han influido en su organización y métodos de lucha; el caso más reciente lo constituye la experiencia de los frentes amplios de masas. La idea de organización frentista surge a principios de la década pasada principalmente entre campesinos y colonos (Comité de Defensa Popular de Chihuahua, Frentes Locales de Zacatecas, Oaxaca, Morelos, etcétera), algunos con orientaciones comunistas y maoista. Posteriormente, conforme se generalizan las luchas obreras y se requiere de un mayor apoyo de la población trabajadora, el proletariado hace suya dicha

forma de organización y se lanza a crear Frentes y Coordinadoras de Masas. El caso más significativo lo constituyó en 1976 el Frente Nacional de Acción Popular (FNAP) integrado principalmente por trabajadores electricistas, ferrocarrileros, universitarios, cañeros y colonos, además de estudiantes e intelectuales.

Un tercer punto de mi comentario se refiere a la influencia de la izquierda en el desarrollo y avance del movimiento obrero. Este ha sido un tema al que reiteradamente se han referido los participantes en este Seminario tanto para destacar sus aciertos como para criticar sus errores, lo cual como dijo acertadamente Esther Iglesias amerita una discusión específica sobre el problema, en particular sobre cuál ha sido el vínculo entre Estado, movimiento obrero y partidos u organizaciones políticas; porque evidentemente hay todo un material para discutir al respecto.

A mi juicio, la izquierda ha jugado un papel determinante en las acciones del movimiento obrero, vale la pena adelantar algunas reflexiones al respecto sobre el caso de México.

Durante la década pasada, el papel de la izquierda en el movimiento obrero contribuyó para poner en tela de juicio al sindicalismo oficial burocratizado o incorporado al Estado; también, y es lo más importante, echa por tierra las concepciones de la ideología nacionalista de la Revolución Mexicana, lo cual ha permitido un cuestionamiento al Estado mismo y abierto la posibilidad de que tanto la clase obrera como la izquierda arriben a una fase distinta con una mayor independencia política e ideológica del Estado. Esto se ha venido expresando con el impulso a tácticas como la insurgencia sindical o independencia sindical y posteriormente en una lucha por la democracia de las organizaciones sindicales y políticas. A la izquierda la ligazón con el movimiento obrero le ha permitido avanzar y definir mejor sus tácticas y estrategias de lucha, proceso aún en vías de desarrollo.

En conclusión, es a partir de este contexto en que se puede conocer y evaluar que la izquierda ha jugado y juega un papel importante en esta coyuntura. Sin embargo, para que esta lucha no se quede en proceso, la izquierda tiene que entrar con proyectos alternativos globales que le permitan recuperar las experiencias de los trabajadores y de ahí derivar la línea política que le lleve a encauzar el movimiento hacia la lucha decisiva contra el capital, incorporando a las clases explotadas, elemento fundamental de la lucha revolucionaria, y a todos los sectores aliados: intelectuales, juveniles, estudiantes, universitarios, sectores no productivos, etcétera. Este es pues el desafío que la

izquierda mexicana tiene que plantearse como lo ha hecho en algunos otros países de América Latina.

Otro aspecto que me mueve a una breve reflexión porque su análisis se ha descuidado es el de las demandas obreras. Los estudios existentes pocas veces ubican las demandas en el contexto en el que surgen y las causas que las motivan, de ahí que muchos de estos trabajos tiendan a encuadrar y calificar las demandas en políticas o económicas, pretendiendo con ello definir el avance, estancamiento o retroceso del movimiento obrero. Así cuando se presenta una demanda por aumentos salariales, mejores prestaciones etcétera, se llega al extremo de caracterizar al movimiento como atrasado por economicista. Sin embargo, si se hace referencia a la coyuntura política y económica y a la tradición de lucha del movimiento obrero, contexto en el que surgen y se plantean tales demandas, se verá que tal apreciación es equivocada.

En un estudio sobre los conflictos laborales en México durante 1970-1980, elaborado en el Instituto de Investigaciones Económicas, se observa que éstos surgen básicamente por demandas económicas: aumentos salariales y mejores prestaciones, como reacción a la política de los topes salariales impuesta por el Estado. La lucha política que implica enfrentar al Estado para arrebatarle un mejor salario y condiciones de vida y trabajo permite que el obrero identifique a sus enemigos de clase. Asimismo, a partir de que las demandas adquieren un giro político surge la necesidad de democratización de los sindicatos, por tanto cada vez es mayor el cuestionamiento de los líderes tradicionales, líderes vinculados directamente al gobierno y a los patrones.

Esta crítica a la burocracia oficial ha permitido que el Estado haya tenido que ampliar sus marcos de tolerancia hacia las fuerzas opositoras al sindicalismo oficial. Cabe mencionar que durante este período (1970-80) no sólo se da la huelga legal sino también la huelga ilegal y, de hecho, en el período por primera vez muchos sindicatos se lanzan a la huelga a pesar de sus líderes. Asimismo, son reiteradas las movilizaciones, los paros, los mitines, las denuncias, las marchas, las manifestaciones, etcétera.

En otras palabras, en situaciones de crisis económica, de mayor deterioro de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, las demandas económicas se transforman en políticas permitiendo que la clase obrera madure y avance incorporando a sus luchas y acciones la experiencia acumulada y la creatividad que hace posible los saltos cualitativos en su conciencia de clase y en sus conquistas.

Los conflictos internos dentro de la clase, en ciertas condiciones, adquieren proyecciones políticas. La interpretación del conflicto mismo está sujeta a opiniones divergentes. Por otra parte, es muy difícil encerrar el conjunto de los conflictos entre sectores de la clase obrera dentro de un solo ámbito de teorizaciones, es decir, tratar de darle una explicación global a todo.

Los conflictos existen y pueden llegar a ser bastante grandes en la dinámica misma del desarrollo de la clase obrera. La dinámica de la relación de la clase con las otras clases va produciendo una diferenciación de intereses que en ciertas condiciones y en ciertos climas ideológicos y políticos, se transforma en un conflicto que puede ser un conflicto abierto y a veces sangriento. La historia obrera es ya una historia larga, como lo es en la Europa capitalista, en Estados Unidos, en Canadá y en América Latina, donde además, hay muchos casos de conflictos directos entre sectores de clase, no solamente conflictos entre una masa obrera y sus dirigentes sino otro tipo de conflictos que podríamos calificar como más radicales, como más profundos y graves.

Por ejemplo, un tipo de conflicto que aparece con mucha frecuencia es el de los obreros agremiados y los inmigrantes obreros que tratan de incorporarse por primera vez a una región determinada, a una estructura productiva, a una fuerza de producción; ese conflicto se produce con mucha frecuencia, existe actualmente en muchos lugares de América Latina, podría decirse que prácticamente en todos los lugares donde hay corrientes migratorias internas o a través de una frontera. Por ejemplo, en la frontera Colombia-Venezuela, en la frontera Colombia-Ecuador, en la frontera Bolivia-Argentina, en la frontera Chile-Argentina; donde llega el trabajador boliviano al norte de la Argentina, o el trabajador colombiano a Venezuela y trata de trabajar en lo que puede, pero se encuentra que en ese campo de trabajo hay una organización gremial,

y entonces aparece el conflicto obrero inmigrante con la organización gremial y con el obrero local amparado por esa organización gremial. Es un conflicto muy frecuente.

Hay otros conflictos que adquieren un carácter más marcadamente político, es decir, que se proyectan en el terreno político de una manera más directa, por ejemplo, hay un capítulo poco conocido pero muy elocuente: dentro del proceso de la Unidad Popular en Chile, están los obreros de la gran minería del cobre, particularmente los de las Minas del Norte Grande —que están cerca de la frontera con Perú—, tienen una organización sindical propia: La Federación de Obreros del Cobre que desde hace mucho tiempo es una organización sindical importante; los obreros del carbón del Lote Coronel en la Provincia de Concepción que tienen una organización sindical aún más antigua, que viene desde el Siglo XIX; la ubicación política, la forma de responder al proceso político, fue radicalmente distinta entre esos dos sectores obreros, aunque los dos son trabajadores mineros.

Los trabajadores de las minas del cobre, de la gran minería del Norte, no mostraron ninguna simpatía de carácter colectivo por el proceso de la Unidad Popular; el Estado nacionalizó las minas de cobre en el momento que se iniciaba el proceso nacionalista por iniciativa de la Unidad Popular. Los obreros tomaron frente a la administración de las minas nacionalizadas la misma posición que habían tomado frente a las empresas estadounidenses anteriores y reclamaron exactamente los mismos privilegios. Como la nueva administración no podía concederles los mismos privilegios, porque los hubiera transformado realmente en un grupo privilegiado dentro del proletariado chileno; como no podía aceptar la aplicación de ciertas legislaciones de excepción que protegían a los obreros del cobre, éstos constituyeron un foco obrero permanente de conflictos frente al Gobierno de la Unidad Popular.

Con un enorme esfuerzo financiero en un sistema político casi totalmente bloqueado económicamente desde el exterior, el Gobierno compró maquinaria nueva para la explotación del cobre y la remitió a las minas, pero había una antigua legislación que era en ese momento una conquista del movimiento obrero del tiempo de las empresas norteamericanas, que consistía en que cuando se introducía maquinaria nueva en la explotación se pagaba un salario diferencial y de privilegio que incluía horas de aprendizaje y una serie de cosas más. Los obreros del cobre exigieron la aplicación estricta de esa legislación. Si se hubiera aplicado, hubiera ocasionado de inmediato una inversión tal que durante un par de años por lo menos hubiera operado con pérdida y, en tal caso, mejor hubiera sido no llevar maquinaria a la explotación, disminuir la producción

y por lo tanto disminuir el ingreso fundamental que tenía el Estado (70 por ciento de su comercio exterior, por concepto de la colocación del cobre en el mercado exterior) en un momento de necesidad angustiosa de ingreso exterior.

Fueron completamente inútiles todas las misiones de orden ideológico y político que el régimen envió a los obreros de la gran minería del cobre para convencerlos de que no reclamaran la aplicación estricta y al pie de la letra de aquella legislación de excepción.

Los obreros del carbón, que tienen un nivel de vida bastante inferior a los del cobre, pero un nivel de politización enormemente superior fueron una de las masas más compacta de apoyo a todo el proceso y entraron en polémica pública con los obreros del cobre; en un momento determinado publicaron un documento, que es histórico, en el que como obreros del carbón, se enfrentaron a los obreros del cobre, y los acusaron de no haber hecho el menor aporte al proceso y al Gobierno de la Unidad Popular.

Este es sólo un caso, pero hay muchos otros, hay casos sangrientos, verdaderos levantamientos armados de obreros de una región contra obreros de otra región para impedir que transgredan las fronteras regionales. Y ¿Cómo podríamos nosotros caracterizar esto?. Lo podríamos caracterizar como conflictos entre grupos sociales dentro de la misma clase, y yo creo que es la caracterización correcta; también podríamos darle una caracterización distinta y esto es importante porque la lucha obrera no es una lucha pareja, igual, homogénea. La clase obrera es una clase que se va desarrollando en forma desigual y la conquista o lo que nosotros llamamos conquistas obreras, son conquistas efectuadas por una porción de la clase obrera, por un sector, en virtud de su propia lucha, en virtud de sus condiciones de trabajo, en virtud de la relación mano de obra-capital-nivel de tecnificación.

En una industria muy tecnificada, el costo de mano de obra es considerablemente menor al que aparece en una industria de muy poca tecnificación, de manera que el movimiento de los salarios lo maneja la empresa de una forma muy diferente. En una palabra, me parece que la experiencia histórica de la clase obrera en los países capitalistas está sujeta a las especificidades nacionales de la formación social porque si bien globalmente rigen las leyes del capitalismo, lo que pasa es que son leyes que tienen un acento propio según el tipo de capitalismo, que, en América Latina podríamos decir que es un capitalismo subalterno.

Pero, por último, es indudable que la línea de división de la burguesía no puede ser la misma que la línea de la división interna de la clase obrera, pero la división existe, y los conflictos existen. Mientras Georgina Naufal se expresaba, yo recordaba los conflictos de orden racial de los Estados Unidos. Concretamente el caso de varios alzamientos antinegros en el norte industrial a lo largo del Siglo.

En el análisis posterior del fenómeno, se ha encontrado que los activistas blancos que se han dirigido contra la masa negra, en una proporción considerable son obreros de piel blanca que mataban a obreros de piel negra. ¿Por qué llega el momento en que un obrero industrial de piel blanca quiere matar a un obrero industrial de piel negra?

Hay otros conflictos que no alcanzan ese nivel de gravedad, no cabe ninguna duda; el obrero francés a la llegada de los argelinos a Francia ha producido conflictos de este tipo, si no asesinatos callejeros, conflictos que son muy serios. La llegada a Inglaterra de los ciudadanos del antiguo Commonwealth que entran con un **status** favorable y tienen derecho a trabajar, ha ocasionado la reacción de algunos sectores obreros. ¿Y cómo juzgamos esto?

Desde luego tenemos que ver caso por caso y dar una explicación. Pero ¿Acaso podemos darla diciendo: aquí hay una conspiración de la burguesía que penetra a la clase obrera? Quizás, pero yo quiero hacer una advertencia: por lo menos vamos a reconocer que la clase obrera no vive en un vacío y que no es penetrada por la burguesía accidentalmente sino que es penetrada por la burguesía todos los días, las veinticuatro horas del día, porque la clase obrera vive en una sociedad burguesa y en la sociedad burguesa hay una cantidad de valores que impregnan a todo el mundo y otros valores que no impregnan a todo el mundo. La clase obrera crea sus propios valores, pero incorpora también valores que no le son propios, esto es incuestionable. La forma en que la clase obrera maneja su salario está condicionada por el sistema de valores parte del cual fue elaborado por ella misma y parte lo heredó de la sociedad ambiente. ¿Por qué la familia obrera corre a comprar un televisor de color con los primeros ahorros, si no es valor obrero el que la mueve sino, evidentemente, es un valor de otra naturaleza?

De manera que si nosotros decimos que es una conspiración de la burguesía, **en rigor no estamos diciendo mucho,** tenemos que precisar un poco más, si en realidad lo que queremos decir es que hay agentes de la burguesía que intervienen. En el caso de los obreros del cobre yo no lo sé, pero casi no necesito preguntar si había agentes de la CIA porque estoy completamen-

te seguro que los había; ¿Cómo se va a perder eso la CIA?. Estoy completamente seguro que también había agentes de la burguesía chilena, porque si hay una clase social dominante con una experiencia política más decantada, es la vieja oligarquía chilena que tiene una sabiduría política que podría alquilarla a las otras clases dirigentes latinoamericanas y cobrar mucho, porque sus miembros son extraordinariamente hábiles. Ya van varias veces, a lo largo de ciento cincuenta años, que ha parecido que se está muriendo y lo que en realidad estaba haciendo era preparándose para otro salto más, y sigue tan floreciente y jubilosa como en 1850. Hay una sabiduría política tremenda e infernal en eso. Por supuesto que con toda seguridad estaba haciendo lo posible por agudizar el conflicto, pero el conflicto no estaba prendido artificialmente ni por los agentes de la CIA, ni por los agentes de la gran burguesía chilena, como no lo está en ninguna parte del mundo. La observación que yo puedo hacer es que, por encima de eso, los intereses de los grupos específicos al interior de la clase obrera generan su propia dialéctica y ésta puede venir como anillo al dedo a la burguesía y sus movimientos de reacción.

Julio Godio

Como ya lo expresé, el concepto de crisis política es un concepto más limitado; se produce una crisis política cuando el Estado entra en contradicción con las formas de organización y movilización de grandes masas populares, sin que esto implique que están decididas a modificar la estructura misma del Estado, sino su comportamiento.

Esto es válido para los países latinoamericanos más grandes donde el movimiento obrero tiene una magnitud mayor y por lo mismo produce a veces rupturas parciales de legitimidad del Estado; por ejemplo, el movimiento sindical independiente en México; o el movimiento obrero en el Brasil, en Sao Paulo; o en el caso nuestro en Córdoba y de la siderurgia argentina.

Pero el que se produzca esto no quiere decir que necesariamente conduzca a una modificación de la estructura del Estado y, por lo tanto, del régimen de propiedad. Esta es la categoría teórica sacada de una experiencia concreta, aunque parcial. La considero aleccionadora porque ayuda a no confundir la relación de fuerza real que existe en la sociedad. Por lo tanto es válido calificarla como una situación revolucionaria negativa, al estilo de Gramsci, pues aunque la aplica a una situación diferente: un movimiento obrero que asciende a una crisis de legitimidad del Estado, yo traté de hacerlo cuando me refería a Acción Democrática, a la Constitución de un movimiento real, concreto y en disputa por la hegemonía, y así aproximarnos al problema del concepto estrecho, si se quiere, pero preciso de la crisis política.

Otro tema interesante es el problema de la mujer, que merecería un debate, pues el problema del feminismo está muy ligado al problema del movimiento obrero. En las textiles de Buenos Aires, donde hay una gran proporción de mujeres, hubo en el año 1972 una serie de seminarios que estaban

promovidos por núcleos que quedaron de la CGT sobre temas femeninos en el movimiento obrero.

Sobre eso no profundicé mucho pero me parece importante. Y, por último, para terminar, pienso que en el futuro, en el debate de la crisis política y el movimiento obrero habría que prestar más atención al peso e incidencia de las organizaciones internacionales en su seno, porque a veces lo vemos como un fenómeno puramente nacional, haciendo abstracción de hechos internacionales, pero que cada vez más tienen incidencia en los comportamientos internos de la clase. Y que como dijo Bujarin: "la clase obrera tiende efectivamente a su homogeneidad, pero a veces esa homogeneidad se conquista con fusiles".

Proceso Político y Movimiento Obrero

Ponentes:
Julio Godio
Sergio Bagú
Marcos Kaplan
José María Calderón
Julio Le Riverend

Julio Godio

Hemos abordado en el transcurso del Seminario la cuestión de la investigación del movimiento obrero en América Latina como parte integrante de la lucha concreta por el socialismo. Creo que ha sido un enfoque correcto; ha permitido localizar áreas centrales para el estudio vinculado a la práctica política por una nueva sociedad.

Se han discutido diversos temas: estructura de la clase obrera, con énfasis en el fenómeno del "obrero social" y en la organización de los trabajadores en sindicatos, partidos e instituciones populares. Es decir, hemos hablado del sujeto histórico y cómo éste se desenvuelve políticamente desde su acción espontánea hasta la acción consciente por el socialismo.

Es cierto que la lucha por la implantación del socialismo en América Latina será larga y abarcará décadas. Pero, en estos últimos dos años, la situación global en varios países centroamericanos se transformó ya en revolución triunfante en uno de ellos —Nicaragua—, y ha dado un nuevo impulso a la lucha por la liberación.

El movimiento obrero latinoamericano, desde hace mucho ha sido un movimiento de reafirmación de intereses de clase. Pero le ha costado y le cuesta pasar de su afirmación de clase en el plano económico y jugar un papel central en proyectos nacional populares; es decir, convertirse en clase prioritaria en cada país.

La primera dificultad que se plantea cuando hablamos de clase obrera en América Latina es que se trata de una clase obrera en constitución. El proceso de constitución comenzó hace un siglo, pero todavía no ha finalizado. Es una clase obrera "inconclusa", de la misma manera que es incluso y lo será el mismo proceso de conformación del capitalismo en nuestro subcontinen-

te. Coexisten estratos pertenecientes a la fase manufacturera, y a la fase de sustitución de importaciones con tecnología sencilla, con la reciente formación de un nuevo estrato de trabajadores organizados por la gran industria moderna. En el campo se presentan variaciones significativas, desde el semiproletario clásico al obrero rural propiamente dicho. Pertenecen también a la clase obrera la mayoría de los empleados y parte de los técnicos y profesionales incorporados a la industria o servicios como asalariados. Deben realizarse cortes internos en la clase obrera en correspondencia con los desequilibrios regionales, especialmente dentro de cada unidad nacional. Es también de vital importancia delimitar el campo de reivindicación de la mujer trabajadora, campo que se apoya en sus reivindicaciones específicas pero integrado en la problemática del feminismo.

Es necesario, por lo tanto, poner el énfasis en investigar la estructura de los trabajadores, para localizar con precisión sus intereses estructurales y coyunturales.

La segunda dificultad —o mejor dicho desafío— es estudiar en concreto cómo la organización de una clase conduce a la afirmación clasista. Pero al mismo tiempo es también afirmación de clase con identidad nacional y voluntad de hegemonía política. El partido obrero —según las formulaciones clásicas— no ha tenido éxito, salvo excepciones, en América Latina. La Revolución Cubana, y ahora la Sandinista, enseñan que el núcleo clasista y socialista en la conciencia obrera sólo puede afirmarse en unidad dialéctica con el sentimiento nacional popular. Creo por eso que vamos a presenciar en esta década nuevas implantaciones de ideologías socialistas dentro de matrices histórico culturales y tradiciones políticas nacionalistas.

Si las corrientes y organizaciones socialistas no tienen en cuenta esas tradiciones nacionales, la implantación del marxismo es posible sólo como racionalización de la lucha sindical. Este es el límite, aunque puede ser perdido de vista en la difusión literaria del marxismo.

En América Latina, desde principios de siglo, contamos con experiencias de importantes movimientos nacional democráticos. Fueron revolucionarios en sus orígenes, la mayoría se transforman en reformistas, como "partidos de gobierno" que no han triunfado por prácticas demagógicas: es una conclusión simplista. En realidad han triunfado porque ejecutando tareas democráticas en los marcos de modelos teóricos de capitalismo autónomo, han logrado constituirse en movimientos sintetizadores de la voluntad nacional popular, es decir, han permitido la cristalización de bloques populares.

Es cierto que las burguesías nacionales no tienen futuro histórico en América Latina. Esto lo percibe también parte de la intelectualidad orgánica "populista" que ha pretendido expresar y armonizar tanto a los intereses de la burguesía nacional como a los trabajadores. De allí que en estos movimientos aparezcan ahora corrientes socialistas democráticas que pretenden elaborar nuevos modelos económicosociales. Se trata de modelos nacional democráticos. Pero con mayor énfasis en la distribución del ingreso y relaciones de propiedad mixtas. No se trata de meros "intentos" de estabilizar al sistema capitalista democrático burgués sino revitalizar el rol del Estado para obligar a la burguesía a adaptarse a una etapa histórica de crecientes tensiones sociales, estrechamente vinculadas a la crisis mundial capitalista.

Enfrentar a los modelos neoliberales autoritarios sin recurrir a las viejas recetas de los modelos de sustitución de importaciones, y al mismo tiempo impulsar amplios frentes nacional populares que abran camino a sociedades socialistas, pluralistas, de economía mixta y tercermundistas exige una gran imaginación. Creo que éste es el camino que se deberá transitar. Y ese camino incluye otro componente: apoyarse en la problemática de la llamada "democracia de base" (que como tendencia produce cortes institucionales en sindicatos, partidos, iglesias, centros educativos, etcétera) para hacer propuestas viables de participación de los trabajadores en la gestión social. Es decir se trata de profundizar la participación en las instituciones tradicionales (en particular sindicatos y partidos) pero desde una perspectiva autogestionaria y cogestionaria.

Una práctica de hegemonía política proletaria, para no hacer sólo una frase, debe expresarse orgánicamente: un nivel decisivo de la organización de la vanguardia de una clase es el partido político. En este aspecto me parece que la problemática planteada gira alrededor de este asunto: ¿cómo lograr que en un solo partido puedan coexistir y ser interdependientes formas básicas de organización de una vanguardia de clase a nivel de la empresa (célula) con estructuras partidarias que faciliten a los militantes trabajadores integrar en su práctica las tradiciones nacional populares de su pueblo?. Los viejos "populismos" supieron hacer esto y conformaron grandes movimientos populares. El 26 de julio en Cuba y el sandinismo nicaragüense enseñan, sin necesidad de absolutizar sus experiencias, que es este un nuevo estilo político que puede permitir cristalicen nuevos movimientos sociales, con eje en los intereses de los trabajadores y con hegemonía de éstos en bloques nacional populares que abran camino a la realización de "socialismos a la latinoamericana".

Sergio Bagú

Voy a resumir lo que expuse en la reunión anterior del Seminario, ampliando probablemente alguno de los temas tratados ahí.

Yo traté de recordar que en varios países de América Latina, la clase obrera tiene ya una historia relativamente prolongada, quizá de un siglo. Posiblemente se puedan enumerar diez países en los cuales ha ocurrido esto. No es, pues, una clase de formación tan reciente.

En segundo término quisiera recordar que esa lentitud en la formación y expansión de la clase obrera es un producto de la forma de inserción de las economías latinoamericanas en el sistema capitalista y está relacionado de modo muy directo con las etapas por las cuales ha ido atravesando ese sistema económico internacional.

Aquí podemos hacer un paréntesis importante: creo que lo que se diga respecto a los países latinoamericanos debe partir de que no tiene discusión el hecho de que forman parte de un sistema capitalista mundial, que en su territorio actúa en virtud de sus leyes intrínsecas, aún cuando la naturaleza periférica de la ubicación latinoamericana dentro del sistema económico internacional hace que el sistema capitalista se desarrolle con ciertas modalidades propias. Esto implica también cierto acento regional en el proceso de la formación de las clases sociales que explica algunas diferencias fundamentales entre la formación y la naturaleza de esas clases entre los países del capitalismo central y los países latinoamericanos, diferencias que, por lo demás también se advierten respecto de los países africanos incorporados al sistema económico internacional a lo largo del proceso esclavista y de la invasión directa del territorio africano en la segunda mitad del Siglo XIX.

Lo que podríamos llamar la verdadera transformación económica en América Latina en el período de la Posguerra se inicia entre 1953 y 1955, pues entre esos años hay un cambio en el tipo de inversión, y en la estructura productiva de varios de nuestros países. La industrialización cobra un impulso relativamente poderoso y cambia la naturaleza intrínseca del sector industrial pues aparece el sector metalúrgico, la petroquímica, la metalurgia pesada, y se expande notablemente la minería moderna.

Por otra parte, en el sector rural de varios países hay una expansión de la mano de obra asalariada. No inmediatamente después de la Posguerra, sino más o menos diez años después de terminada la guerra, nos encontramos en presencia de un tipo de expansión económica que va a incidir muy rápidamente en el crecimiento y en la transformación de la naturaleza intrínseca de la clase obrera: se expande el proletariado industrial que en términos sociales e históricos bien podría considerarse algo así como la columna vertebral de la clase obrera, y además comienza a trabajar en condiciones un poco distintas, porque el sector industrial en América Latina tiene una estratificación en la que hay que distinguir un sector de gran capital transnacional con una tecnología muy avanzada también transnacional y una planta de mano de obra concentrada que se observa en México y Brasil pero también en Chile y Argentina, que va a dar un acento especial al cuadro social en el cual se desarrolla la clase obrera, pues las concentraciones suelen ser de entre seis mil y diez mil o más trabajadores.

Después hay un sector intermedio donde predomina el capital nacional con plantas que pueden concentrar hasta mil y mil quinientos obreros y todavía hay un sector muy vasto de pequeños talleres, algunos muy tecnificados y otros apenas semitecnificados junto a otros que conservan su acento artesanal preindustrial: talleres que pueden ser de dos, tres, cinco, o hasta diez obreros. Es una gran multitud de miles, de decenas de miles y de centenares de miles de pequeños talleres, lo que agrupa también centenares de miles de obreros de una industria menor en estos mismos países latinoamericanos a los cuales estoy haciendo referencia.

En este proceso hay etapas muy nuevas; por ejemplo, en Ecuador la formación del proletariado industrial parece ser muy reciente al amparo de la expansión financiera que trae la exportación de petróleo; es decir, parece ser un fenómeno que no tiene más de diez años de antigüedad. Este diferente escalonamiento histórico en la formación del proletariado industrial ya nos va acentuando aquello que yo había observado al principio en términos ge-

nerales y no propiamente continentales, pues en América Latina hay agrupaciones de obreros, hay movimientos de obreros y hay una incipiente forma de pensar obrera e incluso hay algunas manifestaciones específicas de clase desde hace ya más de un siglo; pero el desarrollo de esta clase es, desde luego, bastante desigual y en relación con el desarrollo de la clase obrera en los países centrales, es un proceso lento y además muy fuertemente condicionado por la coexistencia de grupos populares que no son propiamente clase obrera como el campesinado despojado de la tierra y transformado en emigrante urbano forzoso y en mano de obra asalariada puramente ocasional sujeta al desempleo permanente y muy pequeños grupos de artesanos que pueden inclusive alternar su tarea artesanal con un trabajo como obreros industriales, además de todo ese vasto sector que en algunos países latinoamericanos ha sido llamado subproletariado.

Si queremos tener una imagen gráfica de una clase obrera, tenemos que pensar en el proletariado industrial como su columna vertebral. Pero en América Latina, además, los sectores populares a que me he referido son los que van a suministrar la mano de obra asalariada permanentemente del sector productivo de bienes y a veces también de servicios que caracteriza la expansión capitalista. Es decir, son esos sectores los que configuran la ubicación en el mapa social de los países latinoamericanos de una clase obrera que tiene su historia y que va cumpliendo sus etapas, que ha hecho su propia experiencia, que tiene en varios países auténticas modalidades de clase, que ha ido acumulando también una experiencia política propia y ha ido asimilando esa experiencia política con su propia tonalidad de clase. Porque si hay alguna cosa que comprobar en América Latina, es que cada clase asimila su experiencia con su propia tonalidad de clase; por eso también la clase obrera asimila su experiencia política con su propia tonalidad de clase. Pero además la clase es un elemento altamente dinámico, cambia su posición intrínseca; a ella se van agregando elementos nuevos y hay siempre algunos otros aunque en una proporción pequeña que se dan de baja de la clase.

Pero hay algo más: así como se van agregando elementos nuevos de otra procedencia que van a ser asimilados en el gran tronco central de la clase, y los cuales de alguna manera se impregnan de esa experiencia transmitida de generación en generación, de familia en familia, —porque estos elementos son los sectores que transmiten la experiencia política—, la generación, la familia, el sindicato, el núcleo político, el movimiento de masas, por lo demás la misma estructura social característica de este capitalismo periférico de América Latina hace que esta clase obrera vaya entrando en la re-

lación necesaria con movimientos sociales que van cobrando una presencia histórica trascendental.

Pensemos por ejemplo que América Latina es la región en el mundo que registra los más antiguos y poderosos movimientos juveniles; esto tiene algún origen, y tiene que explicarse por alguna razón. Los movimientos estudiantiles en América Latina comienzan a hacerse presentes en el Siglo XIX pero cobran una presencia permanente como una modalidad propia, distintiva de las sociedades latinoamericanas desde el año preciso de 1918, y desde entonces esa modalidad propia, precisa, acentuada, —a diferencia de las sociedades de los otros continentes—, continúa presente y cobra la mayor importancia porque desde el momento en que los movimientos juveniles y particularmente los movimientos estudiantiles aparecen en el horizonte social de los países latinoamericanos, adquieren por su propia gravitación, una presencia política en algunos casos de primer plano. El movimiento obrero y particularmente el de la clase obrera espontánea, natural, inevitablemente entra en una relación de coexistencia con estos movimientos estudiantiles, con estos movimientos juveniles, a pesar de que en los movimientos juveniles la experiencia política se forma de una manera muy diferente y se transmite de una manera muy diferente a como se forma y se transmite a la clase obrera la presencia de sectores intelectuales.

En América Latina cobra una proyección política muy grande el contacto de la clase obrera con sectores intelectuales que tienen un origen distinto y hay ciertas corrientes sociológicas que han querido explicar el hecho de que el intelectual y el estudiante en esta área tienen una proyección política mucho más grande que en Estados Unidos y en los otros países centrales del capitalismo europeo, por la debilidad de las burguesías nacionales.

Esta tesis es discutible sin que merezca ser totalmente descartada porque claro, es cierto, las burguesías nacionales en América Latina son débiles si las comparamos con las burguesías nacionales de los países del capitalismo central, pero no basta decir eso porque hasta cierta altura del presente Siglo también las iglesias cristianas desempeñaron una función política bastante negativa en lo que se refiere a la clase obrera y a los movimientos obreros, pero a partir de una etapa relativamente reciente, sin ninguna duda después de la Segunda Guerra Mundial, en la Iglesia Católica y en muchas iglesias protestantes, comienza a producirse un movimiento profundo que propone y realiza una renovación teológica y que después va cobrando una presencia social y política muy arraigada que se transforma en una fuerza social visi-

ble, gravitante, poderosa, que de hecho pasa a ser un aliado de muchos movimientos obreros renovadores y que ofrece otro elemento más para el análisis de la coexistencia de la clase obrera con sectores no obreros.

Quiero señalar finalmente que para complicar aún más el horizonte social en el cual se inserta el movimiento obrero en los países latinoamericanos a la altura del Siglo XX, debemos reconocer que el orden político internacional después de la Segunda Guerra Mundial se hace mucho más complicado y aparece una forma de acción internacional más institucionalizada y a la vez más necesaria para que opere la acción política nacional; y lo interesante del caso es que muchos movimientos obreros latinoamericanos han aprendido esta lección básica de la historia mundial y la han aplicado también en la forma en que participan en la historia nacional.

Marcos Kaplan

Quisiera tocar dos puntos que están íntimamente vinculados: por un lado, cuáles son las razones de la relativa debilidad de la influencia de la izquierda y de un proyecto socialista en las experiencias del movimiento obrero de las últimas décadas y, por otro lado, alguna de sus implicaciones como la necesidad y la posibilidad de un proyecto socialista alternativo de aquí para adelante.

En cuanto a la primera cuestión, no sólo la tengo que abordar sistemáticamente sino que, además, no quisiera dar la impresión de algo así como pedantería histórica de alguien que se coloca fuera y por encima del proceso y distribuye los méritos y las culpas como una especie de juez extrahistórico, sino como alguien que se ha sentido siempre implicado en ese proceso. Pero hay que partir de un hecho que es prácticamente irrebatible a pesar de los enormes esfuerzos y sacrificios realizados no sólo por militantes obreros sindicales sino por dirigentes, cuadros y aparatos políticos de las variedades de la izquierda, y a pesar de los logros innegables que se han dado e incluso se siguen dando en este momento en situaciones realmente críticas o regresivas. Por ejemplo, en el Cono Sur, hay una comprobación que salta a la vista si se compara la intensidad y la profundidad de la crisis de los sistemas nacionales y del sistema internacional y sobre todo el carácter masivo que adquieren las víctimas a raíz de la aplicación de una nueva división mundial del trabajo y un proyecto de crecimiento neocapitalista tardío y dependiente y de aplicación generalizada.

A pesar del carácter masivo de las víctimas, podríamos decir que hay una cierta desproporción entre la influencia y el poder que ha llegado a ejercer la tendencia de tipo socialista en el movimiento obrero. En las políticas nacionales incluso se ha mencionado, más de una vez, la escasa capacidad

para que se desarrollen ciertos tipos de procesos que ayuden a superar las crisis una vez que los procesos laborales han tenido lugar. Quisiera referirme a lo que creo que son algunos elementos comunes a las distintas tendencias en América Latina que más o menos se identifican con un proyecto socialista en su comportamiento con respecto al movimiento obrero, que quizás pudieron haber actuado como elemento limitante.

Durante mucho tiempo prevaleció una concepción dogmática respecto al análisis de la realidad y al diseño y aplicación de estrategias políticas; esto ha ejercido ciertos efectos negativos de implicación social, ideológica y política. Por ejemplo, la prevalencia de una concepción generalmente determinista, mecánica, economicista y reduccionista, que se ha traducido en una excesiva consideración tanto en el análisis como en las proposiciones políticas, en una excesiva valoración de lo llamado infraestructural respecto a lo superestructural; es decir, la prevalencia del determinismo económico implica por un lado una desvalorización implícita en todo lo que signifique cultura, ideología, política, Estado, derecho, y con la tendencia a una cierta opresión de la historia; es una negación de todo lo que puede ser nuevo, inesperado azar, coyuntura, en una palabra creatividad; la idea de que lo económico determine necesaria y fatalmente todo el resto, induce a un cierto optimismo incondicional, a una cierta creencia en la fatalidad del triunfo, y muchas veces se identifica con una especie de fatalismo desmovilizador, ya que el capitalismo está desgarrado por contradicciones insolubles y está condenado al fracaso y prácticamente no hay que hacer nada porque de alguna manera la historia está trabajando a favor de uno.

Eso ha llevado por un lado a la idea de un sistema que está cada vez peor y condenado a su destrucción fatal y en un plazo relativamente corto y, por otro a una cierta evaluación externa de cuáles son las misiones históricas de la sociedad o de una clase en particular. Es decir, desde este punto de vista la sociedad latinoamericana estaba condenada prácticamente a llegar a ser socialista y además ciertas clases sociales estaban condenadas fatalmente a tener un papel hegemónico, transformador, revolucionario, etcétera. La evaluación cambiaba con el tiempo pero una de las consecuencias que creo que vale la pena destacar es la tendencia a desconocer clases sociales a las cuales se evalúa desde afuera; se supone a **priori** que el campesinado, los marginales, la clase media, los intelectuales, tienen comportamientos determina-

dos sólo para descalificarlos, y aunque esa actitud ha variado con el tiempo, aún prevalece.

Si se supone que hay una contradicción fatal entre fuerzas productivas y relaciones de producción y que eso además encarna en clases antagónicas con un desenlace que se supone favorable a una organización política determinada que tiene el monopolio, en el fondo lo que se hace es creer sólo en el partido de vanguardia, encarnar a la racionalidad del progreso, lo que implica una sobrestimación del propio grupo o la propia tendencia, un despliegue de la voluntad del poder bastante subjetiva, una tendencia a la burocratización interna y a veces al personalismo, y una intensificación de la lucha ideológica y política más bien dentro de la propia izquierda que a nivel de la sociedad.

Es decir, una gran parte de energía se gasta entre partidos, movimiento, grupos o grupúsculos, para decidir entre ellos de una manera casi escolástica quién tiene el derecho de hacer el partido de vanguardia; eso ha llevado a una cierta subestimación de las fuerzas populares en general, ante todo de la clase obrera, pero también del campesinado y otros sectores. Hay una ambigüedad permanente que recorre la mayor parte del pensamiento de la izquierda, que es la de si la clase obrera realmente es un actor histórico que se autolibera a sí mismo y libera al resto de la sociedad, o es una especie de víctima en situación de inferioridad o de tutela y que tiene que ser redimida por actores externos.

La famosa contradicción de si la clase obrera va a redimir a la sociedad y al mismo tiempo no es capaz de generar su propia ideología y su propio proyecto de organización que tiene que ser introducido desde afuera, es una ambigüedad que sigue existiendo y sigue operando y lleva a una subestimación del esfuerzo para conocer realmente qué son los trabajadores de cualquier clase, cómo viven y piensan, qué sienten y quieren, qué hacen; ambigüedad que después se transmite al campesinado que a veces es considerado clase reaccionaria o elemento de rezago que hay que llevar a rastras, aunque alguna de las experiencias más importantes de la América Latina contemporánea demuestra que fue y puede llegar a ser un actor por derecho propio. Mencionaría también la actitud ambigua frente a los marginales a veces evaluados positivamente, a veces subestimados como elemento negativo, como una especie de reserva antropológica, y la subestimación en cuanto a la importancia de todo lo que es cultura, ideología, poder y Estado.

Una de las experiencias más negativas que se han dado en el Cono Sur, uno de los elementos centrales de fracaso histórico es la despreocupación por la llamada larga guerra superestructural; es decir, la necesidad de reconocer que cultura e ideología son una dimensión específica donde crucialmente se juega siempre la suerte del poder. Subestimación que ayuda también a no darle demasiada importancia a problemas como los derechos humanos, los derechos políticos, la reforma política, la democracia.

Finalmente, si se adquiere una posición de fatalismo histórico, si se supone que tarde o temprano la historia trabaja para uno y va a producir lo que uno quiere, se reduce la capacidad para prever la posibilidad de emergencia de la coyuntura favorable. El ejemplo es la manera como la Revolución Cubana toma de sorpresa a la izquierda latinoamericana, la que no alcanza a prever las derrotas ni aprovechar las posibilidades de triunfo ni hace un análisis crítico ni autocrítico de las derrotas y sus causas.

En cuanto a la poca elaboración y el poco esfuerzo por la credibilidad de lo que significa una alternativa, es decir, la adopción dogmática, escolástica, de algún tipo de modelo externo, supongamos por ejemplo, el modelo socialista que se dio en un determinado país en otra etapa o en otra circunstancia, si tiene que ser copiado, importado y aplicado mecánicamente sin el esfuerzo crítico para evaluar no solamente los logros sino también sus limitaciones y sus fracasos, nos lleva a la idea de que el esfuerzo crítico de evaluación de tareas históricas o experimentos políticos realizados en otra parte implica, de alguna manera debilitar la confianza posible de los grupos populares en la adopción de un proyecto alternativo o hacerle el juego al enemigo, cuando en realidad sigue siendo válida la famosa afirmación de Gramsci, de que la verdad es revolucionaria y que el ocultamiento de la verdad no es de ninguna manera un elemento positivo.

Es importante renunciar a todo lo que signifique fatalismo triunfalista, optimismo compulsivo y subadmitir que el futuro nunca está predeterminado, ni está condenado al fracaso ni a la regresión. El futuro no está totalmente bloqueado, pero tampoco las posibilidades de avance están garantizadas **a priori.** En toda situación histórica actual de los diferentes países latinoamericanos, hay una coexistencia de posibilidades que puede o no actualizarse. No se puede subestimar la gravedad y envergadura de una crisis mundial que se identifica ya con la posibilidad de una mutación histórica en un

sentido o en otro, ni en la emergencia de crisis nacionales graves. Por lo tanto, cada vez se vuelve más importante la discusión de alternativas, caracteres, requisitos, e implicaciones.

Quiero señalar algunos de los puntos que me parecen importantes para la discusión de este tipo de problema:

La idea de que cualquier modelo alternativo que sea digno de ese nombre, que sea digno de apoyo, implica reivindicar la necesidad —como uno de sus ingredientes centrales— de la intervención activa y directa de las llamadas clases subalternas y populares a través de organizaciones propias que sean lo más independientes posible, con un proyecto político que sea en la mayor medida también la expresión de su propia participación, significa plantear cuestiones, algunas de las cuales creo que han sido desvirtuadas por signos ideológicos bastante claros.

Por un lado, el problema de la hegemonía y de las alianzas en la experiencia latinoamericana demuestra la extrema diversificación de los actores sociales y políticos y su complejidad interna, lo que significa que son actores, que no están determinados **a priori** en cuanto a lo que son, lo que quieren, lo que están dispuestos a hacer como actores; y por el otro lado, plantea el problema de las alianzas, es decir, se puede pensar en términos de un proyecto alternativo que hable solamente de la presencia exclusiva del proletariado o de la clase obrera, cuando ésta es compleja en sí misma, cuando ha demostrado tener distintas tendencias y cuando incluso alguna de las implicaciones del modelo llevan a la reducción cuantitativa de la clase obrera en algunos de los principales países, por ejemplo, hoy en la Argentina.

Además, no se puede ignorar la existencia real, la presencia, la participación política de sectores como las distintas capas del campesinado, los marginales urbanos; elementos realmente cruciales de la clase media como los intelectuales, los profesionales y técnicos en el problema de la hegemonía y las alianzas, pues son parte de la discusión de lo que significan las posibilidades del modelo alternativo. La idea de la reivindicación de lo político, es decir, la praxis política, el pragmatismo político, no equivale necesariamente a oportunismo y en gran medida lo que está ocurriendo en América Latina se define en términos políticos, en la mayor o menor capacidad de ciertos grupos, y de las alianzas que articulen para modificar la relación de fuerzas, lo que define —y no es una definición apriorística en términos de discurso puramente ideológico— la otra cuestión que hay que discutir de frente; y que es la necesidad de superar la oposición totalmente escolástica y falsa en-

tre reforma y revolución, como si las dos opciones políticas fueran voluntaristas, es decir, que dependieran de la mayor o menor capacidad, lucidez y honestidad de determinados actores si se definen como revolucionarios o como reformistas, cuando en verdad, es un problema de correlación de fuerzas y de capacidad política.

Si hay una emergencia de tipo revolucionario con o sin reformas, no es un problema moral, ni es un problema definido de antemano; en realidad hay una dialéctica estrecha entre reformas que amplían el campo de avance, que pueden ser incluso casi revolucionarias; y a veces a la inversa, hay situaciones de revolución inicial a la cual sucede después un largo período de reforma; por ejemplo, a la Revolución Rusa, de 1917 a 1928.

La siguiente cuestión es la necesidad de reivindicación del problema de la democracia, finalmente desvirtuado, o como algo que es imposible en una situación de vigencia en el capitalismo, o como algo que es intrínsecamente perverso; porque la democracia es algo que también ha tratado de ejercer la burguesía liberal. Luego, pedir democracia, de alguna manera atañe a alguna corriente burguesa puramente liberal.

Yo pienso que la democracia en América Latina tiene que ser rescatada a varios niveles; en primer lugar, porque sin ampliación de las posibilidades reales no hay movilización social y política para los grupos mayoritarios; es decir, la democracia es fundamentalmente decisiva para sectores dominados, explotados, aunque a veces hemos visto que desdeñan la democracia quienes la disfrutan o quienes no padecen su carencia.

La democracia además significa un conjunto de prácticas políticas constitutivas de nuevos factores sociales, es decir, clases o grupos que quieren participar en políticas a través de la práctica democrática, que se van reconociendo como tales, que aprenden a ejercer sus derechos políticos y en la medida que avanzan como actores democratizantes, crean mejores condiciones para la licencia de la democracia; y eso me lleva también a la necesidad de reducir al mínimo, todo lo que significa sustitucionismo, o bien, la idea de que los grupos sociales fundamentales no son capaces de tener su propia expresión política y que deben de alguna manera depender de líderes, aparatos, etcétera. Por el contrario, me parece necesario reconocer la heterogeneidad esencial de lo que se llaman las masas, ya que no sólo son proletarios, sino que abarcan una vasta gama de estratos populares. Estos actores tienen derecho a reconocerse en sus propios proyectos, en sus propios partidos, a constituirlos, controlarlos, reemplazarlos, etcétera; en otras palabras, tiene que

darse una combinación necesaria entre espontaneidad, núcleo organizativo y dirección sindical; el papel dirigente en un proceso político se gana y se pierde, no está predeterminado o garantizado **a priori** ni por la historia, ni por nadie, y esto implica que la democracia interna, la descentralización, la desburocratización tiene que darse simultáneamente en el seno de las propias organizaciones sindicales y políticas, y no solamente como algo que se le pide a los demás o a la sociedad pero que no se está dispuesto a exigirse ni a imponerse a sí mismo, lo que implica, entre otras cosas, la tendencia al pluripartidismo y no al monopolio de algún tipo autodenominado como partido de vanguardia.

No creo que para la izquierda latinoamericana sea importante rescatar la idea de que la democracia es al mismo tiempo el camino, la premisa y el componente necesario de un modelo socialista alternativo; es decir, democracia y socialismo como decía Rosa Luxemburgo, son inseparables, no puede existir uno sin el otro, resulta totalmente equívoco suponer que esta idea implica identificarse con la experiencia en la socialdemocracia europea, que corresponde a una realidad totalmente diferente. Y para finalizar, yo creo que todo esto gira alrededor del debate sobre las relaciones a establecer entre el Estado y la sociedad civil; todo lo que implique ampliar la capacidad de decisión e intervención de las sociedades civiles y de las organizaciones, que realmente sean el resultado de la **praxis** concreta de los grupos populares como: autodeterminación, autorganización, toma de conciencia, participación de la definición de un proyecto alternativo. Además, refuerza las posibilidades y a los propios factores sociales y tiende a desbloquear la situación vigente en la mayor parte de los países latinoamericanos, lo cual contribuye a abrir la posibilidad de un proyecto histórico alternativo.

José María Calderón

El centro de mi preocupación ha sido la idea de establecer ciertas fases en el proceso de formación de la fuerza de trabajo y de la clase obrera en América Latina. No he querido entrar en el análisis de las formas específicas de organización, en la peculiar disposición o forma de articulación ideológica de esas diferentes fases por las que pasa el proceso de deformación de la clase obrera sino más bien, hacer una reflexión sobre las etapas en que ésta ha venido desarrollándose de manera más o menos general.

Hemos tomado casos específicos de países en que este proceso ha tenido lugar, y eventualmente bloques de países o grupos de países en que cierto tipo de procesos, cierto tipo de etapas, aparecen con mayor claridad que en otros.

Yo distinguí fundamentalmente cuatro fases: la primera, formación de artesanado; la segunda, formación y desarrollo de los grupos profesionales, una tercera, a la que hemos denominado el obrero masa; y una cuarta, en la que subrayaba sobre todo las características del nuevo obrero en los principales países industriales o con industrialización más o menos significativa en América Latina y que denominábamos como la del obrero social.

En primer lugar, mi intención es no caer en el extremo de lo que ha sido regularmente la historia del movimiento obrero en América Latina, la cual hace fundamentalmente referencia a las instituciones, a las organizaciones del movimiento obrero, a la ideología de los trabajadores o de las organizaciones, quizás mejor que a la de los propios trabajadores que se relacionan con cierto tipo de composición social, y menos a una perspectiva digamos estatal sobre el movimiento obrero, que son las que a mi juicio por lo menos en nuestro medio, han predominado desde mucho tiempo atrás.

No intentaba tampoco caer en una especie de sociologismo y distinguir estrictamente la composición social de los trabajadores, sino más bien hacer más complejo el análisis y mostrar la relación que hay entre la peculiar forma de composición social, con las formas específicas de organización y el tipo de ideología que se conforma en estos diferentes sectores de clase, a partir de su propia experiencia en la fábrica y en la sociedad, particularmente en la fábrica; esto es, creo que sería impensable en este momento reflexionar en una ideología de organización tipo partido, como las versiones de la Segunda y la Tercera Internacional, o la forma de organización sindical que actualmente conocemos refiriéndonos a la artesanal. Igualmente sería impensable concebir que el obrero profesional de los años veinte o cuarenta tenga experiencias de tipo organizativo como las que estamos contemplando en este momento con relación a este sector nuevo del proletariado. Además, no he tenido la intención de distinguir o hacer énfasis en el proceso de formación social de la fuerza de trabajo y de la clase obrera que se finca en las experiencias de tipo ideológico o de tipo organizativo.

En segundo lugar, creo que existe la necesidad de establecer una relación entre esta peculiar forma de composición social y de comportamiento político de los sectores que anteriormente mencioné, con la forma específica de organización. Esto es, mientras que los artesanos tienen formas de organización tipo mutualidad, organizaciones de socorro o de apoyo mutuo; el obrero profesional experimenta la forma partido y la forma sindicato en la versión que hoy conocemos. De otro lado, el obrero masa tiene que enfrentarse incluso a ciertas modificaciones en la noción de lo que es la organización del partido y el sindicato, tal y como hasta el momento la clase obrera lo ha logrado a escala mundial, no solamente en América Latina. Señalábamos cómo esta figura nueva, la del obrero social, es un todo sumado que se reconoce en sus comportamientos políticos; y en el que las formas de organización están en vías de experimentación y de ninguna manera ya consolidadas, santificadas, plenamente cristalizadas.

Por eso es que mi intervención se orienta hacia la necesidad de investigar precisamente, qué es esta nueva clase obrera, qué implica esta nueva composición social, qué comportamientos políticos nuevos tiene, no solamente con ella misma sino también con las formas de organización anteriormente presentes en el movimiento obrero; el sindicato, el partido, y desde luego el obrero social que ha constituido un tema obsesivo, y digo obsesivo no en términos peyorativos sino porque ha sido una figura muy relevante en el proceso de formación del Estado en América Latina.

Mi hipótesis principal consistiría en considerar, que nos encontramos frente a una nueva figura social, a la cual tenemos que observar y analizar con sumo cuidado, y no volver a achacarle las viejas formas de organización o de reflexión política derivadas de su experiencia histórica, de sus análisis, de su **praxis** política. Es decir, que implica acercarse con una visión nueva a este nuevo sector.

En tercer lugar, a las características que ya se han señalado respecto al proceso de formación del proletariado y de la clase obrera, quisiera agregar algunos elementos que a mi juicio también son importantes, por lo menos para su comprensión.

1. La clase obrera industrial surge con las empresas industriales, y tiene como característica fundamental la tendencia a la monopolización. Creo que este es uno de los elementos fundamentales en este proceso de formación del proletariado en América Latina. En casi todos los países donde tempranamente aparece este proceso de formación de la clase obrera industrial, lo hace precisamente en relación con empresas capitalistas altamente concentradoras de capital, tecnología y obreros.

2. Aparece como una clase obrera no difundida sobre todo el territorio nacional sino fundamentalmente en ciertos núcleos regionales. Esto es, surgen profundamente regionalizados; los ejemplos creo que están a la vista en Argentina, Brasil, Venezuela, Chile y México, como expresión de lo que en un tiempo se dio en llamar enclave capitalista y, por lo tanto, en una esfera fundamentalmente regional y no difundida nacionalmente.

3. El proceso de formación de la clase obrera industrial no tiene su origen en el campesinado, por lo menos no en todos los países, —aunque después efectivamente va a ser reclutada en el sector campesino— sino que proviene básicamente del artesanado, lo que significa un proceso de desmantelamiento, de erosión de las estructuras artesanales; esos sectores desplazados son incorporados a la fábrica.

4. Una de las grandes dificultades que ha presentado el proceso de organización y planteamiento de alternativas históricas por parte de la clase obrera, ha sido su relativamente rápida transformación, a diferencia del proletariado europeo que se conforma a lo largo de muchos años. El proletariado latinoamericano empieza a sufrir transformaciones muy rápidas, precisamente por el efecto que señalaba el doctor Sergio Bagú, de las características subordinadas, del carácter periférico que tiene nuestro capitalismo.

En ese sentido, quiero señalar que no todo ha dependido de los errores de las vanguardias políticas, o por incapacidad del proletariado para conformar simplemente como acto voluntarista un proyecto alternativo; hay razones materiales, estructurales, que están en la base de esta dificultad. No apenas se conforma un cierto núcleo, una cierta vanguardia proletaria que pueda arrastrar con mayor o menor éxito a otros sectores de la fuerza de trabajo, entra en un rápido proceso de desmantelamiento y de desorganización orquestado por el propio capitalismo de nuestra región.

El doctor Bagú señalaba, por ejemplo, el período de 1955 a la fecha como la fase de conformación de un verdadero proletariado industrial; sin embargo, he observado que este proceso ocurre de una manera muy rápida desde los años treinta y que el período de la Segunda Guerra, particularmente el período llamado Guerra Fría, es fuertemente utilizado por la iniciativa capitalista para transformar a aquel proletariado que protagoniza importantes luchas de tipo nacional. Este es el nuevo sector que emerge a partir de 1955, nuevo con respecto al que protagoniza las luchas obreras en el ámbito del sindicato, en el ámbito del partido durante los años veinte a cuarenta aproximadamente; la guerra es un elemento de transformación muy importante del proletariado latinoamericano pues se introducen nuevas industrias, hay cambios tecnológicos muy significativos que modifican en forma decisiva la composición social de la clase, y cuando hago referencia a una conformación decisiva me remito a aquel viejo trabajador que participaba militantemente en el sindicato y en los partidos, a la auténtica vanguardia política que es destrozada con este tipo de transformaciones tecnológicas en la fábrica, aparte naturalmente de la represión ideológica, policiaca, militar, etcétera, que se ejerce dentro y fuera de la fábrica.

Quisiera también señalar el papel tan importante que tiene el proletariado en la conformación de los Estados burgueses en ese período, pues no creo que haya tenido un papel simplemente subordinado en el proceso de formación del Estado Nacional, sino que es protagonista y en muchas ocasiones de primera línea. De ahí que sea tan compleja la distinción entre Estado, clase obrera y burguesía en muchos países, pues implica desde luego una revisión analítica, muy específica, muy profunda, para distinguir el tipo de participación que el proletariado ha tenido en este proceso de consolidación de los Estados Nacionales.

Ahora bien, la clase obrera que participa en ese proceso de formación del Estado Nacional es una clase obrera muy particular, es el obrero profesional que defiende junto con la burguesía nacional su propio trabajo. Las me-

didas proteccionistas, las subvenciones, las garantías que la burguesía otorga a los trabajadores, la estabilidad en el trabajo, están consideradas en el programa de reivindicaciones del proletariado.

En ese período por lo tanto, el análisis del Estado Nacional no debe hacerse tampoco en términos generales, sino revisando históricamente las fases por las que ha pasado en América Latina el Estado Nacional.

Podemos decir, por tanto, que el Estado Nacional de los años veinte o treinta no está presente; en la actualidad es otro Estado Nacional, con otras características, con otro proyecto, con otra relación, con los centros fundamentales del poder económico y político en el exterior y desde luego con una clase obrera también distinta, resultado de las transformaciones en las fábricas. Su proyecto, en consecuencia, va a ser distinto, no podemos prever si se pronuncia en defensa del Estado Nacional; o quizás sea del Estado Nacional, pero con contenidos ideológicos distintos, con un proyecto ya no burgués que es el que hegemoniza el proceso de formación del Estado Nacional en los años anteriormente mencionados, sino un proyecto que puede ser como una alternativa proletaria, pero esto queda para que lo decida la historia, aunque podamos prever cierto tipo de tendencias.

Para concluir diría que en este momento quizás el reto más importante al que se enfrentan las fuerzas políticas, las fuerzas intelectuales y desde luego este nuevo proletariado (que bajo la categoría de obrero social que incluye no sólo al trabajador estable de fábrica, sino a sectores inestables en la relación con la fábrica pero que tienen o han tenido experiencia fabril, y que por los propios ajustes o desajustes de la economía han sido desplazados e incorporados nuevamente después de períodos de desocupación; categoría dentro de la cual también incluiría este vasto sector de los llamados elementos marginados de la sociedad)*, es en primer lugar, seguir con mucha atención el comportamiento político de todos los sectores; en segundo lugar, responder y respetar la forma específica de organización que ellos estén dando al juego de las autonomías, a las formas de organización de la sociedad contemporánea, pues creo que son condiciones muy importantes para el plantea-

* Yo incluso iría modificando ese concepto de marginales, según si lo son con respecto al capital o con respecto a la fábrica. Mi impresión es que no hay tal marginalidad, sino formas nuevas de incorporación en la economía capitalista, quizás no estables, quizás sin la protección legal y política que se ejerce sobre el sector fuerte y sindicalizado de la clase obrera industrial, pero que tiene una relación, un vínculo con la propia economía capitalista, con experiencias variadas, diversificadas, como ya se mencionaba pero que merece un análisis más serio. Creo que la marginalidad ya no se plantea en extremo, si es que en alguna ocasión se planteó en esa forma.

miento de alternativas globales en cada uno de los Estados Nacionales y en toda la región. No se puede partir de visiones preconcebidas, de percepciones dogmáticas sobre la realidad en que queramos encajar ciertas nociones organizativas de estos sectores sociales modernos. Esto implica una gran apertura intelectual, un mayor análisis sobre lo que son nuestras sociedades, una revisión muy puntual sobre las transformaciones de clases que se han dado en toda la región, fundamentalmente de los años setenta a la fecha.

No obstante, creo que todo sumado con el esquema clasista de los años sesenta no presenta modificaciones sustanciales que haya que retomar o reconsiderar, en cualquier proyecto nuevo y ya estamos en los años ochenta.

En la medida que sepamos comprender esto, el futuro de la clase obrera, el futuro de todos los asalariados tiene una relación nueva que hay que analizar y atender. Creo que el enfrentamiento político que pueda darse en América Latina va a resolverse en torno al obrero social. La burguesía, hasta el momento ha hegemonizado al proletariado, ha sido el elemento conductor de las demandas de reivindicaciones, apoyos, acuerdos, etcétera, con el proletariado. Es entonces sobre este sector que se van a decidir los nuevos cambios o transformaciones en cada uno de los países de la región.

. Julio Le Riverend

Vengo ante ustedes a participar en esta etapa final pues, de sorpresa, los colegas y amigos que coordinan el Seminario y otros que han estado asistiendo a sus sesiones me exigen, afectuosamente, que responda a la gentil invitación que se me ha hecho y me es grato aceptarla, pero encuentro dificultades. En primer lugar, aquí tengo unas notas que para mí, y barrunto que para ustedes, peligrosamente para mi esfuerzo, lo sean también; resultan poco satisfactorias o desordenadas. Tampoco debo abusar del tiempo, ya estamos en los últimos minutos, y por otra parte no tengo mérito especial para dirigirme ante ustedes, no poseo la magia que tienen los grandes maestros verdaderos; por lo tanto, me limitaré a algunas reflexiones un poco a campo traviesa partiendo de una advertencia: cuando me refiera a la América Latina no voy a matizar pues lo han hecho ya los colegas, porque es un conjunto con gran semejanza pero también hay una serie de niveles que deben tenerse en cuenta para tratar los problemas que ustedes han abordado.

Por otro lado, veo también por los informes de mis colegas ponentes que prácticamente todo se ha dicho, y esto es una dificultad mayor para mí.

Lo primero que quisiera indicar, pensando en la actual correlación de fuerzas a escala global, abusando de mi deformación profesional, que nuestra América ha jugado un papel creciente en esa correlación, señalando además el fenómeno de la coherencia de ese papel de los grandes giros históricos de la América Latina con los igualmente grandes giros históricos universales. Por ejemplo, la emancipación (1810-1825) expande el movimiento revolucionario que, por otro lado, apareció en Estados Unidos y en Francia.

Es un caso claro que América Latina, en su emancipación, no se identifica totalmente con aquellos precedentes, pero lo que sí es obvio es que el proceso de América Latina está muy presente en la reacción europea: la San-

ta Alianza frente a lo que estaba ocurriendo en el mundo. Esto originó en Bolívar y después lo retomaría Martí, la idea del equilibrio del mundo, del papel de la América Latina en el equilibrio del mundo.

Pasaron años y, entonces, hay un conjunto histórico donde están la Reforma de México encabezada por Juárez, eso es sabido, la Guerra de Liberación de Santo Domingo, la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, y no como la de América Latina pero sí como resonancia específica, la Revolución Cubana de 1868; nuestra primera guerra que duró 10 años, todo lo cual, por otro lado, se encadena con una nueva ofensiva colonialista, en el Africa y en otras regiones, con la aparición del imperio alemán son la más alta muestra del enfrentamiento de las potencias dentro del sistema capitalista, con la Comuna de París, con el nacimiento muy en germen todavía en los años setenta del capital financiero. Este giro se puede extender hasta el momento de la segunda guerra de Cuba, la de 1895, que en 1898 se transforma por la intervención de los Estados Unidos en la primera guerra imperialista.

Siglo XX. En esta sazón se trata del conjunto contradictorio constituido por la revolución mexicana, la revolución socialista de octubre, la crisis interimperialista de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la que se prolonga hasta la depresión de 1929. Ahí están presentes Sandino, Farabundo Martí, grandes movimientos, muy importantes, de tipo nacionalista, democrático y revolucionario de los años veintinueve a treinta y tres; a tal extremo que marcan un hito en la génesis y elaboración de proyectos históricos tanto revolucionarios como nacionalistas democráticos o pura y simplemente burgueses en nuestra historia; pero desde entonces, esa coherencia con el contexto mayor se acentúa, aun cuando la Guerra Fría, aquí se ha dicho, se refleja como una cierta regresión. En definitiva, la Guerra Fría es también una generación de giros históricos que el compañero José María Calderón ha estado evocando aquí de una manera muy pertinente, hasta que llegamos a los años cincuenta-sesenta. Entonces con la guerra de Corea, la liberación de Argelia, de Cuba y de Vietnam, las fuerzas de la liberación se unen para dar a esta correlación un carácter muy definido de globalidad y de continuidad.

En esta correlación diferente, más aguda, en este "equilibrio" diferente, creeen la liberación y sus movimientos, los países liberados incluyendo a los socialistas se unen y coinciden progresivamente con esos movimientos de liberación y esto, claro está, no sólo es parte subjetiva de la América Latina sino que repercute objetivamente sobre la América Latina, sobre Africa, sobre Asia; frente a eso la réplica contra la América Latina son los numerosos

golpes de estado (si no recuerdo mal son como trece entre 1960 y 1966), aparte de la Alianza para el Progreso, que es otra cosa, y los mecanismos ofensivos creados al margen o al amparo del Tratado de Río; y por otra parte, el uso ya frecuente, el uso casi sistemático de la reserva que constituyen los altos mandos en los ejércitos de diversos países latinoamericanos.

En este momento, al transnacionalizarse, el imperialismo internacionaliza la economía, y es obvio, es sabido, internacionaliza la reacción y la represión. Lo estamos viendo con suma claridad; y también internacionaliza a sus opuestos, también internacionaliza los movimientos de réplica a la agresión imperialista y al sistema, a la dominación imperialista. Pueden mencionarse muchos ejemplos que constituyen una cierta maduración visible. A pesar de su composición diversa, en los No Alineados se representa este tipo de cosas: el mundo resiste y va creando nuevas condiciones para que la derrota táctica de los pueblos latinoamericanos en los años sesenta-setenta sea el inicio de un movimiento mucho más vigoroso, más masivo, más experimentado. Ejemplos como los de Nicaragua y Granada, posteriores y casi coincidentes con los de Angola y Etiopía son una clara indicación de cómo está funcionando el fenómeno que hemos llamado coherencia latinoamericana con los grandes giros de la historia. Hay una tendencia que se va definiendo cada vez más, y se observa que la ruptura del poder imperialista es progresiva, pero claro está, no es un fenómeno lineal ni unívoco; se trata de una tendencia en la que lo coyuntural tiene una significación muy grande, fundamental hoy día, pues casi todos los episodios están mostrando que los aliados de los imperialistas en Europa Occidental por ejemplo, no se corresponden ni mucho menos claramente con la política norteamericana actual. Podríamos hasta aventurar que frente a la posibilidad de un enfrentamiento total, nuclear, se está creando entre ellos una especie de contradicción, y no lo propongo desde un punto de vista teórico: contradicción, por la supervivencia entre ciertos aliados, incluyendo fuerzas internas de variada connotación no sólo de los gobiernos, con el imperialismo, aun cuando este alineamiento diferente que se está produciendo en el seno de esos países, no vaya muy lejos.

Se trata efectivamente de una coyuntura indicadora de que, por ejemplo, Nicaragua, El Salvador y Guatemala o sea América Latina están jugando también un papel de primera importancia, es decir, están teniendo un peso fundamental en la evolución global del mundo. Claro está. En el fondo se trata de que los enfrentamientos y los alineamientos internos son de clase aunque a veces no se definen como tales, se reflejan en los alineamientos y los enfrentamientos internacionales: hay nuevos elementos de la dialéctica social,

es obvio. Una gestión científica básica sería contrastar la historia de los movimientos populares y obreros latinoamericanos y "tercermundistas" desde el principio del Siglo XX hasta hoy, aunque sólo sea en cuanto a lo que les replicaban las oligarquías y el imperialismo.

Veamos, hubo una época, cuyos inicios nuestro colega Calderón situaba correctamente en los momentos anteriores a los años veinte y esto además venía desde antes, en que tiranías y dictaduras e intervenciones coloniales e imperialistas destruían a los nacionalistas, a los demócratas verdaderos, capaces de portar un proyecto democrático, y a los revolucionarios cuando se alzaban sus banderas; y cada siete, diez y doce años había que recomenzar todo el proceso. Se constataban dos momentos: una extinción real de las cabezas de nuestras vanguardias, a veces prematuras o iniciales, e inmediatamente había que ponerse a reconstruir todo aquello. Bastaría mencionar a Sandino, a Farabundo Martí, y comparar con la situación actual para darse cuenta que aquellos dos momentos se han transformado en otra cosa al compás de la marcha objetiva del mundo. Todo ello acontece en unos cincuenta años. Pero debemos subrayar que en algunos análisis de esos movimientos, especialmente los que se sitúan del cuarenta al sesenta como indica el colega Calderón, incluyendo el análisis de los partidos, ese hecho repetitivo —destrucción y reconstrucción de movimientos— aparece levemente. Digamos que se cargaba la mano sobre los errores de esos movimientos y que los hubo, pudiéramos decir hasta que los hubo gordos, pero de este modo se olvidaba un poco, en ocasiones un mucho, la otra cara del fenómeno pues el análisis o el juicio no contemplaba la totalidad de la praxis en su conjunto, o sea, no le daba el valor que realmente ha tenido en toda esta historia el poder destructor de las oligarquías y su órgano rector: el imperialismo. Esto era un análisis erróneo, lineal. Tampoco aparecía debidamente sustanciado el fenómeno de la inmadurez social. Lo he llamado así pues no he querido referirme solamente a las estructuras incompletas o deficientes, sino a la formación irregular, cuantitativa y cualitativa, que comprende en la América Latina por igual a todas las clases y grupos y ya sabemos por qué, por el fenómeno secular de la dependencia, el colonialismo, el neocolonialismo; por ende, se olvidaba, que los movimientos populares cometían errores, pero que eran en cierto modo, también lo subrayó el compañero Calderón, históricamente necesa-

rios. Más, por encima de todo ello, estaba el poder destructor de la dominación extranjera.

Aunque este tema acerca de los nuevos enfoques necesarios es apasionante como crítica de las elaboraciones acerca de la historia de la liberación en América Latina, debo emprender otro camino.

Haré un paréntesis sugerido por el colega Bagú para decir, recordando mi referencia a la inmadurez social, que la clase obrera en Cuba, se formó partiendo de la abolición de la esclavitud; ocurre un tránsito (1880-1886) en que unos doscientos mil trabajadores se transforman de esclavos en obreros. Había un artesanado y asalariados anteriores que tienen las características que ha señalado el compañero Calderón y sobre lo cual no voy a insistir. Aquéllos y éstos comienzan a ser lo mismo. Pero, inmediatamente, esta masa improvisada y nueva, empieza a acceder a determinados elementos de la nueva conciencia en formación, especialmente el anarquismo, el anarcosindicalismo y, en casos excepcionales, no cuantificables en una forma significativa, el marxismo, quizás a través de una mediación de la sección de la Primera Internacional en España.

Pero, ¿Qué ocurre a ese proletariado con el desarrollo imperialista de la industria azucarera? En primer lugar, va ganando una concentración y una capacidad extraordinaria de análisis de su propio proyecto. La industria azucarera no era un enclave sino más de ciento cincuenta o ciento sesenta enclaves, distribuidos por todo el país; por consiguiente, hay concentración y dispersión de la clase obrera, con los demás desarrollos sectoriales; de hecho se produjo una vinculación entre los ferroviarios y los obreros azucareros, y entre los obreros azucareros y los obreros agrícolas, muchos de ellos, la mayor parte, incorporados a la industria azucarera e incluso con los campesinos generalmente desposeídos.

Se produjo un circuito de comunicación en todo el país y esto es ya un fenómeno que acelera la calidad; por otro lado, el pueblo y principalmente el proletariado, en todo movimiento que sucediera se enfrentaba con el imperialismo, poder absoluto y omnipotente. Se creaba rápidamente una conciencia, que había enunciado Martí en el programa del Partido Revolucionario Cubano asignándole a la Revolución Cubana y Puertorriqueña de aquella época el papel de constituir un valladar para que el imperialismo no cayera con fuerza mayor, decía él, sobre el resto de la América y de salvar el equilibrio del mundo. Es decir, la formación de la clase obrera cubana, fue rápida por razón de la base material económica y porque la industria azucarera se erige

como primer sector, el más importante para el ingreso nacional. No es de azar que aparezca en 1925 la organización comunista que venía forjándose desde antes del año veinte.

En el año veinticinco ello coincide significativamente con una crisis política centrada en la dictadura de Machado; coincide también y también es significativo, con una constelación de hechos que integran un cuadro congruente. Una gran parte de la intelectualidad, de la vanguardia estética, se une a la vanguardia política: Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, otros más; los dos mencionados fueron dirigentes del Partido Comunista. Esta incorporación fundamental, partiendo del prestigio de esa vanguardia estética, simboliza y promueve una radicalización más intensa del movimiento estudiantil y de los intelectuales, en cuyas obras ya se registra la demanda del nuevo proyecto histórico de carácter proletario, apenas nacido y con poca experiencia cuyas raíces y crecimiento, nada ni nadie podrá eliminar. Así, hasta el momento de la Revolución en que el proletariado, sin que reclame, ni se deban reclamar definiciones de las vanguardias, que sólo conducirían a especulaciones sin valor real, constituye una fuerza fundamental en los años 1950-1958.

Frente a la dictadura de Batista, hubo huelgas muy vigorosas en todo el país (1955), incluso hubo vinculaciones con el campesinado desposeído como ya las había habido en los años treinta, durante la formación de "soviets" en los ingenios azucareros. En esos "soviets", más bien ocupaciones de fábricas, hubo unión o alianza con el campesino, se intentaron reparticiones de tierras. Todo ello, lo primero y lo más reciente, implica que la maduración fue rápida. Esta historia constituyó una base fundamental para la acción de lo que fue la vanguardia del asalto al Moncada y de la Sierra Maestra, la cual, con Fidel a la cabeza, comprendió que en todo caso lo que había que hacer era lanzarse a la lucha armada sabiendo que las condiciones objetivas iban a responder. La lucha armada desencadenó una unidad esencial en el pueblo, antes del primero de enero de 1959: unidad en la práctica, en la base de la lucha popular contra la dictadura batistiana. Volviendo a nuestro tema, el enemigo de clase acentuó la represión en los años intermedios (1933-1950). Penetró en las masas, por medio de estímulos reformistas, lo cual es evidente en una serie de países; penetró aún más por medio de los llamados sindicatos "libres" y la división del movimiento popular que, en algunos casos, estaban exacta y directamente tutelados por la Agencia Central de Inteligencia, como es sabido. Todos estos factores hay que tenerlos en cuenta, y en los análisis actuales ya se están teniendo en cuenta, porque no podemos sino insertarlos en nuestra preocupación acerca de los movimientos populares y obreros y los partidos,

o las vanguardias, en este momento. Porque es un momento, no hay que decirlo, de nuevos bríos, de conciencia más clara y de unidad creciente.

En tercer lugar, quiero decir que se ha ido configurando una transferencia del empuje revolucionario al seno de las masas; si nos retrotraemos a las épocas aquellas, anteriores al año 1930, nos damos cuenta que todos eran grupos casi mínimos; era fácil destruirlos o paralizarlos. Actualmente, la conciencia de la liberación se ha transfundido a las grandes masas en la América Latina. Con una particularidad que debo señalar. En efecto, se han incorporado aquellos que antes de la Segunda Guerra Mundial se consideraban por las fuerzas dominantes como una especie de gran reserva de la reacción, los creyentes. Ya es evidente que desde este ángulo la América Latina ha aportado algo muy importante a la formación de un proyecto socialista perspectivo. Todavía más, Guatemala aporta el otro elemento: el indio, que partiendo de su condición de indio, de su lengua, de sus condiciones, es militante y dirigente de las fuerzas de liberación nacional. Por su dimensión son dos aportaciones fundamentales no sólo para el continente desde luego, sino para la historia general de la difusión del socialismo y de su acción en el desarrollo de un proceso de vocación socialista con las alternativas a que se refería el colega Godio. Evidentemente yo me he referido a lo coyuntural, y ahí es donde se revelan las alternativas, en lo coyuntural, sin que deba perderse de vista lo estratégico final.

Ahora la reacción y sus móviles imperialistas ya no pueden liquidar una crisis del sistema con exterminar simplemente a una avanzada, a un grupo, a un líder digamos. Pero entonces, ¿Cuál es el medio que emplean actualmente?. El genocidio, sencillamente; por el genocidio, lo que ya estaba definido en la dictadura de Batista, con sus veinte mil muertos, de los cuales muchos de ellos eran víctimas propiciatorias que no tenían articulación, aunque de conciencia pudiera ser, con el movimiento que estaba produciéndose frente a la dictadura. Como las masas han asimilado esto como masas, han asimilado esa conciencia de la liberación, es evidente para el imperialismo que el enemigo es todo el pueblo, que, como es obvio está generando más dirigentes, con más experiencia, con más apoyo masivo.

El genocidio está descarnadamente en el caso de Chile, de Argentina, de Uruguay, y todavía mucho más, en El Salvador y Guatemala, es decir, que los recursos a que apela el imperialismo son más abusivos pero pudiéramos también decir que son más ineficaces porque expanden la conciencia y la volun-

tad de la liberación ya nacida y en proceso de crecimiento. El cuadro, pues, indica que hay por parte del imperialismo, un deterioro de la capacidad generadora de recursos para consolidar sus intereses, mientras las soluciones reformistas a las que en esta mesa ha habido referencia, han mostrado que no son viables para la solución de los problemas más urgentes y atenaceadores. Si pudiera recapitular ante ustedes, para no salirme de mi compromiso, del compromiso de tiempo que les he expresado en mis primeras palabras, podíamos decir que aquel análisis lineal incompleto de los movimientos populares sindicales y políticos desde luego no se ha de reiterar porque el entorno actual nos hace ir por otro camino, es decir, la marcha objetiva de la historia supone una maduración social y esta maduración social en estos momentos, además, supera la exigua y casi imposible maduración de las oligarquías y de las burguesías. Todo esto nos llevará a contemplar nuestra América de otra manera, y a ver con otros ojos que tengan en cuenta una serie de elementos que aquí se han mencionado y que hace años no se tenían en cuenta.

Por otra parte, si esta conclusión se quiere denominar optimista —¿Por qué no vamos a ser optimistas?— y se considera que genera a su vez un nuevo análisis lineal, podría decirse que se olvida que la crisis general del sistema ha caído en una fase decisiva, aunque ello no significa que la caída definitiva sea fácilmente hacedera —a lo cual se refirió con elocuencia el colega Godio— ni que como se observa en la política actual norteamericana, falten grupos de extrema reacción, que amenacen con las peores agresiones y guerra. La estrategia de los movimientos de liberación seguirá manifestándose a través de coyunturas y en coherencia con ellas porque es lo que nos dice la experiencia histórica general. Si, por una parte, no cabe duda de que nos encontramos en condiciones muy diferentes a las prevalecientes en la primera parte del siglo, también es cierto que la liberación exige más unidad, que no es automática, la hacen los hombres, no cae del cielo, cae o viene de lo objetivo y por la mediación humana debe expresar una mayor justeza en la aplicación de las experiencias.

Aquí alguno se refirió, creo que fue el colega Kaplan, al hecho de tomar mecánicamente el ejemplo de Cuba y creer que era un modelo. Cuba nunca ha pretendido ser modelo; en todo caso, cada sociedad y cada revolución es en sí misma un modelo, y esa es la riqueza de la posibilidad del socialismo, porque hay más claridad en los logros estratégicos necesarios: cada uno de los fracasos tácticos de los movimientos a que nos hemos referido, como lo prueba la historia de esta segunda parte del siglo, será un paso hacia la victoria porque no han constituido en realidad una victoria del imperialismo, puesto

que todos los movimientos se están reproduciendo ante nuestros ojos con una mayor hondura, con una mayor sabiduría. Los movimientos de ahora representan una historia nueva, esto se ha enfatizado en torno a nuestra mesa y, hay que decirlo, la historia es un poco nueva todos los días hasta que los tiempos se acumulen y se vea la novedad total. Lo que estamos presenciando es la acumulación de todo ese tiempo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que se acumula y nos revela esto actual que viene como el saber hacer después de haber aprendido a saber pensar y decir. Esto me trae a colación dos pensamientos de Martí (los cubanos no tenemos veneración beata por Martí sino que hemos llegado a comprender la importancia de su pensamiento en la perspectiva histórica de su tiempo que, como historia, es nuestro presente). Decía él: "el hacer es la mejor manera de decir"; pero también mostrando en su más profunda connotación política, la otra cara de esa unidad, dijo que decir es hacer cuando se dice a tiempo. Este es un mensaje válido para todos los que pretendemos avizorar el futuro. Yo pudiera decir para terminar, que hacer es lo estratégico, es el concepto que dirige la estrategia, pero que decir a tiempo es lo táctico, la coyuntura que tiene que estar lógicamente insertada en el proceso del hacer estratégico; y esto vale para que veamos también los problemas en su conjunto. Sin olvidar aquello que se dijo en algún momento respecto de la originalidad de la Revolución Cubana, que no debemos confundir con el originalismo, es sencillamente que la revolución captó lo específico del proceso de formación histórica del país; habló, por la voz y el pensamiento de Fidel desde el punto de vista marxista, con un lenguaje inteligible para las grandes masas. Sin mayores complejidades conceptuales el pueblo identificó al corrupto, al ladrón, a los explotadores, a los parásitos. El pueblo en su matemática política sumó: un ladrón más un corrupto, más un explotador, más un parásito, etcétera, igual a burguesía, y por eso, a dos años y cuatro meses de la toma del poder, la declaración del socialismo fue recibida y aceptada y vitoreada por todo el pueblo, y el pueblo peleó frente a la invasión de Playa Girón aún con más energía y decisión.

Aquello no era pura y simple originalidad, que mucha gente identifica con pura y simple invención, era comprensión de lo específico, dentro de unas concepciones universales que por serlo no se someten en su formulación a las salvedades específicas correspondientes. Esta discriminación entre las unas y las otras corresponde a quienes están en cada momento diciendo y haciendo lo que es necesario. Estas eran, compañeros, las observaciones un poco a campo traviesa, para mí desordenadas e insuficientes, que me propuse expresar ante ustedes.

Debate Final

José María Calderón

La noción de obrero colectivo que Marx utiliza, hace fundamentalmente referencia a los trabajadores que están en la producción, mientras que la noción nuestra de obrero social, toma en consideración tanto a los trabajadores que están en la producción como a los que no lo están y que constituyen un elemento principal, sobre todo en los procesos de reorganización de las formas nuevas en que el trabajo asalariado se está presentando actualmente.

Es decir, tomamos en cuenta desde luego al trabajador de fábrica, pero no exclusivamente, pues hay categorías nuevas o por lo menos expresiones nuevas de la relación salarial en sectores que Marx previó, pero que no tuvieron difusión, —por lo menos en los momento en que él estaba escribiendo— como la tienen en la sociedad contemporánea, en particular en los grandes polos de desarrollo capitalista en América Latina, donde sí se considera tanto a aquel trabajador que tiene una relación estable en la fábrica, como a aquéllos que pasan por la fábrica eventualmente o que incluso no tienen una relación ortodoxa con la fábrica: un lugar en donde se concentra un equis número de trabajadores con máquinas, supervisores, etcétera, (aunque muchas de estas relaciones, por lo menos en algunos sectores, se están modificando, por ejemplo, en las agroindustrias); como la maquila, que incorpora barrios populares enteros a un trabajo de montaje que se realiza prácticamente casa por casa y en el que la noción de fábrica clásica no está presente; ejemplo de esto son algunas zonas en Netzahualcóyotl, y del famoso barrio Héroes de Padierna en que dentro de la propia casa obrera está un pequeño seguimiento de la fábrica.

El proceso de unificación de toda la producción la lleva a cabo un sujeto externo que pasa casa por casa a recoger el producto. Pienso también en todos los trabajadores que periódicamente emigran de manera permanente,

año con año, —desde luego de acuerdo con las fluctuaciones del mercado, la demanda, etcétera— y que no tienen, en términos generales, ninguna preparación ni ninguna calificación.

Nótese que aquí estoy hablando ya no solamente del trabajador profesional o sea del trabajador que ha hecho de su condición de obrero una profesión, sino de un trabajador sin calificación, muy genérico, y que sin embargo desempeña múltiples funciones, que integra un sector polivalente; lo mismo puede estar hoy en una armadora de autos que mañana enrolándose para emigrar a los Estados Unidos, o estar trabajando en su casa haciendo paquetes de dulces en el período de Navidad y tal vez dedicar el período intermedio en que no trabaja para robar, porque es una forma de expropiación y porque es parte de un comportamiento que es propio de su condición social pero, qué forma de organización, qué forma de aglutinamiento se puede dar de ese tipo de trabajadores.

Creo que esto es un gran reto: de qué manera puede unificarse a este sector que a veces lo identificamos simple y llanamente como el **lumpen** pero que si se hace una revisión en los barrios proletarios, por ejemplo en la Merced, encontraremos una miríada de pequeños talleres que conviven quizás al lado de la gran fábrica, y en el que el trabajador presenta una rotación en el trabajo que es verdaderamente impresionante y no hay organización sindical, no hay el programa de partido político que pueda comprender a este sector.

Cierto que se está dando fundamentalmente en las grandes metrópolis, que es incluso ya un comportamiento metropolitano, muy distinto al comportamiento urbano —que el proletariado había venido observando por lo menos en las décadas previas a los años setenta—, pero ya es otra generación, cuyos comportamientos aún no conocemos sino en forma esporádica, un ejemplo es la quema de camiones cuando se elevan los precios de los pasajes; es una organización espontánea, o mejor dicho, la expresión espontánea de una demanda que si bien deja rastros en la conciencia colectiva y que forma parte de esto que llamábamos una inteligencia social de nuevo tipo, tiene un comportamiento cuyas acciones no se conocen y que deben ser objeto de una atención mayor, pues es cada vez más frecuente y, sobre todo, porque es en gran parte resultado de las grandes migraciones del campo hacia las zonas urbanas; y cuando hablo de migraciones del campo a las zonas urbanas no me refiero a un comportamiento inconsciente, puramente irracional, pues tiene su propia racionalidad, es una acción, es una alternativa de sujetos que dado su

comportamiento colectivo, su migración en términos masivos y colectivos, implica también una acción política.

Salir del campo es una opción, ya que ofrece más alternativas la ciudad aún con los problemas que existen para encontrar trabajo, pues ofrece más perspectivas; y esto que se observa en casi todos los países latinoamericanos constituye en ciertos momentos, debido a ciertas coyunturas, un sector de vanguardia de extraordinaria importancia. Así pues, este sector al que llamo de manera imprecisa obrero social no comprende globalmente en términos precisos, la noción que Marx utiliza en El Capital cuando se refiere a los grupos de obreros colectivos.

Julio Godio

En primer lugar, quisiera disipar un mal entendido, pues cuando me referí a un Nuevo Orden Económico Internacional lo hice con la idea de plantear la necesidad de un proyecto alternativo. Evidentemente no hay proyecto alternativo que se pueda definir en términos puramente internos, pues hay una dimensión internacional cada vez más determinante aunque la clave es fundamentalmente interna.

Así como no hay sociedades dependientes donde la dependencia esté determinada exclusivamente por factores externos, sino más bien que a veces lo interno resulta más débil que lo externo, o bien que en última instancia la incapacidad de fuerzas internas sea la que explica que la dependencia se constituya y se mantenga, tampoco hay posibilidad de transformación del orden internacional sino a partir de la emergencia y multiplicación de procesos internos de cambio. En ese sentido, una parte del debate sobre el Nuevo Orden Económico Internacional está en cierta medida desvirtuado porque pone demasiado énfasis sobre la posibilidad de arreglar ese nuevo orden desde afuera y desde arriba, lo que sólo puede ocurrir en la medida que se den cada vez mayor número de procesos internos de cambio; además, cuando hablé de un proyecto de cambié de un modelo alternativo hice hincapié en que esto implica de alguna manera desarrollo no mero crecimiento lo cual no significa hablar de un proyecto desarrollista que es una definición ideológica; el proyecto a que me refiero significa desarrollo integral, es decir, transformación no sólo cuantitativa sino cualitativa y dentro de la cual una de sus dimensiones centrales es la estructura de poder.

Aunque yo también he usado la palabra "modelos", creo que es un término equívoco; algunas veces el término es introducido con buena intención, con un toque tecnocrático, no obstante es preferible hablar de proyecto his-

tórico o de caminos, porque eso abre la dimensión de la creatividad de la historia; la salida histórica es a fin de cuentas el resultado de un proceso de interacción de fuerzas. Es bastante peligroso suponer que tarde o temprano la historia dará la razón, porque la historia tiene ejemplos ya de grandes regresiones que pueden durar incluso siglos, de manera que dependerá de la capacidad de los actores sociales para imponer un modelo progresivo.

En cuanto a la interrogante de cómo imponer un proyecto socialista alternativo en el contexto de crisis política del capitalismo, creo que existen algunos componentes que son tanto o más necesarios cuanto más grave es el desafío que existe en este momento, cuando se manifiesta cierto miedo al fatalismo histórico, porque creo que nunca ha habido en la historia un modelo o un proyecto, menos aún alguno que venga del capitalismo desarrollado, que sea tan totalizador, tan universalizante, tan consciente, tan deliberado, tan implacable y tan dotado de instrumentos altamente sofisticados como para imponerse. Esta es la primera vez que la opción es absolutamente planetaria, es decir, que ninguna zona del planeta está al margen del gran juego de fuerzas. En la medida que esto es cierto, pienso que no hay que temerle a la represión, sino que hay que darles cada vez mayor importancia a otras dimensiones —algunas ya han sido mencionadas— como la capacidad de transformación estructural que produce este modelo en el seno de las sociedades latinoamericanas y que está modificando la propia composición de los actores; es más, yo diría que está introduciendo una doble problemática, está replanteando cuáles son los actores del cambio, además está modificando los términos tanto en un sentido positivo como en un sentido negativo, lo que amplía la problemática que está en juego en cuanto a saber qué actores se organizan, de qué manera y para qué fin. El primer ejemplo yo diría que multiplica a los actores víctimas, es decir, multiplica la posibilidad de que algunas fuerzas se vean victimadas por el sistema y que, potencialmente por lo menos, podrían participar en un proceso de movilización.

Tenemos por primera vez la emergencia de un proletariado industrial en el sentido estricto, pero también una multiplicación de capas y estratos que también están dentro de lo que sería el proletariado industrial; o bien en el sector más amplio de trabajadores tenemos la aparición de los marginales urbanos, fruto de una profunda reestructuración de las clases campesinas en parte expedidas a la ciudad, en parte reestructuradas hacia adentro; y tenemos además, la reaparición de una nueva categoría asalariada que es la intelectualidad técnico profesional tanto pública como privada. Pero las nuevas formas de inversión, la transnacionalización y cierta forma del desarrollo del sector

público crean una categoría de asalariados víctimas, que no son absolutamente víctimas pues hay sectores que obtienen ciertas ventajas relativas, lo que hace que su comportamiento sea ambiguo; se trata de trabajadores de los núcleos imperialistas, de las grandes empresas dinámicas. Es por eso muy importante saber que ninguno de estos actores víctimas dejan de ser en cierta medida ambiguos, es decir, pueden ser actores revolucionarios o de reformas profundas, actores de una relativa estabilidad, incluso actores con elementos profundamente conservadores, y eso hay que tenerlo en cuenta en la evaluación de lo que se puede postular, porque de lo contrario se puede decir que porque son víctimas tarde o temprano se van a convertir en promotores o aliados de un proceso revolucionario; no hay que olvidar que los esclavos, los siervos, los obreros asalariados o los campesinos más de una vez han sido movilizados a favor de un proyecto que es en definitiva reaccionario.

Si consideramos que la relación se va a establecer entre el trabajador o el proletario, o la organización sindical o el partido obrero y el proyecto de cambio, y dejamos fuera a los otros grupos que no forman parte de la fábrica, es decir, que lo planteamos a la manera del discurso ideológico político de un sector considerado de la izquierda, estaremos pensando en términos de un trabajador de tipo clásico cuya problemática fundamental se desarrolla dentro de la fábrica, cuando en realidad, el proceso de transformación que están imponiendo los centros de dominación es tan total y la creación de problemas de supervivencia o de desarrollo humano en el seno de las sociedades latinoamericanas es tan completo, que estaremos ignorando una vasta gama de elementos necesarios para el análisis por prejuicios ideológicos.

Por ejemplo, el problema de la vivienda urbana que es para cualquier trabajador tan importante o más que el problema del trabajo por las condiciones monstruosas de la vida metropolitana; el problema ecológico; el de la realización personal; también el problema de la participación en las nuevas formas de cultura y de manipulación ideológica; el problema del poder; todos son problemas que motivan tanto o más a la gente que el problema del empleo porque tiene una intuición más o menos clara de que su destino se está jugando en la totalidad de las dimensiones, lo cual incide en un abanico de posibilidades combinatorias para la acción política, y lamento decir que más de una vez la derecha o la reacción tiene un sentido mucho más fino, más preciso y más operacional y logra posibilidades combinatorias a la inversa, y creo que el triunfo del populismo, el cual ha tenido dimensiones respetables y positivas en la experiencia histórica de América Latina, es una fase de la conciencia de la organización y del ascenso del movimiento obrero; pero en últi-

ma instancia, el populismo es una operación de integración al sistema que ha sabido manejar dimensiones que la izquierda muchas veces no ha sabido manejar, y como ya se dijo que dicen los franceses: los ausentes nunca tienen razón; es decir, una fuerza política que esté presente, que sepa manejar diferentes actores, articularlos y además manejar una diferente problemática combinatoria va a tener más razón que aquella que plantea que lo que importa es el problema de empleo, del salario, que son ciertas formas inmediatas de explotación, porque, incluso, la forma y resultados de la explotación que se están modificando sería equivocado suponerlas **a priori**: las fuerzas dominadas y explotadas de América Latina tienen que hacer esto y tienen que organizarse de tal manera; porque es caer una vez más en el sustitucionismo al revés. Tengo suficiente confianza en la capacidad de creatividad histórica de los sectores populares y dominados en América Latina, creo incluso que es parte del efecto positivo del sistema que nos impone, que genera o refuerza ese tipo de creatividad.

Además, creo que uno puede defender cierto tipo de principios. Los principios fundamentales son que, volviendo a la vieja y medida frase de Don Carlos: la salvación de los dominados y los explotados tiene que empezar por ser la obra de los dominados y explotados mismos, es decir, nadie libera a nadie a menos que lo que uno piense hacer es tratar de ayudar a que la gente desarrolle su propia autonomía política.

No tengo fórmulas pero pienso que hay ciertas cosas que se deben revalorar. Una vez más por ejemplo, el problema de quiénes son los actores actuales o potenciales del cambio; y qué forma de articulación y agregación de intereses tienen; qué alianza se puede formular entre ellos; porque, no se cambia hoy a ninguna sociedad latinoamericana con la obra exclusiva de un sector aliado: primero, porque hoy están presentes; segundo porque son la mayoría y porque van a actuar igual; y tercero, si no se les incorpora a una alianza de cambio, van a ser incorporados y manipulados por una alianza regresiva.

No se les puede ignorar, el menosprecio de la izquierda latinoamericana durante mucho tiempo a las clases medias, la ignorancia de la nueva naturaleza y de la posibilidad de la clase media se ha demostrado en Chile, pues se vio claramente que cuando a la clase media no la moviliza la izquierda, la termina por movilizar el fascismo y después se lamenta la ignorancia que se ha tenido. Yo diría, tener más respeto y tratar de conocer y ayudar mejor a la inmensa variedad de formas directas y más o menos espontáneas de organi-

zación, concientización, acción y movilización que se está dando en todos esos sectores populares, pues tenemos una enorme ignorancia sobre lo que está ocurriendo. Un ejemplo, y con eso termino la evaluación de los marginales, la imagen que se ha tenido hasta ahora de los marginales es un resultado desagradable de modelos de desarrollo que se han aplicado. Lo lamentamos mucho por ellos, pero sabemos que tienen actitudes muy peligrosas que pueden ser incluso reaccionarias; tenemos una imagen negativa de ellos y los relegamos, los postergamos y debiéramos reconocer que esto ocurre sólo momentáneamente porque el destino lo va a decidir en definitiva.

Por otra parte, usar el término marginales es absolutamente equívoco, hasta en sociedades muy complejas como la mexicana; pues aun cuando parece que se deja de lado a ciertos grupos indígenas monolingües de economía de subsistencia no hay en verdad ningún sector de la sociedad que esté realmente marginado, ya que está ligado por muchos otros lazos, aunque desde el punto de vista negativo, al sistema; están dominados y explotados de la misma manera que otros grupos, pero tienen diferentes formas de reacción frente a la situación de desarrollo, y una capacidad productiva organizada y vinculada con el mercado de trabajo, el mercado de capitales, el mercado de bienes y servicios; con formas propias para organizarse como grupo de presión que a veces resulta susceptible de ser manipulado por el Estado o por ciertos partidos políticos; si bien a veces ellos presionan, rompen como fuerza propia.

De tal manera, creo que parte del proceso es descubrir quiénes son los actores, cuál es la problemática múltiple y compleja que los está movilizando y cuál es la gran variedad de formas de organización y de acción que ya están desarrollando por su cuenta. A partir de esto se puede empezar a evaluar y a discutir, cómo se articulan, quién organiza y en última instancia quién dirige, porque una vez más el problema de la dirección no se decide **a priori** por más que manejemos los manuales y sepamos verbalizar los textos sagrados; en última instancia, es el proceso histórico el que decide quién liderea, quién hegemoniza, quién organiza, quién lleva la acción y quién consigue o no el triunfo.

Julio Le Riverend

Ignoro el nombre del compañero del público asistente que se refirió a lo coyuntural, a lo estratégico, a lo táctico, y lo lamento, porque quisiera traer aquí algunas ideas suscitadas por su intervención. Desde luego, voy a tener que ser práctico en el sentido de comentar este problema partiendo de la experiencia concreta de mi país.

Creo que lo coyuntural es lo que corresponde a lo táctico y a la inversa. El ejemplo que pondría es el del concepto que se aplicó al principio en escala universal a la Revolución Cubana: revolución de contragolpe; en el concepto está dicho todo, revolución de pura coyuntura, de simple táctica; la revolución de lo inmediato, en suma.

Sin embargo no era eso, pues la réplica inmediata se inscribía dentro de una concepción matriz del proceso y de su dirección. Claro está que hay que tener cuidado al usar la palabra contragolpe pues si, por un lado, define la capacidad de autodefensa de la Revolución, le viene muy bien a los "superespecialistas" norteamericanos decir —y se equivocan con todo y computadoras— que el contragolpe era el producto de errores del imperialismo e implicar que si el imperialismo no comete errores, no se reproducirá la Revolución Cubana, no habrá una nueva Cuba. Por eso, digámoslo al paso, los nicaragüenses y los cubanos, el propio Fidel, hablamos de una nueva Nicaragua porque, además, es cierto, no es una nueva Cuba. A los imperialistas les venía muy bien atribuir al concepto del contragolpe esa connotación paralizante, por lo menos ideológicamente, en una serie de países latinoamericanos; al cabo, podemos decir que ello está implícito en la Alianza para el Progreso de Kennedy.

Es como si los imperialistas dijeran: "Ya hemos aprendido, ya no habrá errores, no volverán los contragolpes" Es cosa de preguntarse, pero ¿Y los golpes del pasado y el presente seguirán?. La respuesta es obvia. No se dieron

cuenta de que la capacidad de contragolpe está en la profundidad de las raíces de la Revolución; no hay ninguna revolución verdadera que no pueda ser capaz del contragolpe y esto preexistía en Cuba, puesto que desde una famosa carta de Fidel en la Sierra Maestra dirigida a la recordada compañera Celia Sánchez, se expresaba su decisión de enfrentarse sin ambigüedades a los imperialistas; es decir, en la Revolución estaba perfectamente implícita la posibilidad de réplica y, por lo tanto, la posibilidad táctica, la posibilidad de responder a lo coyuntural.

Pondría otro caso: cuando el compañero Fidel llega a la ONU en 1960, está claro que hay un visible proceso de radicalización de los países independientes bajo el régimen neocolonialista, lo que permite un mayor margen de acción en Africa; está, además, muy clara la visión del crecimiento de la guerra popular en Vietnam, ya desencadenada en el sur y en el norte del país; está dada la solidaridad universal con Cuba y su combate.

Todos, de un país o de otro, recuerdan seguramente la ola de solidaridad que se desató inmediatamente después de la Revolución, cuando los pueblos captaron que en ella había algo más que palabras, un contenido, y que ese contenido se iba realizando en la reforma agraria y en otros aspectos básicos (creación masiva de empleo, educación masiva, etcétera). También los países socialistas eran solidarios.

Fidel se presentó en la ONU y como resultado de sus vigorosos planteamientos lo que ocurre es que, desde el punto de vista coyuntural, el caso de Cuba deja de ser un caso regional o local y pasa a ser un problema que la comunidad internacional se apropia, pudiéramos decir, y esto decreta la muerte lenta casi real de la OEA, lo cual, además, influye en la nueva correlación de fuerzas que se empieza a manifestar desde entonces a través de la llamada nueva mayoría en los organismos internacionales, especialmente en la ONU. Esto trae a la ONU la necesidad de que se enfrente al caso especialmente conflictivo en aquel momento.

Ahí tenemos otro ejemplo del contragolpe, a mi entender muy importante desde el punto de vista de su peso en la historia subsiguiente. Lo coyuntural es, en definitiva, lo móvil de los enfrentamientos y alineamientos nacionales e internacionales y pudiéramos decir que constituye la substancia de lo estratégico, porque lo estratégico, decía el colega Marcos Kaplan, pudiera ser una formulación sencilla; dejemos a un lado que pueda ser más o menos precisa —es otro problema—, pero es una formulación sencilla. No quiero decir que la estrategia se compone de una suma de tácticas, no; la estrategia es esa

fórmula a la cual nos encaminamos de acuerdo con las condiciones de nuestro país, y cada día va a ser más necesario tener en cuenta eso, porque la capacidad de réplica del enemigo de que se ha hablado aquí es grande, pero entonces necesitamos una capacidad de contragolpe tan grande como la que ellos puedan tener. En cuanto un paso se da, —lo que ha sucedido históricamente a las fuerzas antimperialistas— y no hay un contragolpe, evidentemente puede haber tácticas vencidas aunque estratégicamente no haya una victoria de los imperialistas.

Eso se ve claro actualmente en la situación de Nicaragua. Nicaragua no abandona su proyecto de reconstrucción nacional, pero al mismo tiempo está replicando, está contragolpeando permanentemente dentro de sus condiciones, y consideramos que se reproduce el mismo fenómeno en El Salvador y Guatemala.

Estos son los comentarios que yo podría hacer y creo que sí, que efectivamente, valdría la pena que los colegas aquí, que saben analizar estas cosas, las tomaran en cuenta como experiencia personal de un amigo cubano.

José María Calderón

Se me ha preguntado con insistencia cuál es el contenido preciso del concepto de **obrero social** que según algunos asistentes a este Seminario acuñé durante mi primera intervención y a la cual he vuelto a referirme.

La intervención que hizo el profesor Marcos Kaplan enriquece muy significativamente algunas de las ideas que yo establecí. Definitivamente, es un concepto que va más allá de la fábrica; desde luego comprende al trabajador de la fábrica, pero va más allá que ese trabajador, el trabajador clásico. Mi intención no era tanto el dar una idea acabada sobre esto, sino mostrar las dificultades que tiene la comprensión de este fenómeno nuevo en el amplio mundo de los trabajadores. El obrero social es el trabajador, es el "chambeador" como dicen los propios trabajadores, y quizás "chambeador" sea hasta una categoría más adecuada porque hace referencia no solamente al trabajo permanente sino a la "chamba", es decir, lo que sirve para sobrevivir.

Desde luego, hay de chambismo a chambismo de esto no me cabe la menor duda, pero yo quisiera hacer justicia a estas formas peculiares de sobrevivencia del propio sistema capitalista, que obliga a que los trabajadores actúen así: si haces como que me pagas yo también hago como que trabajo. Esto incluso lo señala Marx en los orígenes del proletariado basándose en los panfletos y volantes que circulaban en la Inglaterra del seiscientos y del setecientos; y lo señala también, con una claridad extraordinaria, aquel clásico de la historiografía obrera que es Thompson en su trabajo sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra sobre las múltiples formas de organización; asunto que nosotros despreciamos por toda nuestra tradición liberal, laica y jacobina, me refiero a las organizaciones o reuniones que tienen como pretexto por ejemplo, la virgen de Guadalupe; las cancelamos **a priori.** Pero si se reflexiona en ello: ese día no se trabaja, eso es muy importante, y además ese día hay posi-

bilidades de reunión y se discuten muchos de los problemas de tipo laboral, sindical, organizativo e incluso de la propia subjetividad vivida cotidianamente por los trabajadores, asuntos que no se podrían discutir entre el ruido de la fábrica o a la salida del trabajo, en la escapada del momento en que suena el silbato la campana o el timbre, momento en que no es factible llevar a cabo nada. En esas reuniones aparentemente de tradición católica y que son pretexto para congregarse, unificarse, intercambiar experiencias, también pueden derivar hasta a un emplazamiento a una huelga. No obstante, ¿Quién descubre que ahí puede ser un momento agregativo?. Es decir, que al referirme a esta categoría, debo también hacerlo con relación a las múltiples formas de expresión de este comportamiento obrero, de este comportamiento proletario.

El profesor Marcos Kaplan señalaba una serie de elementos que preocupan cotidianamente a los trabajadores y que, sin embargo, no percibimos o no perciben las agrupaciones de izquierda porque están inmersas en una gran tradición, desde luego una tradición muy válida, nadie está negando eso, pero hay que modificarla o bien agregarle los nuevos elementos que ahora son preocupación fundamental. El salario, por ejemplo, lo vemos específicamente como parte de la relación que se establece en el momento del contrato de compraventa, pues hoy ésta es la única forma de expropiación del salario (no hay otras formas de expropiación del salario) que los trabajadores ponen en práctica con una inteligencia extraordinaria, porque son los que conocen el funcionamiento del capital en su forma diaria, cotidiana, y le buscan permanentemente la salida a ello; es una forma típica de sobrevivencia. Es como el estudiante— un poco para entendernos aquí entre gitanos— que no va a clase porque el profesor es aburrido, porque le da los mismos contenidos, porque le da el mismo texto, huye de la clase, prefiere permanecer en el café, en la bardita, conversar con los amigos, pues eso es mucho más divertido que estar enfrente de un tipo que le dice lo mismo siempre. Esto, que es un comportamiento cotidiano de autodefensa de los propios estudiantes, lo observamos en los trabajadores con sus formas peculiares, en la organización misma de la fábrica o incluso fuera de la fábrica.

Recuerdo aquí el célebre trabajo de Huntington en el que recomendaba a los países subdesarrollados no crear entidades fabriles que fueran mayores de cinco mil trabajadores. Aunque ustedes recuerdan que Putilov en la Rusia Zarista, tenía sesenta mil trabajadores; decía: "eso ya no, busquen concentraciones pequeñas porque lo demás crea problemas". Y el resultado ha sido la disgregación notable de las fábricas. Las grandes empresas tienen ahora un cierto número de trabajadores en el ensamble pero hay una miríada de fábricas

giran alrededor de ellos; por ejemplo, la industria automotriz con sólo seis grandes complejos; pero aparte de esos seis grandes complejos hay por lo menos unas dos mil quinientas fábricas que hacen autopartes, porque la fábrica que se estructura según el sistema de gran planta no los incorpora, pues podría quizás ahorrarse gracias a la concentración, una serie de elementos. No los concentra porque le cuesta más en cuotas sindicales, en seguridad de trabajo, pero además, tiene mayor maniobrabilidad con pequeñas concentraciones que con grandes concentraciones.

La respuesta de los trabajadores ha sido la de buscar formas de organización que van más allá de la fábrica, incluso del comportamiento en el barrio, esto lo vimos en los años setenta en que tenían reivindicaciones que eran propias de la fábrica, no eran del barrio; cuando todo mundo empezaba a encontrar esos "factores víctimas" a que hacía referencia el profesor Marcos Kaplan, la realidad es que estas "víctimas" estaban planteando ahí, en la estrategia del barrio, una forma o ciertas formas de sacarle al capitalismo mejores condiciones de vida; sin embargo, ¿Cuál era la visión que predominaba en la izquierda?, una visión "victimista", una visión cristiana del problema, una visión compasiva de este tipo de enfrentamientos, de formas de lucha. Ese enfoque hay que cambiarlo y enfrentarse con una visión nueva a este tipo de problemas y entender lo que está presente en estos planteamientos fabriles, incluso fuera de la fábrica y a veces más fuera de la fábrica que dentro de ella; pero hablábamos de los sectores tradicionales. Hablemos ahora de los sectores nuevos, aunque sea en forma incidental. Los trabajadores de computación de la Universidad Autónoma Metropolitana de pronto se incomodan por el ruido que hacen las maquinistas cuando se están haciendo las tarjetas de computación, entonces deciden que el ruido es muy molesto. ¿Qué es lo que hace la UAM?, introduce máquinas sin ruido; preo hay una gran desventaja en la máquina sin ruido, porque con la máquina con ruido el trabajador mentalmente, incluso platicando con los compañeros, hace veinte mil tarjetas por día; sin ruido, ya no tiene control sobre el número de tarjetas que hace y descubre que ahora hace más de veinte mil tarjetas por día. Su lucha ahora es porque les quiten las máquinas sin ruido.

Es entonces un programa totalmente nuevo en sectores nuevos; regularmente se les tenía calificados como sectores propatronales, pero tienen sus formas de lucha muy específicas y hacen demandas que van en relación con las nuevas modificaciones tecnológicas. Señalo por último el caso de los telefonistas en su sector más combativo, que no es el sector profesional, sino el sector de las operadoras de teléfonos, quienes van a hacer un movimiento pa-

ra obtener la introducción del sistema digital que transforma radicalmente sus condiciones de trabajo. Aquí entonces hay nuevos planteamientos aparte del problema que señala el profesor Marcos Kaplan: vivienda, ecología, enfermedades del trabajo. Hice una investigación en ese sector y descubrí ochenta y cinco enfermedades distintas de las trabajadoras operadoras; desde luego permaneció en secreto ese reporte, pero quiero señalar con ello que hay planteamientos que son de una gran radicalidad y son expresión de las nuevas condiciones que privan en ese sector y que sin embargo, el sindicato no las percibe, —a pesar de que es un sindicato muy avanzado dentro del sindicalismo mexicano— porque resulta profundamente atrasado con relación al de otros países en lo tocante a defender a los trabajadores frente al progreso tecnológico. Y si este es el sindicato avanzado, imaginémonos cómo están los sindicatos atrasados; es decir, la gran mayoría de los sindicatos.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Económicas

Universidad Autónoma del Estado de México
Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública

Entre el triunfo de la Revolución Socialista Cubana, el ascenso al gobierno de la Unidad Popular en Chile y el triunfo de la Revolución Sandinista de Nicaragua, el fenómeno latinoamericano de mayor peso ha sido el de la crísis política en que tienen marco los movimientos de masas organizadas. Su consecuencia inmediata ha sido el agravamiento y mayor complejidad de los problemas del movimiento obrero en el Area.

Ramón Martínez Escamilla, Marcos Kaplan, José María Calderón, Sergio Bagú, Julio Godio, Julio le Riverend e Irma Manrique ofrecen en **Proceso político y movimiento obrero en América Latina** un aporte fundamental a la reinterpretación que exige en nuestro tiempo tal estado de cosas.

Proceso Político y Movimiento Obrero en América Latina